

**PROLETARIZACION
Y CAMPESINADO
EN EL CAPITALISMO
AGROEXPORTADOR**

Wilfredo Lozano

**PROLETARIZACION
Y CAMPESINADO
EN EL
CAPITALISMO
AGROEXPORTADOR**

**PROLETARIZACION
Y CAMPESINADO
EN EL
CAPITALISMO
AGROEXPORTADOR**

Wilfredo Lozano

Santo Domingo
INSTITUTO TECNOLOGICO DE SANTO DOMINGO
INTEC
1985

Los conceptos emitidos en esta obra,
son responsabilidad exclusiva del autor.

Lozano, Wilfredo

Proletarización y campesinado en el capitalismo agroexportador / Wilfredo Lozano. — Santo Domingo : INTEC, 1985. 144 p.

1. Proletariado 2. Trabajadores agrícolas — República Dominicana 3. Campesinos — República Dominicana 4. Agricultura — Aspectos económicos — República Dominicana I. Tít.

305.56
CEP / INTEC



© 1985
ISBN 89525-21-8

Diseño Portada
Lourdes Saleme

Composición y Diagramación
Ninón León de Saleme

Impreso en los Talleres de
Amigo del Hogar

Prohibida la reproducción parcial o total
de esta obra sin autorización escrita del
Instituto Tecnológico de Santo Domingo.

Impreso en Dominicana

CONTENIDO

INTRODUCCION	9
PRIMERA PARTE:	
Campe sinos y proletarios en el desarrollo capitalista de la agricultura	11
I. La acumulaci3n y el desarrollo capitalista de la agricultura	15
II. Reproducci3n ampliada del proletariado y subsunci3n del trabajo al capital en la agricultura	23
III. Ej3rcito de reserva y formas de proletarizaci3n en la agricultura	45
IV. Hip3tesis metodol3gica sobre el capitalismo del subdesarrollo y los procesos de proletarizaci3n	59
SEGUNDA PARTE:	
La formaci3n del proletariado agr3cola en la Rep3blica Dominicana: 1870-1960	67
I. De la econom3a campesina a la importaci3n de braceros: la oferta de trabajo para el capitalismo azucarero	69
II. El surgimiento de un proletariado agr3cola de masas para el mercado interior	87
III. Proletarios, mercados y capitales	113
IV. Cuadros estad3sticos	119
BIBLIOGRAFIA CITADA	139

INTRODUCCION

Los dos ensayos que reunimos en el presente volumen fueron escritos en circunstancias distintas, muy alejadas en el tiempo, unificándolos una preocupación común, que ha permitido titular, incluso, este volumen: la proleterización de los campesinos. Por ello, en gran medida, decidimos hoy publicarlos juntos y de nuevo.

El primer ensayo fue escrito en México en 1979, pero su versión definitiva apareció en 1981.¹ El segundo fue escrito en Santo Domingo en 1982, pero se publicó en 1983.²

En el primer ensayo abordamos una serie de hipótesis acerca de los procesos de proletarización de los campesinos en la agricultura latinoamericana en una perspectiva teórica, deteniéndonos en el análisis de las economías típicamente agroexportadoras, como la dominicana. El segundo trabajo ilustra, con el caso dominicano, muchos de los planteos sugeridos en el primero. Ambos trabajos son el fruto de una investigación de largo aliento que desde hace años venimos desarrollando acerca de los procesos de formación de clases en el campo dominicano, deteniéndonos muy especialmente en la formación histórica del proletariado agrícola.

Sólo la insistencia de colegas, amigos y sobre todo de nuestros estudiantes, nos ha animado a publicar de nuevo estos viejos ensayos, aun cuando somos su primer y más acre crítico. Como es natural, con el correr del tiempo nuestros puntos de vista sobre estos temas han variado. Pero, en general, continuamos defendiendo las tesis básicas que se sostienen en estos ensayos. Por lo demás, las ideas, como los hombres, también tienen el derecho a uná vida tranquila, y sobre todo el deber de defenderse solas.

-
1. "Campesinos y proletarios en el desarrollo capitalista de la agricultura". *Revista Mexicana de Sociología*, XLIII(1), Enero-Marzo, 1981.
 2. "La formación del proletariado agrícola en la República Dominicana". *Problemática rural dominicana*, Actas del 3er. Congreso Dominicano de Sociología, Santo Domingo: Editora Alfa y Omega, 1983.

Para fines de esta publicación, al primer ensayo se le ha añadido una sección, donde se discute, partiendo de una hipótesis sugerida por el profesor Kula (1975), diversas vías o rutas alternativas de llegada al capitalismo, haciendo énfasis en sus repercusiones para los procesos de constitución del proletariado en los países dependientes. El segundo ensayo ha sido ligeramente corregido, ampliando algunos puntos y reforzando su aparato de notas y apoyo estadístico.

Mucha gente ha contribuido de diversas maneras a que estos ensayos se elaboraran, sobre todo a aclarar nuestras ideas sobre estos temas. No podemos, sin embargo, dejar de mencionar algunas personas: La profesora Vania Salles hizo pertinentes críticas al primer ensayo, en las fructíferas ocasiones en que discutimos estos problemas. Una versión primitiva del segundo ensayo fue leída y criticada por José Luis Reyna y Konrad Stenzel; a ellos debemos que el texto lograra mayor precisión en sus propósitos. Especial reconocimiento merece Marina Ariza, a quien debemos un cuidadoso trabajo de elaboración estadística, y una fina y siempre cortés crítica. Naturalmente, lo que aquí opinamos es sólo responsabilidad nuestra.

Finalmente deseamos expresar nuestro agradecimiento al Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC), cuyas autoridades acogieron con entusiasmo la idea de publicar en un solo volumen estos ensayos. En particular deseamos expresar nuestro reconocimiento a Fernando Ferrán Fermín, Director de la División de Investigaciones Científicas de la Institución, a Julio Brea, Decano de la Facultad de Ciencias Sociales, al profesor Carlos Dore y a Rafael D. Toribio, Rector de esa alta casa de estudios.

PRIMERA PARTE

CAMPESINOS Y PROLETARIOS EN EL DESARROLLO CAPITALISTA DE LA AGRICULTURA

Discutiremos en esta primera parte algunos problemas relativos a los procesos de proletarización en la agricultura bajo el dominio del capitalismo. En esta ocasión nuestro interés básico se ha circunscrito al análisis de los diversos procesos estructurales que se verifican en el desarrollo del modo de producción capitalista (MPC) y sus efectos en los tipos y/o procesos de proletarización que ha generado en la agricultura. Fundamentalmente discutimos el papel de la llamada acumulación originaria en los procesos generadores de un proletariado rural, y de la etapa en que el MPC se reproduce de modo ampliado en la formación social. A partir de esta línea de análisis central hemos introducido la discusión en torno a los sistemas de explotación en que se deciden los procesos de proletarización, para finalmente discutir algunos de los elementos que se desprenden de la existencia de una superpoblación relativa en el campo con funciones propias de un ejército de reserva.

Para esto entendimos como necesaria la consideración de una serie de nociones y conceptos que ayudaran a precisar y especificar la problemática. Hemos manejado los siguientes conceptos, “acumulación originaria”, “reproducción ampliada”, “ejército de reserva”, “proletarización” y “semiproletarización”, “descampesinización”, pero fundamentalmente el concepto de “subsunción del trabajo al capital”, y el de “explotación” como su núcleo central. Pensamos que estos conceptos pueden contribuir al esclarecimiento de las siguientes cuestiones en la problemática de la proletarización en la agricultura: 1) la relativa al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y los sistemas de explotación en que se fundan los diversos procesos de proletarización verificados en el agro; 2) la relativa a la especificidad del semiproletariado agrícola en los países subdesarrollados y dependientes; 3) la relativa a los particulares sistemas de movimientos de la población en que se ven envueltas las capas campesinas dominadas por el capital, así como su

función global en la reproducción del sistema. Hemos tratado con más o menos detalle las dos primeras cuestiones, la tercera, sin embargo, supone una serie de discusiones de carácter demográfico y poblacional que en general hubieran hecho muy pesada la discusión, desviándonos, por lo demás, de nuestros objetivos centrales, razón por la cual sólo se ha tratado de manera harto sucinta.

Como ya insinuábamos, más que un estudio sistematizado del problema de la proletarización en la agricultura, el presente texto reúne una serie de problemáticas, de pistas de investigación, de conjeturas analíticas y teóricas que consideramos de interés y que representa, en realidad, no tanto un resultado, sino un programa de trabajo. De aquí muchas de sus debilidades, algunas de las cuales enumeramos: 1) la práctica ausencia en el escenario de la discusión, de los efectos que el desarrollo del capitalismo genera en la agricultura en términos de desarrollo económico y social; de ahí que en el texto no se profundicen los análisis relativos a los procesos de “marginalización” de la fuerza de trabajo descampesinizada en la agricultura capitalista y que no se trate, con el rigor e importancia que merece, el problema de la revolución agrícola que precedió a la revolución industrial en Europa y su práctica ausencia en la periferia, dándose al respecto sólo señalamientos de carácter muy general; 2) no discutimos con el rigor que amerita el papel del campesinado medio en la dinámica general del capitalismo en la agricultura, aunque en este caso —y eso a nuestro favor— creemos haber ponderado con razones más o menos convincentes su importancia y significación para el capitalismo agrario en general y el entendimiento de los procesos de proletarización en la agricultura en particular; 3) un tema tan importante como el del intercambio desigual en las relaciones de mercado que se establecen entre la economía campesina y el sector capitalista no fue tratado con la debida profundidad; esta es una limitación seria, ya que es una pieza clave para la comprensión de los procesos de proletarización; sin embargo, discutimos con bastante detalle algunos de los aspectos de la cuestión en lo relativo a la relación de explotación que se establece entre los capitalistas agrarios y el proletariado y el semi-proletariado rural; 4) finalmente, no discutimos con amplitud la significación del proletariado agrícola en su versión clásica (la del obrero agrícola sin tierra), pues, además de que éste posee una

menor importancia cuantitativa que el semiproletariado, en la generalidad de los casos resulta de alguna u otra manera vinculado a la tierra en algún momento de su vida productiva; por ello hemos hecho el mayor esfuerzo analítico sobre el llamado semiproletariado agrícola, cuya importancia numérica y cualitativa en la estructura agraria es muy grande, y resume de alguna forma la situación de las capas aludidas del proletariado agrícola en sentido lato.

Hemos tratado de discutir las tendencias de los procesos de proletarización de modo general y abstracto (con las limitaciones y virtudes que esto trae consigo); sin embargo, siempre que las discusiones de los problemas lo permitieron, orientamos el análisis hacia el caso de los países dependientes, y dentro de estos a los fundamentalmente agroexportadores.

Pero no todo es tan oscuro como lo hasta aquí insinuado. Creemos haber proporcionado los suficientes elementos como para sostener una serie de hipótesis y perspectivas analíticas, si no novedosas por lo menos útiles a los fines de la investigación del problema. Por ejemplo, creemos haber aportado elementos para sostener la tesis de que el semiproletariado rural, en el capitalismo agroexportador, no es tan sólo ni fundamentalmente resultado de una limitación técnica del tipo de producción sobre la cual opera (cultivos temporales, etcétera), ni su vigencia se circunscribe a una etapa de desarrollo de las fuerzas productivas en que el capitalismo por su debilidad se ve forzado a no comprometerse en un proceso de proletarización total de esta fuerza de trabajo, sino que, por el contrario, ello resulta de la ventaja del sistema de explotación de esta fuerza de trabajo que su condición semiproletaria permite articular, y sólo en segundo lugar y a consecuencia de la dinámica contradictoria en que este sistema de explotación se ve envuelto, actúa sobre el ritmo de desarrollo de las fuerzas productivas dificultando su desarrollo. Una línea de análisis interesante que se desprendía de nuestros argumentos, pero que queda como objeto de otro trabajo, es el hecho de que en esta perspectiva, los procesos de semiproletarización no pueden ser comprendidos sino en su articulación con el papel del campesinado medio en este tipo de capitalismo. Esta tesis puede ser discernida a partir del carácter de la subsunción del trabajo al capital que en el agro capitalista permite al capital someter la economía campesina a la lógica del beneficio.

I. LA ACUMULACION Y EL DESARROLLO CAPITALISTA DE LA AGRICULTURA

La acumulación originaria como expropiación de los pequeños productores: el modelo clásico

La acumulación originaria se presenta en un umbral histórico en el cual modos de producción precapitalistas son destruidos por el modo de producción capitalista (MPC) que emerge como dominante. Si el MPC destruye estos modos de producción precapitalistas es porque a partir de ellos se genera una serie de condiciones necesarias para su reproducción como sistema “autónomo”. Como ha señalado Marx, este proceso puede denominarse “originario” porque “en vez de resultado histórico es fundamento histórico de la producción específicamente capitalista” (1867/1975 T.I, V. 3, p. 776). Como se sabe, la condición básica es la liberación de una fuerza de trabajo libre de venderse en el mercado como mercancía, pero a “condición” de reconocer que sin encontrar una riqueza dineraria capaz de comprar esta fuerza de trabajo (potencialmente mercancía) el sistema en su conjunto no se articularía. Pero esta última condición —la riqueza dineraria— puede generarse en gran medida en las entrañas del viejo modo de producción (el feudalismo para el caso inglés) sin cuestionar relativamente su estabilidad; mas no la primera, pues ello implicaría, si no la ruina, por lo menos la crisis de los modos de producción precapitalistas.³ La acumulación originaria funciona entonces como el proceso que genera las condiciones potenciales del modo de producción capitalista, pues su imbricación en dicha estructura (MPC) es, utilizando la feliz expresión de Balibar, “un hallazgo”.

El modelo construido por Marx, tomando como ejemplo histórico el caso inglés, se propuso explicar la aparición y articulación

3. Para un examen de esta problemática consúltese el famoso texto de Maurice Dobb (1971), y la famosa polémica que en torno al mismo se suscitó entre varios historiadores y economistas, P.M. Sweezy et al. (1970).

de tres procesos básicos: el surgimiento del capital "como suma de valores disponible", que en determinada circunstancia puede dar paso a la compra de fuerza de trabajo; el surgimiento de una mano de obra asalariada; y el proceso a partir del cual ambos elementos se articulaban, de ahí la importancia de la formación de un mercado comercial o interno.

El proceso esencial era, en las condiciones inglesas, el de la expropiación de los pequeños productores, pues a partir de allí se podría explicar no sólo el surgimiento de la mano de obra asalariada, sino la lógica global del proceso en su conjunto. En este sentido la expropiación trajo consigo la concentración de las fuerzas productivas en manos de los grandes terratenientes, principalmente de la tierra. En segundo lugar, la expropiación daba lugar a la posibilidad de conversión de esta mano de obra liberada en fuerza de trabajo asalariada para el capital. Sentando así, en tercer lugar, las bases del mercado interno. "La expropiación y desalojo de una parte de la población rural, no sólo libera y pone a disposición del capital industrial a los trabajadores, y junto a ellos sus medios de subsistencia y su material de trabajo, sino que además crea el mercado interno" (Marx, C. 1867/1975, T.I., V. 3, pp. 934-35). Al desvincular al pequeño propietario de su relación con la tierra, no sólo se le "libera" del medio de producción básico en el agro, sino que su posibilidad misma de reproducción pasa a ser controlada por el capital en forma de capital variable.

En el caso inglés, los tres procesos descritos se presentaron juntos, aunque su unidad venía dada, fundamentalmente, por el proceso "liberalizador" de mano de obra. Pero pueden verificarse independientemente, según el "acento" que en cada proceso histórico concreto cobren sus elementos. Así, la suerte del proceso en su conjunto depende mucho de sus resultados, es decir, del tipo de capitalismo de que se trate (Kula, W.: 1974, pp. 32-33). Por ejemplo, la acumulación del capital comercial puede no ir acompañada de un proceso liberalizador de mano de obra, de proletarianización, y de creación de un mercado interno, lo que puede conducir a un callejón sin salida del desarrollo capitalista, o bien a su subdesarrollo (Kula, W., 1975). Este es uno de los grandes problemas a los que se enfrentan los capitalismo agrario-exportadores de América Latina.

En una perspectiva teórica es más difícil que se verifique un proceso de proletarización sin una consecuente creación de mercado interno. Pero incluso esta posibilidad no es absolutamente irreal, e históricamente se ha verificado en los países capitalistas subdesarrollados, pues en estas circunstancias, en gran medida el mercado exterior sustituye la ausencia de un mercado interno. De todos modos, la creación de un mercado interno no se concibe sin un consecuente proceso de proletarización. Y esto sí es una ley general del sistema.

Dice Kula (1975) que la unilateralidad de los procesos descritos, en todo caso, conduce a un "tranque" del "salto industrial" necesario para el afianzamiento del capitalismo. El caso inglés demuestra la necesidad de que de algún modo estos tres procesos converjan en determinada coyuntura histórica para conformar una estructura unitaria, articulada, para la formación de un tipo de capitalismo industrial. La unilateralidad de uno de dichos procesos sobre los otros se sitúa así en las raíces del llamado capitalismo "subdesarrollado".

En este último sentido, es vital para el conocimiento del proceso saber en qué polo de la sociedad se acumulan los capitales que en determinada coyuntura y marco histórico podrían hacer de la fuerza de trabajo liberada un proletariado, y en tal virtud, afianzar un proceso de creación de mercado interno. En el caso inglés, estos polos de acumulación se localizaban en las ciudades a partir de la producción manufacturera (Dobb, Maurice, 1971), a lo que coadyuvó la adaptación de la propiedad terrateniente de tipo feudal a los requerimientos del capitalismo urbano industrial. Pero en los países subdesarrollados este proceso se ve bloqueado no sólo por la presencia de un capitalismo de tipo comercial muy poderoso social y políticamente, sino por la dominación imperialista misma como "polo de desacumulación", uno de cuyos canales internos es, precisamente, la hipertrofia del capital comercial.

Desde la perspectiva del mercado de trabajo y, en consecuencia, del proceso de proletarización, esta situación de predominio del capital comercial y el "sesgo" que introduce en el proceso de acumulación conduce al estancamiento y desarticulación de la división regional del trabajo, acentuando el proceso sólo en algunas áreas (las ligadas a los bienes de exportación, tal es el caso), y a la

constitución de ciudades comerciales, como intermediarias de la producción agrícola hacia los centros imperialistas, o como consumidoras de los productos importados provenientes de estos mismos centros. En tal situación, el proceso de descomposición del campesinado, fruto del desarrollo de la economía mercantil, etcétera, no conduce directamente a la proletarianización, sino a la conformación de amplias capas de población “marginales” reunidas en las grandes ciudades “comerciales”, vía las migraciones rural-urbanas. Los caminos elegidos históricamente por estas sociedades han sido los de la recampesinización (siempre y cuando converjan para ello determinadas circunstancias; no agotamiento de las fronteras agrícolas, etcétera) o los de la emigración rural-urbana sin proletarianización consecuente en los centros receptores.

La acumulación originaria y el mercado de trabajo

Las anteriores consideraciones poseen una importancia decisiva respecto al problema de la constitución de un mercado de trabajo para el capitalismo. La posición de G. Arrighi merece considerarse con cierto detalle:

En términos generales, la “acumulación primitiva” puede ser definida como un proceso en el cual predominan mecanismos distintos a los propios del mercado, y a través de los cuales se amplía adecuadamente la separación entre la productividad del sector capitalista y la del sector no capitalista. El proceso puede considerarse cumplido cuando la separación es tan amplia que los productores pertenecientes al sector no capitalista están dispuestos a vender “espontáneamente” su propio tiempo de trabajo a cambio de aquel salario que es compatible con la tasa de acumulación “deseada” por los centros decisivos del sector capitalista (1975: p. 179).

Arrighi destaca varios problemas en la discusión sobre los límites de la acumulación originaria. Puede decirse que el proceso se ha cumplido:

1. Cuando la necesidad del dominio del capitalista sobre la reproducción global del sistema económico en la formación social

cuencia, alentar formas intermedias de proletarización adecuadas a la realización del capital social. En este caso no se trata simplemente de que el capitalismo no puede asimilar esta fuerza de trabajo “descampesinizada”, sino que estimula determinados mecanismos de producción a través de los cuales convierte de hecho a los productores minifundistas en verdaderos proletarios encubiertos.

Esto se encuentra vinculado con otro problema planteado por Arrighi: el del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas necesario a la reproducción ampliada. El problema es muy complejo y sin querer agotar siquiera el señalamiento de sus implicaciones señalaremos una en especial. Es indudable que el capitalismo, para poder “dominar” a los modos de producción precapitalistas en su esfera predilecta, el mercado, requiere de una gran potencia económica que le asegure el bloqueo fácil de la rivalidad que le pueden presentar estos otros modos de producción precapitalistas, lo cual sólo puede lograrlo con un amplio desarrollo de las fuerzas productivas. Este nivel de desarrollo de las fuerzas productivas es, sin embargo, relativo, teniéndose que especificar en cada caso concreto. Este mismo desarrollo de las fuerzas productivas por parte del capitalismo no se lograría sin la previa utilización de mecanismos extraeconómicos generados por el Estado (legislación fabril, leyes de pobres, leyes de cercado, etcétera, tan brillantemente analizadas por Marx 1867/1975 T.I., V. 3: capítulo XXIV). Todo esto nos señala claramente que presidiendo todos estos procesos de acumulación originaria se verifica una aguda lucha de clases entre las masas expropiadas y el capitalismo expropiador. Como señala Vergopoulos, “en realidad, el capital se apodera del poder en la sociedad a partir del siglo XVI, no como excrecencia de la sociedad feudal, sino como fuerza que se opone a la alternativa liberadora, socializante, de las masas populares” (1975: p. 63).

Del lado del desarrollo de las fuerzas productivas, el hecho que se nos presenta históricamente en estas sociedades en transición es la profunda revolución agraria que acompañó a estos procesos, expresada en el notable incremento de la productividad agropecuaria (Bairoch, p. 1970), unido a la baratura de las materias primas y granos de ultramar (Kautsky, Karl, 1899/1974; Marini, Ruy Mauro, 1974). Pero todos estos procesos que generaron un incremento de la productividad agropecuaria y un mayor acceso

del capitalismo urbano industrial a los bienes de subsistencia y a las materias primas baratas, no son el resultado simple de un exclusivo “salto tecnológico”, sino de los profundos cambios en las relaciones de producción a que estos procesos dieron lugar, expresados en la constitución de un verdadero mercado interno para el capitalismo (Mandel, E. 1977).

Zangheri ha resumido bien las implicaciones y resultados del proceso:

Lo que cuenta no es en definitiva un aumento de la riqueza dineraria (ésta se encuentra disponible en algunos países atrasados, por ejemplo en los productores de petróleo, sin que luego conduzca, mínimamente, al desarrollo), sino el proceso social de separación de los trabajadores de los medios de producción, y la concentración de estos últimos en manos de una clase de empresarios capitalistas. De ahí toma su arranque cada mecanismo de desarrollo económico capitalista. Y es evidente el papel de la agricultura bien sea en la liberación de los efectivos laborales, gracias a la ruptura de los vínculos feudales y al aumento de la productividad, bien en la demanda de bienes de consumo y de inversión gracias al aumento de la renta y a la formación de nuevas necesidades en el ámbito de la familia rural y la empresa agrícola [...] (1974: pp. 134-135).

Procede ahora discutir el carácter que asume el proceso de proletarianización en la agricultura en una situación de reproducción ampliada. Discutiremos ahora el modelo leninista sobre el proceso de descomposición del campesinado ruso, el cual es hoy un clásico en la literatura marxista. Las dificultades a que conduce dicho modelo nos permiten introducir en la discusión, vía el análisis de las formas de subsunción del trabajo al capital en la agricultura, la problemática de los sistemas de explotación en que se fundan los procesos de proletarianización. La siguiente sección se orientará en ese sentido. La tercera nos permitirá discutir con mayor detalle el contenido de los procesos de proletarianización y semiproletarianización en la agricultura a la luz de estos análisis y finalmente, la cuarta desarrollará una hipótesis metodológica sobre el capitalismo del subdesarrollo y los procesos de proletarianización.

II. REPRODUCCION AMPLIADA DEL PROLETARIADO Y SUBSUNCION DEL TRABAJO AL CAPITAL EN LA AGRICULTURA

Descomposición del campesinado y proletarización.

¿Acumulación originaria o reproducción ampliada?

El modelo de Lenin

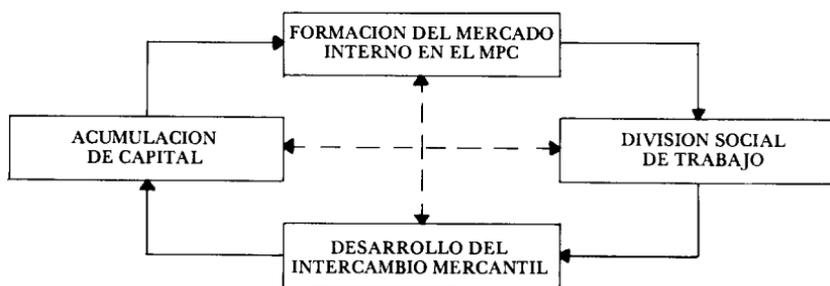
Es un fenómeno realmente interesante —y dramático— en la historia del pensamiento marxista, el que hasta la obra de Lenin *El desarrollo del capitalismo en Rusia* los marxistas europeos no habían producido un estudio sistemático de los procesos de proletarización en la agricultura.⁵ Indudablemente que el análisis leninista del proceso de descomposición del campesinado ruso se inspira mucho en el caso inglés analizado por Marx; pero de ahí a sostener, como lo hacen ciertos autores (Villarreal, Juan, 1978: 5), que Lenin lo que hizo fue tratar de probar el modelo de Marx en la situación rusa hay una enorme distancia, porque además tal razonamiento es falso. El esfuerzo leninista por aprehender la especificidad del desarrollo capitalista ruso no sólo se manifiesta en el enorme acopio de información empírica que manejó para fundamentar sus tesis, sino también en la calidad misma de sus hallazgos. Por ejemplo, Lenin proporcionó abundantes elementos que permiten reconocer el obstáculo que el proceso de acumulación encuentra en los terratenientes rusos, a diferencia del modelo inglés, donde éstos se integraron temprano a la lógica del capital; construyó la

5. Es un hecho claro que el análisis de los procesos de descomposición del campesinado inglés hecho por Marx en el capítulo XXIV de *El Capital* va encaminado a fundar un modelo general de las condiciones históricamente necesarias para la constitución del MPC, como tal no constituye un estudio sistemático de corte histórico-económico sobre los procesos de proletarización. Kautsky, el precedente más inmediato que tuvo Lenin, (su libro lo conoció Lenin después de haber terminado el suyo) no recoge en su obra esta problemática como su núcleo central aunque le dedica un importante capítulo, así como inteligentes análisis dispersos, sobre todo en torno a la relación de dependencia del proletariado agrícola de la parcela, y cómo ésta se encuentra supeditada a la gran propiedad (Kautsky, K., 1974).

categoría de semiproletariado para poder “pensar” la especificidad de un particular proceso de proletarización como era el ruso; siempre insistió en la multiplicidad de alternativas de desarrollo de la agricultura bajo el capitalismo (vía prusiana, vía farmer), contra una visión unilineal del marxismo, etcétera. Sin embargo, el análisis leninista supone una serie de dificultades en el plano metodológico, histórico y político que es necesario dilucidar. Lenin no sólo se inspiró en el específico proceso de “disolución” del campesinado inglés, analizado por Marx, sino que integró su análisis, como buen marxista, en el plano más general de las categorías del materialismo histórico formuladas por Marx en *El Capital*. Por esta razón discutiremos cómo la problemática de la acumulación originaria y su status teórico para el análisis del sistema capitalista se inserta o no en la construcción del modelo leninista y cómo ello afecta el contenido y resultado del análisis.

A nuestro modo de ver, los cuatro conceptos básicos del modelo leninista se pueden articular de acuerdo al siguiente esquema:

MODELO DE LENIN SOBRE EL DESARROLLO DEL MPC



La circularidad del esquema lo que quiere destacar es el carácter orgánico de los cuatro momentos referidos, como parte de un único proceso: el desarrollo del capitalismo (esa relación de organicidad se destaca en la línea interna de puntos). Es decir, el proceso de formación del mercado interno no es más que el del incremento de la división social del trabajo, concepto a partir del cual se puede comprender no sólo la heterogenización de la economía en cada

vez más crecientes departamentos, sino también el proceso de desigualdad social, a nivel de las clases, que le acompaña. Este proceso adquiere su más notorio relieve a través, en el caso del MPC, del desarrollo de la economía mercantil, cuyo punto esencial es la mercantilización de la fuerza de trabajo, así como su contrapartida, el aumento del capital. La generación de estos dos polos en su relación recíproca, así como su permanente reproducción en una escala cada vez mayor, no es más que el proceso de acumulación mismo. Desde este último punto de vista, dicho proceso afianza a su vez el llamado mercado interno, lo acrecienta, a la vez que en los hechos no constituye más que el proceso esencial que lo determina. Todos estos procesos en su unidad recíproca no constituyen otra cosa que el proceso general de desarrollo del capitalismo.

Ahora bien, este proceso general se manifiesta en la agricultura básicamente a través de tres procesos integrados: 1) el desarrollo del capitalismo crea zonas agrícolas y sistemas de explotación cada vez más especializados; 2) ello origina el intercambio, en una escala cada vez más amplia, entre los productores agrícolas y la industria; 3) lo que a su vez afianza las relaciones de intercambio entre los productores agrícolas mismos. Ahora, estas relaciones determinan dos tendencias generales: a) el incremento de la población ligada a la industria crece a expensas de la ligada a la agricultura, dado el carácter del MPC que señala como su dinámica a los centros capitalistas industriales. El incremento de la economía mercantil en los términos de la lógica capitalista, dado el anterior planteo, lleva a la separación creciente y permanente de contingentes de población agrícola de sus vínculos precapitalistas y los integra a las filas de la población industrial; b) la contrapartida de la dinámica industrial y la expansión de las relaciones capitalistas de producción en el agro es la ruina de los pequeños productores, situación que afianza el proceso descrito de separación del productor de sus relaciones con la tierra, y la tendencia a la concentración de la misma en manos del capital. Esto determina el incremento del proceso de proletarización de la fuerza de trabajo rural, lo que unido al incremento de la concentración terrateniente, afianza la producción mercantil, lo cual se revierte en la ampliación del mercado interno. Tal es la lógica del modelo (Lenin 1899/1973: capítulos I y II).

Es significativo que Lenin en su obra no le dedique, no ya sólo un capítulo al proceso de acumulación originaria, sino que ni siquiera menciona su importancia en la constitución de su modelo, a diferencia del caso de Marx donde el análisis de dicho proceso es considerado al final del tomo I de *El Capital* como aquel requisito histórico que aporta las premisas estructurales sobre las que se levanta el sistema, analizado en las páginas precedentes. Esto tiene consecuencias graves para los futuros resultados del análisis. En los hechos, el análisis de Lenin sigue muy de cerca la metodología propuesta por Marx para el caso de la acumulación originaria en Inglaterra (el despojo del campesinado pobre y su consecuente proletarización, el tránsito hacia el capitalismo agrario del campesinado rico; su común encuentro en la esfera del cambio que crea mercado interno), sólo que en este caso se supone que no se analiza un proceso de acumulación originaria, sino aquel en el cual el sistema capitalista tiende a dominar el campo porque se ha acentuado fuertemente en la formación social. De ahí ciertos elementos nuevos en el análisis, a diferencia del caso inglés: ahora no es el despojo el principal agente de proletarización, sino la inserción en el mercado del campesinado ruso. Pero subsisten los problemas. Por ejemplo, no queda claro en el planteo leninista el porqué de la identificación del campesinado rico con el capitalista agrario. Es verdad que esto se presenta como tendencia. Pero es precisamente esta tendencia lo que merece explicarse. En primer lugar, en el caso de verificarse la identificación propuesta no sería necesario aludir al término "campesino rico", pues la lógica económica en que se movería sería la del capitalismo en sentido lato. A nuestro modo de ver esta ambigüedad refleja un problema de corte histórico, relativo a la naturaleza global del proceso analizado, como al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas en que se desempeña.

Sólo si el proceso en que se ubicaba esta tendencia era de carácter transicional, en el sentido en que Marx lo refiere en el caso de la acumulación originaria, puede entenderse esta ambigüedad del campesino rico, que aun con las posibilidades de convertirse en capitalista, Lenin encuentra necesario seguirlo llamando precisamente "campesino". Este carácter de transicionalidad tenía que afectar a la formación social en su conjunto, incluida la esfera industrial urbana. De aquí las dificultades que encuentra el capita-

lismo en su dominación sobre la agricultura, dificultades que le permiten a Lenin obviar, incluso, el peliagudo problema de la renta (Bartra, Armando, 1976), puesto que el problema básico que para el capitalismo se presentaba era la necesidad de destruir el precapitalismo agrario, expresado en la tendencia a la disolución del pequeño propietario campesino. Sólo de este modo puede admitirse la vialidad de la tendencia propuesta por Lenin: la polarización de la estructura agraria en dos esferas básicas representadas por el campesino pobre en vías de proletarización y por el campesino rico en vías de convertirse en burgués agrario. Una primera crítica surge de esta “problemática perspectiva” en que Lenin sitúa su análisis: se sobreestima la importancia que en este momento adquieren los mecanismos del mercado en la estructura agraria como agente de proletarización, y con ello el papel del campesinado medio se ve reducido al de servir de agente proporcionador de los grandes contingentes de campesinos pobres (futuros proletarios) arruinados, o de los futuros capitalistas agrarios (campesinos enriquecidos).

Lenin tenía conciencia de los obstáculos que al proceso de diferenciación campesino presentaban las estructuras ligadas al precapitalismo, pero a nuestro modo de ver coloca el acento de un modo unilateral: para él el principal obstáculo a la disolución de las formas precapitalistas lo constituyen los viejos terratenientes feudales, lo que podría ser exacto a cambio de precisar mejor el vínculo de la gran hacienda no sólo con el campesino pobre, sino y quizás principalmente con el campesino medio.

Esto posee hondas consecuencias de tipo político, pues se tenderá, de no reconocer la importancia de la relación de dominación-subordinación del campesinado medio respecto del terrateniente, a ver la contradicción política básica entre terratenientes y campesinos pobres o proletarios agrícolas. Históricamente esta última perspectiva —que fue en gran medida la asumida por Lenin y su partido— se reveló errática, y el mismo Lenin tuvo que reconocerlo en su crítica al programa del partido en 1907.

Es este problema político el que está en la base de las llamadas vías de desarrollo del capitalismo en la agricultura sugeridas por Lenin en 1907. Para él el capitalismo en la agricultura podía desarrollarse de dos formas posibles, por la vía prusiana, a través

sociales” (*El programa agrario de la socialdemocracia*, pp. 48-49).

Sin embargo, aun en esta profunda autocrítica, Lenin se mantiene reacio a reconocer la enorme importancia del campesinado medio, el cual continúa reducido a su papel de fuente generatriz de proletariado y de burguesía agraria; de este modo la contradicción entre terratenientes-campesinos medios es de nuevo desplazada —aun en la llamada vía *farmer*— por la deseada contradicción capitalistas agrarios-proletarios. Lenin no logra especificar con claridad el contenido de la contradicción que sobredetermina el proceso de desarrollo del capitalismo en la agricultura en tales circunstancias: la que se dispone entre terratenientes y burgueses agrarios de un lado y campesinos (medios) y proletarios y semi-proletarios agrícolas por otro.

Roger Bartra afirma que “si hay algo claro en la interpretación leninista de la evolución agraria es que ésta no puede ser comprendida estrictamente en términos económicos: la dimensión política juega un papel tan importante que sin ello no se alcanza a percibir el fondo del problema” (Bartra, R., 1978: p. 15). Esto es correcto, como se ha visto, pero es impreciso.

La política interviene en el modelo leninista, cierto es, pero de lo que se trata es de la forma de esa intervención. Hemos visto que el modelo leninista suponía un nivel de desarrollo del capitalismo en la agricultura que históricamente estaba lejos de haberse alcanzado, como él mismo lo confiesa. Sin embargo, la permanencia del vicio metodológico inicial del modelo lo condujo, aun en la autocrítica de 1907, a minusvalorar el papel del campesinado medio en el desarrollo del capitalismo.⁶

Estos obstáculos que el capitalismo encuentra en la agricultura nos conducen al segundo punto importante en esta discusión: el relativo al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas necesario para el afianzamiento del capitalismo en la agricultura. G. Arrighi ha demostrado que se requiere cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas afín con la extensión del dominio que ejerce el mercado sobre la reproducción de la formación social para

6. Sólo en 1915 con la publicación de sus estudios sobre el capitalismo en la agricultura norteamericana Lenin abandona su posición tradicional sostenida desde 1899, viendo como posible un desarrollo capitalístico de la agricultura sin la polarización ineluctable que él había augurado en 1899 (1915-1979: pp. 93-183).

que el proceso de acumulación originaria de capitales se considere como “acabado”. Esta circunstancia no se presentaba de modo tan evidente en el campo ruso como creía ver Lenin en 1899. De ahí la fuerza de la clase terrateniente y su tendencia a fusionar en un comportamiento económico unitario racionalidades económicas procedentes de modos de producción distintos: su ascendencia feudal y la lógica capitalista. Como vemos, entonces, el análisis de Lenin se sitúa de hecho en la perspectiva de la acumulación originaria de capitales, en lo que respecta al proceso de diferenciación del campesinado.

Otro elemento que debemos considerar en el análisis leninista del proceso de diferenciación campesino es el relativo a la intervención de los factores extraeconómicos como agentes de disolución de los modos de producción precapitalistas. En tal sentido reconocemos otra limitación del análisis leninista. El confiesa que su estudio se situará en el nivel económico, pues supone un gran dominio de las relaciones mercantiles capitalistas en el agro; hemos visto que esto era inexacto. Sin embargo, en tanto su análisis de hecho se situaba en la perspectiva de la acumulación originaria, exigía del reconocimiento de estos factores extraeconómicos, como requisito precisamente para el entendimiento de la eficacia de la dinámica económica. Tal es el caso del papel del Estado autocrático en la liberación de los siervos en 1861, el impulso estatal inicial a la industrialización y a la extensión de la red de ferrocarriles. Tiene entonces razón Gerschenkron en este punto cuando afirma que en vista del retraso de la agricultura y de sus dificultades para afianzar el proceso de acumulación capitalista, el papel del Estado venía a suplir esta insuficiencia, especialmente en el establecimiento de una brutal carga tributaria estatal sobre el campesinado y de la creación de una demanda efectiva estatal para la industria tanto urbana como rural (ferrocarriles, alimentos, textiles y calzados para el ejército, etcétera) (1968).

Se hace necesario, entonces, pasar a discutir aquellos conceptos que complementen el análisis leninista, contribuyendo a superar sus debilidades. Creemos que el concepto de “subsunción del trabajo al capital” es la pieza clave que nos permitirá apreciar el papel del campesinado medio en la reproducción global del sistema, así como también facilita la comprensión de los procesos de

proletarización en el agro, especialmente en los países subdesarrollados.

La subsunción del trabajo al capital en la agricultura

El concepto de “subsunción del trabajo al capital” supone la articulación de por lo menos tres instancias en la determinación de la relación del trabajo con el capital bajo el MPC: 1) la de un sistema de dominación dado, 2) que se sostiene en base a un determinado sistema de explotación del trabajo por el capital, 3) a partir de un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo, lo que implica la remisión a un determinado sistema de organización técnica de la producción. Estos tres niveles se integran en un proceso unitario de producción social (modo de producción). De esta manera el modo de producción aparece como una categoría “totalizadora” de estos sistemas (que sólo analíticamente pueden aislarse), cuyo punto articulante son las relaciones de producción.

Bajo el capitalismo el proceso de producción es siempre unidad del proceso laboral y del proceso de valorización en la cual el segundo proceso domina las condiciones en que se desempeña el primero (técnicas, organizacionales, etcétera). Así, se somete a la racionalidad del beneficio capitalista la organización y dinámica misma del proceso productivo. Es claro que en la base de esta dualidad-articulación del proceso productivo se encuentra el desdoblamiento de la mercancía en su doble condición de portadora de valor de uso y de valor (Marx, C. 1867/1975, T.I., V. 1: p. 226). El concepto de subsunción⁷ permite “pensar” la relación de dominación del proceso de valorización sobre el proceso de producción. De esta manera el proceso laboral se subsume a la producción de plusvalía, la producción de valores de uso a la producción

7. Marx desarrolla el contenido del concepto en *El Capital*, Libro I Capítulo VI (inérito), (1978). Pedro Scarón, el traductor español de la obra, emplea el vocablo subsunción, subsumir, al traducir las voces latinas *subsumtion*, *subsumieren*, de donde Marx ha tomado la inspiración de su concepto. El término comprende la idea de subordinación y de inclusión en su unidad (Pedro Scarón “Advertencia del traductor” en Carlos Marx 1978, p. XV). En este trabajo empleamos los vocablos subordinación e inclusión para designar determinadas y específicas formas de subsunción del trabajo al capital. La inspiración de estas nociones la hemos tomado de Gustavo Esteva (1978: pp. 703). También la famosa sección IV de *El Capital* maneja el contenido del concepto (1867/1975, T.I. V.I, Sección IV).

de valor y de plusvalor. En consecuencia, en el análisis de la subsunción del trabajo al capital la instancia crucial es la del sistema de explotación del trabajo, que dicha "subsunción" unifica. La importancia del sistema de dominación radica, a nuestro modo de ver, en que permite cohesionar la unidad del proceso de explotación del trabajo con el proceso técnico de producción, la unidad del proceso laboral con el de producción de plusvalía; también sirve de instrumento a partir del cual se localiza la "región" donde se ejecuta la relación de explotación. En cualquier caso, el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas impone ciertos límites al sistema de explotación del trabajo condicionando sus formas.

Gracias a esto la categoría de plusvalía constituye la pieza clave que, a través de las diversas expresiones o formas que adopta, permite identificar las diversas formas de la subsunción del trabajo al capital. Lo importante de todos modos es que el análisis de la subsunción permite reconocer que, al contrario de lo que la tradición clásica en economía política supone, el capital no constituye una relación técnica, sino una relación social entre los agentes productores y los propietarios de los medios de producción, en base a un sistema de explotación del trabajo determinado históricamente.

Marx reconoce dos formas posibles de subsunción del trabajo al capital: la formal y la real. Señala Marx, caracterizando la subsunción formal:

El proceso de trabajo se subsume en el capital (es su propio proceso y el capitalista se ubica en él como dirigente, como conductor, para éste es al mismo tiempo de manera directa, un proceso de explotación del trabajo ajeno. Es a esto a lo que denomino subsunción formal del trabajo al capital (1978: p. 56).

A lo que posteriormente agrega Marx:

Sobre la base de un modo de trabajo preexistente, o sea, de un modo de desarrollo dado de la fuerza productiva del trabajo y de la modalidad laboral correspondiente a esa fuerza productiva, sólo se puede producir plusvalía recurriendo a la

prolongación del tiempo de trabajo, es decir, bajo la forma de plusvalía absoluta. A esta modalidad, como forma única de producir plusvalía corresponde, pues, la subsunción formal del trabajo al capital (*ibidem*).

De este modo, cuando Marx habla de subsunción formal del trabajo al capital lo que está indicando son aquellas condiciones en que el trabajo aun estando sometido, a nivel de las relaciones sociales de producción, al capital, lo hace sobre la base técnica correspondiente a otros modos de producción precapitalistas, correspondiendo a ello una determinada forma de explotación del trabajo.

Por el contrario,

En la subsunción real [...] se desarrollan las **fuerzas productivas sociales del trabajo** y merced al trabajo en gran escala, se llega a la aplicación de la ciencia y la maquinaria a la producción inmediata. Por una parte el modo de producción capitalista, que ahora se estructura como modo *sui generis*, genera una forma modificada de la producción material. Por otra parte esa modificación de la forma material constituye la base para el desarrollo de la relación capitalista, cuya forma adecuada corresponde, en consecuencia, a determinado grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas (1978: p. 73).

En una palabra, el capitalismo logra “generar” su propia base técnica afín con las exigencias del desarrollo del capitalismo y su específica racionalidad económica. De la misma forma en que

se puede considerar la producción de plusvalía absoluta como la expresión material de la subsunción formal del trabajo al capital, la producción de plusvalía relativa puede estimarse como la subsunción real del trabajo al capital (1978: p. 60).

Estos razonamientos de Marx no nos deben conducir a una visión “historicista” del desarrollo del capitalismo, en la que se entienda como “necesario” una cierta sucesión histórica entre la

subsunción formal y la real. Lo que fundamentalmente tal análisis refiere es la necesidad de considerar el grado de desarrollo de las fuerzas productivas en la determinación de los sistemas de explotación bajo el capitalismo. Tan es así que cuando el capitalismo ha logrado generar su propia base técnica, ambas formas de subsunción del trabajo al capital coexisten en un mismo proceso productivo.

Lo que no quiere señalar sino la determinación social del proceso productivo bajo el capitalismo. Se trata así de ubicar las diversas expresiones que adquiere la explotación del trabajo y el conjunto de relaciones de dominación a las que se somete en relación al grado de desarrollo de las fuerzas productivas cohesionado por la lógica del beneficio que preside la dinámica del sistema.

Estas consideraciones teóricas son esenciales para aclarar el lugar de los campesinos bajo el capitalismo, así como el carácter del proceso de proletarización de los pequeños productores.

Empecemos por el problema de la articulación de modos de producción. Cuando Marx analiza la relación de dominación que el capitalismo establece sobre los anteriores modos de producción precapitalistas (específicamente el artesanado en la manufactura capitalista) no habla de una relación de "articulación" entre dos modos de producción a la lógica capitalista. De esta manera, habría que preguntarse hasta qué punto se puede seguir hablando de modos de producción en estos sistemas de producción cuya lógica de reproducción depende ahora de su subordinación o inclusión a la lógica capitalista que preside la reproducción del sistema en su conjunto.⁸

Aquí surgen algunos matices que es necesario dilucidar. En el caso del artesanado subsumido al capital en la manufactura, la relación de dominación se expresa como relación de inclusión del proceso productivo "artesano" al capitalismo en la manufactura. Ciertamente, la base técnica en la manufactura es, en lo esencial, la misma del artesanado, pero el capital domina ahora directamente

8. En esta perspectiva los valiosos análisis de P.P. Rey sobre el llamado "modo de producción de linaje" deben ser cuestionados. Tan problemática resulta la cuestión que el mismo P. Rey sólo encuentra en la remisión a lo político la posibilidad de articulación entre dicho "modo de producción en transición" en la etapa del neocolonialismo (1971). Para una crítica a la tesis del P. Rey véase Meillassoux (1977: pp. 138-39).

el proceso productivo e impone su racionalidad económica de modo directo sobre los productores en el mismo proceso productivo.

Pero es posible vislumbrar una situación en la cual el capital no domine directamente el proceso productivo y, sin embargo, se verifique un proceso de explotación del trabajo por el capital. En este caso la subsunción del trabajo al capital se verificaría como relación de subordinación al capital de los sistemas productivos de que se trate. En gran medida esta es la situación del campesinado bajo el capitalismo, en lo que respecta a la vinculación de la unidad económica campesina con el mercado dominado por el capital. También puede ser el caso de la industria doméstico-rural y del propio artesanado urbano dominado por el capital comercial.

A partir de este momento la importancia de la circulación en el sistema se acrecienta en un doble sentido: 1) de un lado, como se sabe, este es el momento en que se realiza la plusvalía generada en el proceso productivo; 2) pero también a partir de este momento se produce o determina la relación social esencial del sistema, entre el capital y el trabajo, vía el contrato salarial (pongamos por caso), relación que luego reconoce su expresión definitiva en la esfera de la producción. La idea básica es que “todo momento de la circulación aparece como una forma de la reproducción del capital, toda producción de relaciones sociales (siendo reproducción del capital-relación social) aparece ya sea como momento de la circulación o como momento del proceso productivo directo: la expresión ‘doble molino’ utilizada por Marx nos muestra que es a nivel de la circulación donde queda determinada la sumisión del trabajo al capital: el proletario es aquí producido como proletario, y su producto como medio para que el capitalista lo compre” (Lautier, B., 1970: p. 149).

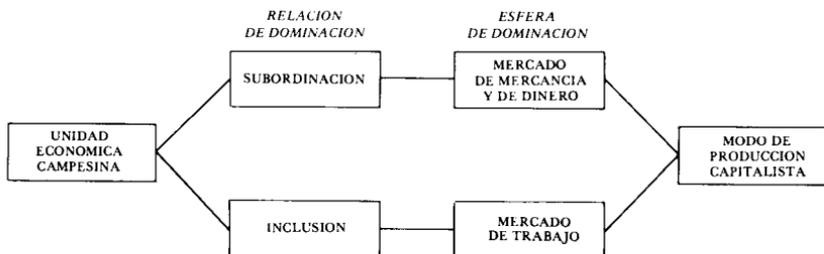
En tal sentido, es en el ámbito de la circulación donde inicialmente se expresa la relación de sumisión del trabajo respecto al capital y, en consecuencia, se potencializa la generación de la relación de subsunción propiamente dicha, la cual se determina en el ámbito de la producción.

Ciertamente, al reconocer el consumo obrero como formando parte de la circulación, se reconoce, a su vez, la importancia que tiene este momento para la reproducción global del sistema. En el capitalismo clásico dicha reproducción suponía una creciente in-

corporación de la clase obrera a la esfera del mercado, como consumidora. En la periferia capitalista subdesarrollada, dado que en la generalidad de los capitalismo agrario-exportadores los bienes de consumo obrero no son producidos directamente por la actividad industrial, la reproducción global del sistema implica un vínculo estrecho con las formas de producción no capitalistas de producción, tales como las campesinas, las cuales el capitalismo subsume y domina.

La relación de subsunción de la economía campesina al capitalismo puede asumir múltiples formas, pero en general éstas pueden agruparse en dos formas básicas, ilustradas por el siguiente esquema:

SUBSUNCION DE LA UNIDAD ECONOMICA CAMPESINA AL MODO DE PRODUCCION CAPITALISTA



La relación de subsunción de la unidad económica campesina como relación de subordinación respecto al MPC, supone que la esfera donde se expresa la relación de dominación es en el mercado de mercancías y de dinero, vía los intercambios de la unidad económica campesina con el resto del sistema, o los mecanismos de endeudamiento y de crédito, etcétera. Debe de precisarse, como lo hace Armando Bartra (*La economía campesina* —borrador— s/f), que esta situación que en el mercado se expresa como relación de intercambio desigual entre la unidad económica campesina y el capital global, deviene gracias a que la reproducción misma de la unidad económica campesina como sistema productivo se encuen-

tra subsumida a la reproducción del capital global. Ya los análisis de Lenin, de Kautsky y de Rosa Luxemburgo demuestran cómo la unidad económica campesina es forzada a insertarse en la esfera del mercado dominado por el capital, pasando a partir de este momento a sufrir las consecuencias de la relación de competitividad que la lógica capitalista misma asume como factor esencial de su dinámica. Así, en función de su relación de subsunción con el capital, la economía campesina se somete a una lógica de disolución, o por lo menos de permanente crisis, bajo el capitalismo.

Varias rutas pueden vislumbrarse en el camino hacia la descomposición de la unidad económica campesina. Hemos visto que la expropiación de los pequeños productores por los mecanismos propios del despojo acompañan a los procesos de acumulación originaria, aunque estos procedimientos, típicos de la acumulación originaria, también pueden verificarse en la reproducción ampliada del sistema, pero en tales circunstancias, revisten una significación histórica y estructural distinta, ya que no representarán tanto un prerrequisito de la constitución del sistema, sino un resultado y condición de su reproducción ampliada. Las implicaciones de esta situación las discutiremos más abajo.

Ahora bien, en una situación de pleno dominio del MPC de la formación social, los procesos de descomposición y descampesinización revisten otro carácter, como luego veremos. En tales circunstancias, la ruina de las economías campesinas, en cuanto proceso de descomposición, puede analizarse en función del tipo de contacto que con el mercado capitalista y las diversas expresiones del capital sostengan estas unidades productivas. En tal contexto, la competencia del MPC respecto a las unidades económicas campesinas puede establecerse por varias vías.

En general, el encuentro con el capitalismo provoca en la economía campesina la separación del artesanado de la agricultura, especializando así al productor rural (Lenin 1899/1973; Luxemburgo, 1967). Esto conlleva la inserción del productor campesino en la esfera del mercado, en tanto necesita de los bienes para su reproducción, que antes generaba en su propia economía familiar y que ahora no produce. Esto obliga a la monetarización de la economía campesina, lo que se acelera con las cargas tributarias y la introducción del crédito, producto a su vez, este último, de la

relación de dependencia y de la especialización en que cae el campesinado respecto al mercado, lo cual lo coloca en una posición de permanente y creciente endeudamiento. Más tarde veremos con detalle las consecuencias de estos procesos para la proletarianización de la fuerza de trabajo en la agricultura.

Pero, realmente, lo que provoca que el campesino en su inserción al mercado se encuentre en permanente crisis es la relación de intercambio desigual en que se desempeña su vínculo con el sector capitalista. En el mercado de bienes y de dinero dicha relación supone la permanente desacumulación de la economía campesina en beneficio del sector capitalista en su conjunto. Con esto el capital fuerza al campesino a la proletarianización para restablecer, desde el lado campesino, no ya los términos de un proceso de acumulación en su unidad doméstica, sino las condiciones mínimas de su equilibrio económico y reproducción simple. El campesino, o parte de su familia, termina así integrándose al mercado de trabajo. En esta esfera, los términos del intercambio desigual se establecen vía la compra de la fuerza de trabajo por debajo de su valor. Es en este momento, como ha demostrado Meillassoux, que se genera el gran acto expoliador del sector capitalista sobre la fuerza de trabajo campesina. Situación que pasamos a discutir.

La subsunción de la economía campesina como relación de inclusión respecto al capital permite la permanente absorción de contingentes de fuerza de trabajo de la unidad económica campesina por el sistema capitalista. En un momento determinado, la unidad económica campesina se ve forzada a vincularse con el MPC no ya sólo por medio de la compraventa de mercancías, sino que para lograr su equilibrio económico interno (Chayanov, A.V., 1974) tiene que conducir a parte de sus miembros al mercado de trabajo, a vender su fuerza de trabajo como mercancía. Al integrar el capitalismo agrario a esta fuerza de trabajo en procesos productivos controlados directamente por el capital (economías capitalistas de plantación, economías capitalistas de exportación en general, etcétera) se produce una relación de subsunción del trabajo al capital, que implica una relación de dominación por inclusión de la fuerza de trabajo, análoga al caso del artesanado urbano subsumido formalmente al capital en la manufactura, analizado por Marx. Sin embargo, la comparación sólo es posible en tanto el proceso

productivo controlado directamente por el capital en el agro se desenvuelva en un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas relativamente débil, pues en un contexto de capitalismo agrario altamente tecnificado, la relación de subsunción del trabajo al capital sería real (como es el caso del moderno capitalismo agrario norteamericano). En el caso de la subsunción formal —especialmente en los países periféricos de capitalismo agrario-exportador— el capitalismo agrario opera en muchos casos con un nivel técnico parcialmente semejante al de las economías campesinas, pero ahora potencializando sus niveles de rendimiento, ampliando sus volúmenes de producción, etcétera. Las grandes plantaciones de café son un ejemplo fehaciente en el cual el capitalismo casi no tiene que introducir innovaciones tecnológicas en el proceso productivo, el cual descansa en lo fundamental en la labor manual de recolección y sembrado de los productores directos. De todos modos debe quedar claro que la relación de subsunción por inclusión del trabajo respecto al capital que se verifica en estos procesos productivos, no se puede reconocer sino en estrecha relación con la relación de subsunción de la economía campesina en su conjunto respecto al capital global. Es el caso en que la competencia que en el mercado establece el capital respecto a la economía campesina (cuya relación de explotación se funda en el intercambio desigual de la economía campesina respecto al capital) fuerza al productor campesino a monetarizar su economía, conduciéndolo de más en más, tengamos por caso, a colocar en el mercado de trabajo a grandes contingentes de sus miembros. Esto abre la posibilidad al capital de ejercer su dominación de modo directo sobre la fuerza de trabajo campesina, relación esta última que se definirá ciertamente en la esfera productiva.

Esta relación es más compleja de lo aparente. El campesino semiproletarizado (Lenin, V.I. 1899/1973), al integrarse al proceso productivo lo hace en cuanto sujeto miembro de la unidad económica campesina, en busca del establecimiento de su equilibrio económico; pero desde el punto de vista del capital dicho campesino es un “sujeto individual”, y sólo a él tiene en consideración para el establecimiento de la relación salarial, pero aprovechando su vinculación con la unidad económica campesina, mas, como ha dicho Meillassoux, en este caso, “por ser la fuerza de trabajo el producto

social de la comunidad, explotar a uno de sus miembros siempre que no esté separado, equivale a explotar a todos los otros. La explotación no se ejerce a expensas de los individuos sino también del conjunto de la célula a la que pertenece” (1977: p. 157). Esta es la situación del semiproletariado rural y de la comunidad doméstica a la que pertenece. Meillassoux ha aclarado bien los mecanismos del sistema de explotación fundado en esta relación. Detengámonos un poco en su análisis.

La tesis básica es que el salario obrero supone dos componentes esenciales, que se agrupan en los llamados salarios directos y los salarios indirectos. Por medio del salario directo, el capital repone los gastos de mantenimiento para la reconstitución de la fuerza de trabajo empleada en el proceso productivo. Por medio de los salarios indirectos el capitalismo repone los gastos de mantenimiento en períodos de desempleo, así como los de reproducción de la familia obrera.

Ahora bien, en el caso en que un obrero sólo reciba el salario directo, su reproducción, como también sus gastos de mantenimiento como “reserva” del capital, corren a cuenta del obrero, y éste los tiene que cumplir en otro modo de producción (economía doméstica). “Si se acepta este análisis se puede considerar al contrario que, cuando el proletariado sólo percibe un salario directo por hora (como fue el caso durante mucho tiempo en Europa y como es todavía el caso en la mayoría de los países subdesarrollados) la reproducción y el mantenimiento de la fuerza de trabajo no están asegurados en la esfera de la producción capitalista sino remitidos, necesariamente, a otro modo de producción” (1977: p. 147). Tal es el caso del semiproletariado agrícola.

Este mecanismo permite reconocer la reproducción de la economía campesina de subsistencia (a la cual se encuentra adscrito el semiproletariado rural) como un verdadero ejército de reserva para el capitalismo agrario, sin que éste tenga que pagar un salario indirecto (para el mantenimiento en período de desempleo de esta fuerza de trabajo). En análoga circunstancia el capitalismo industrial urbano tiene que pagar el mantenimiento del ejército industrial de reserva (para el caso de los obreros que se reproducen endógenamente al sistema, mas no de los migrantes temporales

rurales), lo cual implica el pago de un salario indirecto por la clase capitalista en su conjunto, a través del Estado.⁹

Otra discusión interesante, que a partir de las proposiciones de Meillassoux surge, es la siguiente: ¿En definitiva, quién aporta los gastos de mantenimiento y de reproducción del Estado? Rosa Luxemburgo argumenta que en gran medida es la misma clase obrera. Por ello, a propósito del papel del militarismo en el desarrollo capitalista, sostiene que el Estado no puede ser elemento realizador de la plusvalía, en tanto detenta el mismo papel de representante derivado de rentas que las clases improductivas. De todos modos, esto se verifica siempre y cuando concurren dos condiciones: 1) siempre que el Estado no posea más fuentes que las derivadas del capital y del trabajo; 2) si sólo se consideran como consumidores al Estado y a las instituciones que en torno a él se nuclean, y no como productores. La reducción del consumo obrero sólo significa, en estas circunstancias, el desplazamiento parcial del salario obrero al séquito de la clase capitalista, a las clases improductivas. En tales condiciones, sólo se ha producido una alteración en la distribución del producto —suponiendo los términos de la reproducción iguales—, lo cual posee el mismo significado que si el incremento de la plusvalía del sector productor de bienes de consumo fuera destinado al consumo de la clase capitalista y de su séquito. Así, el incremento de los impuestos a la clase obrera provoca el incremento de la plusvalía consumida por la clase capitalista, vía el Estado. Esto permite al capital desplazar grandes masas de plusvalía realizada a la capitalización en otras esferas del mercado. Pero en sí misma dicha situación no crea las condiciones de mercado necesarias para dicha capitalización. Así, suponiendo el mantenimiento de los salarios equilibrados con el encarecimiento de los medios de subsistencia, una vez el capital variable es usufructuado en la producción, con el pago de impuestos al Estado lo que ocurre es una baja de la participación de la

9. No se descarta aquí la llamada economía urbana de subsistencia. Se dice que los agentes implicados en su dinámica definen estrategias de supervivencia al margen de los mecanismos del mercado capitalista. Sin embargo, estas poblaciones o se ligan al capital comercial en pequeña escala, o se someten a la protección del Estado, o se libran a las actividades propias del lumpenproletariado urbano. En definitiva, no podrían generar mecanismos endógenos de reproducción dado el control que sobre los mismos posee el capital.

clase obrera en el consumo, proporcional al incremento de los impuestos. Esto no afecta a la plusvalía, pero sí al capital total, puesto que ahora a igual capital variable (en dinero) se tienen que producir menos medios de subsistencia, siendo dicha diferencia expresada en el incremento de los precios. Parte del capital y de los trabajadores liberados de este ámbito de la producción se pueden dedicar a otro tipo de producción siempre y cuando encuentren un mercado que lo demande. El Estado representa esa demanda, vía el incremento de la maquinaria de guerra. Tal es la tesis de Luxemburgo (167: capítulo XXXII).

Si aceptamos estos razonamientos, por lo menos en lo que respecta al problema de los salarios, tenemos que concluir que en el caso urbano, es la misma clase obrera la que se paga su salario indirecto de mantenimiento en período de desempleo, lo que constituye una forma de renta para el capitalismo urbano, independientemente de las características de los sectores de la clase obrera urbana (nativa o migrante).

La estrategia del capitalismo agrario es distinta. Prácticamente prescinde de la intermediación del Estado, pues la reproducción y mantenimiento en períodos de desempleo de su fuerza de trabajo la asegura la unidad económica campesina de subsistencia. En esta dinámica, desde el punto de vista del capital, estas economías de subsistencia campesinas inevitablemente integradas al mercado de trabajo capitalista agrario, constituyen una verdadera superpoblación relativa para el capital, integrando, como hemos referido arriba, un verdadero ejército de reserva agrario.

De este modo, en la medida en que para el semiproletariado agrícola la relación con la unidad económica campesina es imprescindible para su reproducción, el capitalista agrario obtiene las bases para el establecimiento de una relación de sobreexplotación sobre dicha fuerza de trabajo, en tanto dicho vínculo le permite al capital pagar esta fuerza de trabajo por debajo de su valor sin poner en peligro su reproducción. Esto indudablemente entraña una real contradicción; pues al mismo tiempo pone en peligro la reproducción de los “campesinos sin tierra”, los cuales en nuestros países tienen un peso específico muy importante.

Para Meillassoux, “se puede entonces establecer, de manera general, que cuando un trabajador está comprometido simultánea-

mente en la agricultura de autosubsistencia y en un trabajo remunerado del sector capitalista, produce a la vez una renta en trabajo y una plusvalía” (1977: p. 163). En este caso, si bien el empresario capitalista agrario individual no somete a una relación de subsunción a la unidad económica campesina, haciéndolo sobre sus miembros aislados, se aprovechará de la relación de subsunción en que la unidad económica campesina se ve envuelta respecto al capital total, relación de subordinación que como hemos discutido se expresa esencialmente en la esfera del mercado a través del intercambio desigual entre la economía campesina y el MPC.

Esta relación de explotación en que la unidad económica campesina se ve envuelta, generalmente descansa en la subsunción formal del trabajo al capital, y en tal virtud en la extracción de plusvalía absoluta. Ello conduce a otro problema decisivo: el del nivel del desarrollo de las fuerzas productivas en que se desempeña esta forma de explotación, cuando el MPC subsume modos de producción ajenos a su racionalidad económica. En el caso europeo históricamente el predominio exclusivo de la subsunción formal del trabajo al capital se desempeñó en medio de un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas bastante débil. Esto no quiere decir, sin embargo, que dicha forma de explotación del trabajo sea exclusiva de una etapa de débil desarrollo de las fuerzas productivas. Marx ha sido muy explícito al respecto en *El Capital*. Allí se demuestra que la producción de plusvalía absoluta es la base de los sistemas de explotación del trabajo bajo el capitalismo, hacia lo cual el sistema tiende de modo “natural” (prolongación de la jornada de trabajo, etcétera) y sólo por mecanismos de la competencia entre capitales en el mercado y por la lucha de clases se ve forzado el sistema a generar un desarrollo tecnológico que sirve de “telón de fondo” de nuevos procesos o formas de extracción de plusvalía (relativa). Bruno Lautier comenta con sobrada razón que

no es por puro gusto que el capital revoluciona los procesos de producción y desarrolla las fuerzas productivas: lo hace para producir lo que le parece una sobreganancia competitiva y que, de hecho, no es más que la plusvalía relativa; pero no puede decirse que el capital busca deliberadamente, de antemano, este tipo de producción de plusvalía; muy por el con-

trario, desde el momento en que se establece como capital (y que se constituye el proletariado, su antagonismo cooriginario), quiebra los lazos personales de dominación preexistentes y somete al trabajo por la vía de la circulación (apareciendo entonces el trabajo como libre) sin modificar en nada el proceso de trabajo directo. No es sino después de la lucha del proletariado contra la jornada de trabajo demasiado prolongada, y también después de la creación de producciones de nuevos valores de uso [...] que se pasa a la producción de plusvalía relativa (1970: p. 152).

En el caso del capitalismo agrario subdesarrollado, de esta manera se reproduce un mercado de trabajo que añade nuevos elementos a la relación de subsunción formal en que la fuerza de trabajo se ve envuelta respecto al capital, contribuyendo así a especificarlo. En primer lugar, esta mano de obra tiene un carácter semiproletariado, el cual no sólo surge como producto del tipo de producción estacional para exportación o para consumo local en que se ve envuelta, sino del sistema de explotación en que descansa, sistema que a la vez genera una sobreexplotación del trabajo y con ello las condiciones básicas del dominio imperialista sobre la formación social, constituye un obstáculo al desarrollo de las fuerzas productivas en la agricultura como en el conjunto de la formación social. Como refiere Meillassoux,

el modo de producción doméstico es simultáneamente preservado y destruido; preservado como modo de organización social del productor de valor en beneficio del imperialismo, destruido pues se lo priva a plazo fijo, mediante la explotación que padece, de los medios para su reproducción. En tales circunstancias el modo de producción doméstico es y no es. (1977: p. 140).

En esta contradicción se debate el capitalismo subdesarrollado agroexportador.

III. EJERCITO DE RESERVA Y FORMAS DE PROLETARIZACION EN LA AGRICULTURA

Ejército de reserva y desarrollo del capitalismo

En el modelo de Marx, presentado en el capítulo XXIII de *El Capital*, en el análisis de la acumulación se presentan dos grandes etapas: la primera, cuando el MPC aún no ha logrado proporcionarse una base tecnológica adecuada a la racionalidad económica que preside el sistema (la extracción de plusvalía como vehículo del beneficio). En dicha situación, como ya hemos analizado, el capital subsume “formalmente” modos de producción precapitalistas a la lógica de su sistema. Es decir, subordina en términos de relaciones sociales, modos de producción precapitalistas a la lógica de su sistema. Así subordina en términos de relaciones sociales, modos de producción ajenos a su racionalidad.¹⁰

Por ello Marx no habla en el capítulo sexto (inédito) de la articulación de modos de producción, sino de la subsunción de la organización del trabajo que era propia de esos modos de producción a las condiciones del capital. De esta manera el problema es presentado siempre en términos de la reproducción del sistema capitalista y en tal sentido en términos de la articulación de sistemas de relaciones sociales, de formas o sistemas de organización del trabajo subsumidas al capital, pero que no agotan el conjunto

10. No se debe confundir con esto la tesis de que lo que el capitalismo subordina en este caso son las relaciones sociales propias de estos modos de producción que aseguran la lógica de su reproducción. Por el contrario, la propia racionalidad del sistema capitalista obliga a destruir el conjunto de relaciones sociales de producción básicas sobre las que se levantaban dichos sistemas y que les aseguraba su “autonomía”, sólo se conservan de estas relaciones las que aseguran la base técnica del sistema productivo en que descansaban dichos modos de producción precapitalistas, y aquellas relaciones sociales imprescindibles a dicha base técnica, al tipo de articulación en que se funda su subsunción respecto al capitalismo y las que permiten, en consecuencia, establecer el vínculo de explotación de dichos sistemas productivos por el capital. Es decir, sólo se conservan aquellas relaciones necesarias al establecimiento de la relación de subsunción. El capitalismo se introduce de este modo en el interior de los modos de producción no capitalistas para su reproducción y organización mismas.

de posibilidades que el capitalismo entraña en términos del desarrollo de las fuerzas productivas.

Un problema que se deriva de esta situación, ligado al proceso de proletarianización, es el del carácter que asume el ejército de reserva en tales condiciones. La clave de la cuestión la proporciona el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas que se puede alcanzar con un desarrollo del capitalismo sostenido sobre estas premisas (subsunción formal). Marx lo resume planteando que en tales condiciones la composición orgánica del capital es prácticamente estática, sólo pudiendo crecer el sistema de modo extensivo. De esta manera el volumen de la fuerza de trabajo crecerá de modo proporcional al incremento del capital constante (ya que la ocupación no varía en función del capital global, sino del capital variable). Pero como el ritmo de crecimiento del capital, aun en estas circunstancias, es siempre mayor que el ritmo de reproducción de la clase obrera, el sistema tiene que crecer, sostiene Marx, obligatoriamente destruyendo modos de producción precapitalista, logrando de este modo la mano de obra necesaria a su expansión.

De nuevo se introduce la cuestión de la acumulación originaria. Vemos que las necesidades de mano de obra del recién constituido mercado de trabajo capitalista, que aún no domina la reproducción global de la formación social, impulsa al MPC a destruir modos de producción precapitalistas, cuya mano de obra liberada encuentra un mercado de trabajo que la absorbe. En el caso europeo analizado por Marx, los mismos señores feudales terminan adecuándose a esta nueva lógica económica y por medio del despojo territorial coadyuvan al proceso de generación de esta mano de obra, en tanto convierten las tierras expropiadas en grandes pastizales de ovejas, dada la demanda de lana de las manufacturas textiles urbanas. Un elemento surge claramente del último punto: no son las simples necesidades de mano de obra del capitalismo urbano las que permiten generar el proceso de liberación de mano de obra, sino que ello ocurre, históricamente, gracias a que encuentra en la clase terrateniente feudal una receptividad que a la larga termina adecuando la propiedad terrateniente a la lógica misma del capital, lo cual no quiere significar que este proceso no entrañara el enfrentamiento de intereses entre feudales y capitalistas.

En la segunda etapa del MPC, el sistema logra generarse su

propia base técnica adecuada a su racionalidad económica. Con el crecimiento de la composición orgánica de capital un fenómeno nuevo se presenta: ahora el capital puede producir, endógenamente una superpoblación relativa, vía fundamentalmente el proceso de expulsión y/o no absorción de mano de obra que el proceso de desarrollo tecnológico provoca.¹¹

De todos modos cabe la pregunta, ¿históricamente siempre suceden las cosas tal como lo narra el modelo? Uno de los méritos de Rosa Luxemburgo fue el de mostrar que el capitalismo como sistema aun en la reproducción ampliada implica una recurrencia a un exterior no capitalista, entre otros elementos para agenciarse mano de obra.¹²

A nuestra manera de ver, lo importante en esta problemática, en lo relativo al proceso de proletarización, es lo siguiente: en la primera etapa el capitalismo tiene, para producir un contingente de fuerza de trabajo, que destruir el no capitalismo; en este sentido, el proceso de proletarización del campesinado es el fruto de dicha destrucción (que genera las condiciones necesarias) y de las necesidades de mano de obra del capitalismo urbano (que genera las condiciones suficientes). En la segunda etapa, según el modelo puro, lo que se produciría es una reproducción ampliada del proletariado endógena al sistema, y como tal una incorporación de los nuevos brazos generados por la familia obrera, siempre bajo el supuesto de la generación de una superpoblación relativa endógena al sistema que le permite superar los diferenciales en los ritmos de crecimiento de la familia obrera y del capital.

Históricamente ocurre que aun en los procesos de reproducción ampliada la mano de obra que se agencia el capitalismo procede en gran medida del exterior no capitalista. Rosa Luxemburgo argumentaba que como producto de las necesidades de la realiza-

11. El capital constante crece más rápido que el capital variable y aunque en términos absolutos el sistema productivo absorbe más fuerza de trabajo, en términos relativos, respecto del capital total, decrece, generándose así una superpoblación relativa susceptible de transformarse en ejército de reserva para el capital.

12. En la polémica con Otto Bauer, Rosa Luxemburgo argumentaba que la recurrencia a un exterior no capitalista por parte del MPC era un producto de las necesidades del proceso de realización de la plusvalía, pero sus análisis históricos de hecho demuestran que fundamentalmente el contacto devenía un resultado de las necesidades de materia prima y mano de obra, como bien ha demostrado P. Rey en su crítica a Rosa Luxemburgo (1976: pp. 32-33 y ss).

ción, el capitalismo necesitaba siempre de un medio no capitalista para su expansión, pero que al entrar en contacto con el mismo tendía a destruirlo. Era una contradicción intrínseca del sistema, la cual señalaba sus posibles límites de expansión. Ahora, si bien Rosa Luxemburgo captó el vínculo que el capitalismo históricamente sostiene con áreas no capitalistas para su reproducción ampliada, la lectura que de esta situación hizo fue unilateral, pues tendía a destacar sólo aquellos aspectos propios de la lógica capitalista en el contexto europeo, sin considerar que en la articulación con estos modos de producción no capitalistas el MPC procedía no sólo a la destrucción, sino que estos modos de producción poseían una lógica particular, la cual era necesario conocer para inteligir las condiciones de su imbricación con el capitalismo. De cuya situación nueva resultaban procesos distintos de proletarización de la fuerza de trabajo de los observados en el occidente europeo. En tales condiciones, ya no se trataba, para el capitalismo, de la simple destrucción de estos modos de producción, por las necesidades del proceso de acumulación primitiva, la cual Rosa Luxemburgo tendía a prolongarla más allá de la reproducción ampliada del sistema, sino que dicha misma reproducción ampliada del sistema podía necesitar de una articulación tal con estos modos de producción que sin necesidad de destruirlos los subsumiera a los requerimientos del capital.

Ciertamente, el capitalismo pondría en práctica en estas áreas¹³ mecanismos de despojo análogos a los de la acumulación primitiva, pero por necesidades distintas a las de la acumulación originaria en el sentido en que aquí la entendemos. Pero, además, se planteaba como posible que el capitalismo en su proceso de expansión en base a la reproducción ampliada no sólo destruyera

13. Un problema interesante que surge de esta discusión es el de la posibilidad de una doble lectura de estos procesos según se ponga el interés del análisis en el capitalismo que penetra la formación social, o desde las consecuencias que para el desarrollo capitalista de la formación social posea dicho proceso. Desde la primera perspectiva el proceso se vincula a la reproducción ampliada del sistema, en tanto desde la segunda podría representar el establecimiento de las condiciones originarias del capitalismo en la formación social (Lenin), salvo que ahora estos procesos de despojo campesino, etcétera, propios de la acumulación originaria, en el contexto de la dominación imperialista se traducen en una desacumulación para la formación social, y en un tranque o bloqueo de la generación de un tipo de capitalismo análogo al de los centros dominantes, elementos estos que se encuentran en la raíz del capitalismo subdesarrollo y dependiente.

estos modos de producción precapitalistas, sino que los subsumiera a su lógica.

Es en este punto que se coloca el problema de la articulación de la economía campesina al capitalismo. Como hemos discutido, al subsumir formalmente a estas economías campesinas, el capitalismo no necesariamente se ve forzado a alterar la lógica interna de su reproducción y unidad interna de su constitución (fundamentalmente desde el punto de vista económico). En lo esencial tenderá a alterar o modificar aquellas relaciones de la unidad económica campesina que dificultan el ejercicio del dominio capitalista sobre dichas economías, e igualmente tenderá a preservar aquellas relaciones de la unidad económica campesina que facilitan la dominación capitalista. En uno como en otro caso, la unidad interna de estas economías conserva una relativa especificidad "campesina" que es imposible ignorar, pero no lo es menos que su situación en el sistema económico (dominado por el capital) se ha modificado, pues en las condiciones mismas de su reproducción se ha introducido la vinculación que sostiene con el MPC. Es una relación contradictoria, ciertamente, la que se establece entre dichas economías campesinas y el MPC, entre otros elementos, en tanto a la vez que esta relación de subsunción (para este caso formal) de la organización del trabajo de la unidad económica campesina respecto al capital es condición y expresión de la relación de explotación en que se halla situada respecto al sistema capitalista, no lo es menos que el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas en que se desempeñan estas economías subsumidas formalmente al capital, es a su vez, un obstáculo a la reproducción ampliada del sistema. En esta contradicción se decide la suerte del capitalismo agrario bajo el capitalismo subdesarrollado y dependiente.

Para nuestro análisis lo importante es que sobre la fuerza de trabajo implicada en estos procesos se expresarán estas dualidades, especificando los posibles procesos de proletarización en que dicha mano de obra se ve envuelta.

Sin embargo, aún quedan problemas por resolver. El mantenimiento de esta situación en el campo (para los países subdesarrollados) es decir, de un lado economías capitalistas orientadas a la producción de bienes primarios para la exportación, y de polos de subsistencia campesina que le sirven al capital como fuente de

mano de obra y agentes productores de medios de subsistencia, genera profundos desequilibrios sociales. Por de pronto, ello no representa una dualidad estructural del sistema, sino la condición misma del desarrollo del capitalismo bajo el dominio imperialista (Meillasoux 1977: Segunda parte, capítulos 5, 6 y 7). En lo interno esto se traduce en fuertes desigualdades expresadas en un desarrollo desigual y combinado del capitalismo en la agricultura y de éste respecto a la industria. Así, poderosos y modernos polos de producción agrícola coexisten con una economía campesina a un nivel de franca subsistencia, con un débil nivel de desarrollo de las fuerzas productivas; se produce una gran concentración de la tierra y de los recursos y medios productivos por parte del capitalismo agrario, etcétera.

En este momento nos interesa precisar las implicaciones que estas situaciones y procesos implican para la generación de los procesos de proletarización en la agricultura. En primer lugar reconocemos que a diferencia del modelo clásico inglés, aquí los procesos de acumulación originaria no han supuesto la total aniquilación de los modos de producción precapitalistas, sino su rearticulación a la economía capitalista. Lo importante es que esta rearticulación no se ha hecho sobre la base de una revolucionarización del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas en que estos modos de producción precapitalistas se desempeñaban. En cierto modo se produce una situación *sui generis* en la medida en que el capitalismo logra afianzar y dominar la formación social sin necesidad de una revolución agrícola que preceda y/o acompañe a la revolución industrial.¹⁴ El caso de la industrialización dependiente es igual pues ésta en caso de producirse no es el resultado de un desarrollo endógeno de las fuerzas productivas, de los aparatos tecnológicos nativos y de la actividad científica local, sino que deviene un resultado del desarrollo tecnológico controlado por el imperialismo, con lo cual se genera una nueva forma de dependencia.

Así, el dominio del capitalismo en la agricultura en la perife-

14. El caso de la recampesinización de la agricultura francesa pongamos por caso, que algunos autores han analizado recientemente, es distinto. Aquí el campesinado ha sido dotado por el capitalismo de un instrumental tecnológico desarrollado, que le permite alcanzar elevados niveles de productividad, etcétera, esto, ciertamente en función misma de la subsunción respecto al capital en que se ve envuelto. (Véase Faure, Claude 1972; Vergopoulos, 1975; Lautier, 1970).

ria subdesarrollada ha supuesto, en el plano político, el mantenimiento de un cierto tipo de alianza burgués-terrateniente que no es posible ignorar en el análisis de los procesos más estructurales de estas formaciones sociales. El sistema de dominación que de ello resulta ha supuesto para el capitalismo agrario y el imperialismo la posibilidad de una exacción brutal del campesino minifundista, exacción que se expresa no sólo al nivel de la producción para el mercado de la economía campesina, sino al nivel de la explotación directa del semiproletariado agrícola.

Ejército de reserva y capitalismo agrario

Luisa Paré sostiene con justeza que “acerca de la relación entre las necesidades de mano de obra industrial y la destrucción de la economía campesina, se podría decir que la diferencia entre la población descampesinizada y la población efectivamente proletarizada constituye el ejército industrial de reserva. En un país dado, el ajuste entre el ritmo de descampesinización y el ritmo de proletarización dependerá del carácter de la acumulación del capital, pero también de la estructura interna o de la vitalidad del modo de producción precapitalista” (1977: p. 21).

A estas consideraciones generales deben añadirse algunas precisiones que delimitan su alcance. Histórica y teóricamente pueden concebirse muchas formas de este proceso de “descampesinización”. Pero queremos en esta ocasión destacar dos, por sus alcances generales, y por sus implicaciones teórico-metodológicas: 1) la descampesinización puede ser el resultado del despojo de los pequeños productores, a la manera del caso inglés; en estas circunstancias, es un fruto del proceso de acumulación originaria; 2) pero la descampesinización puede ser el fruto del propio proceso de reproducción ampliada del capitalismo, el cual en este caso bien puede destruir en su expansión a las formas de producción campesinas, o refuncionalizarlas; sólo en el caso de la destrucción de dichas formas de producción campesinas, en ambos casos, se podría hablar de descampesinización. Lo importante es que en el momento de la reproducción ampliada en el que el MPC domina al conjunto de modos de producción que coexisten en la formación social, el mismo proceso de destrucción de modos de producción

no capitalistas que se articulan en torno al capitalismo adquiere otro carácter. Primero, en el interior de estos modos de producción no capitalistas se ha introducido de alguna manera la racionalidad capitalista, precisamente para su reproducción y no como en la anterior situación en que el capitalismo, siendo un modo de producción en proceso de hegemonización estructural en la formación social, se vinculaba “desde fuera” con estos modos de producción a los que destruía. Segundo, en caso de que dicha destrucción se produzca —en la situación de reproducción ampliada— la generación de una masa de productores libres de vender su fuerza de trabajo viene precedida de una anterior imbricación de estos productores al mismo sistema por múltiples vías, entre las cuales se presente —incluso— la de la semiproletarización, umbral o vórtice, desde el lado de los productores, entre el capitalismo y el no capitalismo. La liberación del vínculo con la tierra resulta en estas circunstancias un producto del desarrollo del capitalismo, no su premisa. Ello supone que, como tal, el capitalismo coexista en su reproducción, con formas de producción como las campesinas. En qué momento se daría el paso de la subsunción de estas formas productivas al capitalismo a su destrucción sólo se puede reconocer en cada caso concreto, pero ello dependerá del carácter del proceso de acumulación, del ritmo de desarrollo de las fuerzas productivas, como la vitalidad de los mismos modos de producción precapitalistas.

Se pueden reconocer varios tipos de procesos de descampesinización, los que se pueden agrupar en dos grandes conjuntos: 1) los ligados a los procesos de acumulación originaria, en cuyo caso la descampesinización es un resultado por lo general de los procesos de expropiación; 2) los ligados a la reproducción ampliada del sistema, en cuyo caso la descampesinización deviene un resultado de la descomposición del campesinado al subsumirse a la lógica del MPC. Ahora bien, la capacidad de proletarización de las masas descampesinizadas dependerá, evidentemente, de la dinámica de la acumulación, pero esto, al igual que el tipo de proletarización posiblemente resultante, está condicionado por la dinámica del capitalismo no sólo en la ciudad, sino también en el campo. Por ello los procesos de proletarización se encuentran estrechamente ligados a por lo menos tres procesos: a) las formas y ritmos

de la acumulación; b) el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas; y c) los tipos de procesos de descampesinización.

Es por esto que distinguimos dos formas básicas de procesos de proletarización en la agricultura: los vinculados a los procesos de la acumulación originaria, y los vinculados a la reproducción ampliada. En los hechos ambos tipos de procesos se encuentran estrechamente vinculados, pero su distinción analítica es útil en la medida en que ayuda a comprender los distintos tipos de necesidades que respecto al capital vienen a resolver estos contingentes de fuerza de trabajo proletarizados. El primer tipo de proceso de proletarización se daría como requisito para la organización misma del sistema, en tanto que el segundo surge como producto y condición del funcionamiento mismo del sistema.

Desde el punto de vista de la articulación del MPC con la economía campesina estas distinciones son importantes. El primer proceso enfrenta al MPC con la economía campesina, en el sentido de su disolución y destrucción; el segundo proceso enfrenta al MPC con la economía campesina en el sentido de la subordinación de esta última a la lógica del MPC y a las condiciones de su reproducción, y sólo como resultado del desgaste o pauperización, fruto de la descomposición de la unidad económica campesina, adviene la destrucción.¹⁵ Pero puede ocurrir que históricamente ambos tipos de procesos coexistan en un determinado momento histórico; puede ocurrir, así, por ejemplo, que el MPC refuncionalice el papel de los minifundios de subsistencia a la vez que tiende, coetáneamente, a su destrucción. Esto ciertamente representa una contradicción estructural profunda del sistema, del tipo que discutimos a propósito de la subsunción de la economía campesina al capital y su vínculo de explotación, vía intercambio desigual en el mercado.

Desde la perspectiva del proceso de proletarización es posible

15. Como ha dicho Rosa Luxemburgo: "La producción de mercancías es la forma general que el capitalismo necesita para prosperar. Pero *una vez que sobre las ruinas de la economía natural se ha extendido la simple producción de mercancías, comienza en seguida la lucha del capital contra dicha producción.* El capitalismo entra en competencia con la economía de mercancías; después de haber dado vida, le disputa los medios de producción, los trabajadores y el mercado. Primeramente el fin era el aislamiento del productor, el apartarlo de la producción de la comunidad: luego separar la agricultura del artesanado: ahora, la tarea es separar al pequeño productor de mercancías de sus medios de producción (subrayó WL) (Luxemburgo, R., 1967: p. 310).

que la ruina del pequeño productor, o más bien su proceso de descomposición, lo obligue cada vez más a hacer depender el equilibrio familiar de los ingresos obtenidos por medio de la venta de su fuerza de trabajo (Lenin, 1888/1973), hasta que estos lleguen a romper el equilibrio en la estrategia de subsistencia, en el sentido de que de más en más el campesino pasa a depender de los ingresos logrados fuera de la parcela.

A partir del momento en que las unidades económicas campesinas pasan a depender fundamentalmente de los ingresos logrados fuera de la parcela para el establecimiento de su equilibrio económico, se constituye en un verdadero ejército de reserva para el capital, precisamente por el hecho de que parte de su fuerza de trabajo se encuentra semiproletarizada, lo que de hecho coloca a esta fuerza de trabajo en una situación más cercana a la integración en el mercado de trabajo dominado por el capital, que de la simple descampesinización o pauperización.¹⁶ En definitiva, no se puede hablar a igual título de semiproletariado rural que se descampesiniza en un homogéneo proceso con los pequeños productores campesinos. En rigor, este semi-proletariado se encuentra ya, de hecho, descampesinizado, desde el momento en que el equilibrio económico básico de su unidad doméstica lo establece el ingreso generado en el mercado de fuerza de trabajo. Ciertamente que señalar los límites precisos en que se define esta situación es tarea difícil, cuando no imposible. Mas lo importante es señalar que la semiproletarización es un proceso, más que una condición, a lo cual se llega por mecanismos análogos a los que descampesinizan a los campesinos autosuficientes.

Como se ve entonces en este tipo de capitalismo agrario subdesarrollado la función de reserva de la superpoblación relativa no es sólo ni fundamentalmente definida por el capital industrial. Sostenemos que también para el capitalismo agrario se requiere de un regulador del mercado de trabajo (ejército de reserva), el cual para el caso lo proporcionan las unidades campesinas de autosubsistencia, vía los procesos de proletarización.

16. Todo esto independientemente de que la descampesinización se deba también, como lo señala Luisa Paré al "desajuste entre el incremento demográfico y las posibilidades de absorción de mano de obra de la propia economía campesina que se ve expulsada a otros sectores de la economía o queda marginalizada" (1977: p. 24).

Como vemos, el análisis de la penetración del capitalismo en la agricultura se ha orientado por derroteros distintos a los trazados por Lenin en su modelo, aunque muchas de las grandes tendencias reconocidas y analizadas por él creemos que todavía conservan su vigencia. Modernamente se ha tratado de recuperar el papel que juega el campesinado medio en el desarrollo del capitalismo (Vergopoulos, 1975; Bartra, A., 1976), como clase explotada al igual que el proletariado. No podemos en este momento detenernos a analizar este importante aspecto de la cuestión agraria. Sin embargo, ello conlleva un elemento importante para nuestro análisis. A partir de la perspectiva aludida por los procesos de proletarianización a los que se ve sometido el campesino bajo el capitalismo adquieren una creciente complejidad, máxime si éstos se sitúan en la perspectiva del subdesarrollo.

Por ejemplo, por la vía del control del crédito, de la tecnología y de la comercialización, el capital puede hacer de los pequeños propietarios campesinos verdaderos proletarios encubiertos al servicio del capital (Lautier, B., 1970; Paré, L., 1977), sin necesidad de la intermediación salarial ni del control directo del proceso productivo. Ciertamente es que siempre se puede sostener que aun en esta situación la tendencia a la ruina de la pequeña propiedad en el capitalismo es un hecho incontrovertible. Pero de lo que se trata es de reconocer las formas específicas en que se resuelve históricamente dicha tendencia, que como tal no nos dice nada de los procesos concretos, y que si se estudia en su particularidad se llega a reconocer una mayor resistencia de las formas de producción campesinas a su disolución, no ciertamente, por un mecanismo endógeno a estas formas de producción, lo que no deja de tener importancia (Chayanov, V.I., 1974), que le permite resistir mejor que la empresa capitalista las fluctuaciones del mercado, aun a cuenta de su sobreexplotación (Rey, P.P., 1976; Meillassoux, 1977), sino porque el propio capital al subsumir robustece dicha tendencia. El proceso es contradictorio, pero este debate es parte de la lógica de la reproducción del sistema.

Nuestro análisis del papel del ejército de reserva en la economía capitalista agraria nos ha conducido a destacar sobre todo el papel del campesinado pobre (Lenin, 1899/1973) como fuente nutricia de superpoblación relativa para el capital. La condición

básica para que dicha función se determine en el ámbito rural, por parte de estas poblaciones y capas del campesinado, es que la precariedad económica en que se desenvuelven les obliga a depender del mercado capitalista, en el que sus miembros se ven envueltos, para lograr su equilibrio económico. Del lado del capital hemos reconocido cómo esta situación se coloca en la base de la superexplotación del trabajo a la que es sometida dicha población, como semiproletariado agrícola (Meillassoux, 1977). En tales circunstancias, dicho semi-proletariado agrícola constituye para los países agrarios exportadores sometidos al tutelaje imperialista la "forma" o manera específica de descomposición del campesinado por el MPC y su posterior dominio sobre el conjunto de la estructura agraria. En general, en estos capitalismo la formación de un proletariado agrícola permanente resulta mucho menos significativa que en los capitalismo clásicos, y ello no sólo a condición del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, que en estos casos es por lo general mucho más débil, sino del sistema de explotación del trabajo en que se funda dicho capitalismo dependiente, una de cuyas consecuencias, es, ciertamente, las limitaciones que determina sobre el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. De todos modos, producto de la dinámica que relaciona la economía de subsistencia campesina y el capital, vía los procesos de semiproletarización agrícola, un desgaste continuo se va ejercitando sobre las capas campesinas, las que terminan proletarizándose de modo absoluto o convirtiéndose en capas depauperadas. En general esto se acelera con la incapacidad del MPC de absorber de manera absoluta y relativa estos grandes contingentes de mano de obra descampesinizados, los que se ven así forzados a la migración a las ciudades, transmitiendo así a lo urbano las incapacidades del sistema en materia de absorción de mano de obra, generalizando de este modo al conjunto de la formación social lo que en realidad es el fruto de la relación contradictoria en que se mueve el sistema: de un lado la necesidad de generar una creciente y continua superpoblación relativa y del otro, para el caso del capitalismo agrario exportador, la necesidad del mantenimiento de un tipo de relación de sobreexplotación del trabajo en el campo como condición del dominio imperialista sobre el conjunto de la formación social (Meillassoux, 1977). En tales circunstancias, esta situación conduce si

no a una parálisis del desarrollo de las fuerzas productivas, por lo menos a su bloqueo.

La situación del campesinado medio no es más halagüeña, pues también sufre los efectos de la superexplotación del trabajo que sobre ella ejerce el capital (ya hemos visto la dinámica específica de este proceso en el análisis de la subsunción por subordinación de la economía campesina al capital), con la consecuente tendencia a la ruina, como hemos visto arriba. En esta última circunstancia los propios campesinos medios arruinados pasarían a ejercer las funciones del campesinado pobre, ya descritas; o simplemente al descampesinizarse y no encontrar posibilidad de inserción en el mercado de trabajo dominado por el capital, acelerarán su tendencia emigratoria. Esto independientemente de que en determinadas circunstancias la misma dominación capitalista sobre la agricultura refuncionalice la economía campesina adaptándola, sin proponerse su destrucción, a las necesidades de la reproducción ampliada. Pero aun en estas circunstancias la permanente crisis en que se ve envuelto el campesinado, en el largo plazo acelera su tendencia a la descampesinización. Es una situación contradictoria, pues, en la que se encuentra el campesinado medio bajo el capitalismo, tanto desde el punto de vista del capital como de la economía campesina, pero esto es un hecho.

En estas circunstancias, la agricultura no sólo desestimula la dinámica general del desarrollo económico, sino que incluso es incapaz de proporcionar alimentos suficientes a la población, la cual queda sometida a la simple desnutrición. Es verdadero que las naciones subdesarrolladas han visto en los últimos decenios elevar sus excedentes de materias primas exportables; mas sin embargo, estas materias primas reciben en el mercado mundial una retribución cada vez más decreciente. Se tiene que producir, en esas circunstancias, más para lograr el mismo valor. Al unísono, la explosión demográfica hace presa de estas formaciones sociales, acentuando los desequilibrios alimenticios. En estas condiciones, Zangheri se pregunta “¿qué se opone, pues, a que la agricultura ejerza en las naciones subdesarrolladas una función parecida a la que desarrolló en vísperas de la primera revolución industrial? ”. (1974: p. 152). Una primera respuesta que el propio Zangheri proporciona es: “la especialización ha perturbado la antigua agri-

cultura haciéndola depender del mercado mundial”, a lo que se suma el aniquilamiento del artesanado local, en la circunstancia en que una agricultura altamente especializada, bajo la dependencia del imperialismo no pudo servir de apoyo a un proceso de industrialización endógeno al sistema, capaz de afianzar un proceso de incremento del mercado interno. De esta manera, la clave del desarrollo para los países atrasados, a nuestro modo de ver, no ha de irse a buscar en el progreso “a secas” de la productividad agrícola, sino en las relaciones de poder en que se han fundado los sistemas de explotación en el campo, y en el conjunto de relaciones de producción sobre las que se levanta el dominio imperialista en estas formaciones sociales.

IV. HIPOTESIS METODOLOGICA SOBRE EL CAPITALISMO DEL SUBDESARROLLO Y LOS PROCESOS DE PROLETARIZACION

Presentaremos en esta sección algunas consideraciones sobre los procesos de proletarización en el capitalismo del subdesarrollo, sobre todo en el capitalismo agroexportador latinoamericano, como es el caso de la República Dominicana. No pretendemos sentar ninguna teoría al respecto, sino proponer algunos lineamientos metodológicos que ayuden a aclarar el sentido de los procesos de proletarización en estas formaciones sociales.

Sostenemos que las economías subdesarrolladas agroexportadoras constituyen estructuras económicas organizadas en torno a un tipo específico de capitalismo, caracterizado por los siguientes elementos esenciales: 1) la especialización del sistema económico en función de su vinculación al mercado mundial como suplidor de materias primas, desarrollándose sectores punta como la producción azucarera; 2) la externalización de su mercado en los ejes dinámicos del proceso de acumulación, en un esquema de acumulación a escala mundial; y 3) el control externo imperialista de la dinámica económica global en la formación social.

Estas características de la formación económica social genera efectos pertinentes en el porvenir del proceso de desarrollo capitalista. Por lo pronto la especialización productiva, del modo en que en dichas sociedades se especifica, genera efectos más o menos inmediatos en la dinámica del proceso de DST. Así, es posible reconocer que en dichas economías no se verifica un proceso de interrelación sectorial de la economía que robustezca la generación de un sector productor de bienes de capital. Asimismo, en dichos procesos de DST, en función de este tipo de especialización productiva, la relación campo-ciudad se limita a los vínculos fundamentalmente comerciales, en los que la ciudad no aparece tanto como el centro articulador de la dinámica industrial, sino como el centro intermediario entre el campo y el mercado mundial, y como el centro comercial receptor del proceso de incremento mer-

cantil, en base al crecimiento de una burguesía comercial. Pero lo que quizás es más importante es que este tipo de especialización productiva no genera efectos más o menos importantes y duraderos que contribuyan a la separación del productor campesino de sus medios de producción y del control de los bienes de subsistencia; más bien supone una relativa preservación de dichas formas de producción, afianzando sólo en los sectores vinculados al mercado mundial procesos de proletarización cuya dinámica no repercute necesariamente en el incremento de un mercado interno. Esto último señala tres características importantes del proceso de formación de un proletariado y mercado de trabajo en estos capitalismo: a) reconocemos un estímulo desigual del proceso de formación de un mercado de trabajo, no en función del crecimiento de un mercado interior, sino en función de los sectores punta vinculados al mercado mundial; b) ello tiende en consecuencia a bloquear la integración de un proletariado nacional; y c) conlleva el robustecimiento del vínculo del proletariado con el campesinado para su reproducción como fuerza de trabajo "libre".

En la esfera del mercado esta dinámica genera efectos importantes. La externalización de los mercados de parte de los sectores dinámicos de la acumulación, por lo pronto, tiende a bloquear o debilitar la constitución de un mercado interior. En tales circunstancias el proceso de crecimiento del mercado interior asume características específicas: a) quizás la más importante sea la débil integración al mismo por parte del campesinado como consumidor; y b) también se advierte que en dicha dinámica a las ciudades les corresponde un rol específicamente comercial, no necesariamente conducente a la generación de un proceso de desarrollo industrial.

El control externo de dichas economías, debido a su inserción en un sistema mundial dominado por el imperialismo, es un importante elemento a considerar en la explicación de las dificultades que encuentra el proceso de crecimiento del mercado interior y el desarrollo industrial. Pero ello no se determina, como un pensamiento ingenuo podría creer, en la simple expoliación y fuga de excedentes a que conduce el control imperialista de la economía, sino también, en el particular esquema de clases que contribuye a fortalecer dicho dominio. Así, en tales circunstancias, se ro-

bustecen los sectores comerciales, agrarios y terratenientes de la burguesía, asumiendo un papel secundario los grupos industriales.

Es interesante discutir las posibilidades de desarrollo del mercado interior y del proletariado que en tales circunstancias se presentaría. A partir del modelo propuesto por Kula (1975) sobre la génesis del capitalismo, a propósito de la cuestión de la acumulación originaria discutida arriba, podemos proceder a una discusión fructífera de las posibles características que asumiría el proceso de transición en la periferia capitalista, en los países agroexportadores como la República Dominicana. Metodológicamente, lo importante por recuperar en la propuesta de Kula es la idea de la desigualdad en los ritmos de desarrollo de los tres tipos de procesos que en su articulación definen el proceso de transición al capitalismo: 1) los procesos de liberalización de mano de obra y de proletarianización; 2) la creación de un patrimonio dinero y los procesos de concentración capitalista de los medios de producción y de subsistencia; y 3) la creación de un mercado comercial o interno.

Como ha señalado Kula, en el model inglés analizado por Marx se dieron articulados los tres tipos de procesos, pero puede que se presenten ciertas circunstancias que “unilateralicen” la dinámica de uno o más de los procesos señalados, surgiendo de allí un tipo de capitalismo alejado del modelo clásico, tal es el caso, creemos, de los capitalismos dependientes agroexportadores. Consideremos algunas de las posibilidades de desarrollo capitalista, tomando como eje los procesos de proletarianización, que se presentan a la luz de esta propuesta metodológica y teórica.

Caso en que predomina la acumulacion de capital comercial

Este proceso de acumulación de capital comercial puede ir acompañado de un proceso de proletarianización, y en este caso forzar a la liberalización de mano de obra, por la vía de la expoliación o de la inmigración de mano de obra. En ambas situaciones se verificaría un cierto crecimiento del mercado interior. Pero puede que el proceso de acumulación de capital comercial no vaya acompañado de un proceso de proletarianización, en cuyo caso la acumulación de capital comercial no estimula su descomposición. En tales

circunstancias, no se robustecería un proceso de creación de un mercado interno, por lo menos en el sentido capitalista.

Causas de orden diverso pueden contribuir a que esta última situación se presente. En primer lugar puede que la pujanza del precapitalismo en la formación social fuerce al capitalismo comercial a no entrar en abierto conflicto con dichas formas de producción, y por la vía del mercado aprovechar entonces su existencia. La situación puede ser más compleja, en la que el capital comercial, dada su fortaleza, refuerce la existencia misma del precapitalismo, logrando así mayores beneficios que los que le reportaría el desatar un proyecto de modernización del campesinado y de liberalización de mano de obra. En todo caso, esta situación se encuentra en estrecha relación con la naturaleza del orden productivo al cual el capital comercial se vincula. Es posible que, para ciertos órdenes productivos, le sea más conveniente al capital, desde el punto de vista de la ganancia, y también del político, mantener y no destruir la producción campesina y artesana, tal es el caso de la mayoría de los capitalismos agroexportadores.

Todos estos procesos dependen mucho del papel del Estado en la formación social, y de la naturaleza del bloque en el poder. Así, en el caso de un predominio comercial-terrateniente, pongamos por caso, de seguro se tenderá a reforzar la producción campesina y los vínculos de dependencia semi-serviles; sin embargo, en una situación en que la existencia de capas burocráticas relativamente autónomas, pero con gran fuerza en el Estado, entre en conflicto con los grupos tradicionales de comerciantes y terratenientes, puede que los primeros se vean forzados a la alianza con los escasos sectores manufactureros, o para el caso de la periferia, con el capital extranjero mismo. Esto estimularía un proceso capitalístico que en algún momento se encontraría en la necesidad de liberalizar ciertos contingentes de mano de obra y con ello forzaría a la expropiación capitalista, con lo que los intereses terratenientes quedarían afectados, al igual que los comerciales, rompiéndose así el equilibrio político en los grupos dominantes o forzándose un proceso de modernización de las clases comerciales y terratenientes.

En estrecha relación con estos procesos, y en muchos casos pautando su dinámica, se encuentra la específica manera de inser-

ción en un sistema mundial de la formación social, lo que podría reforzar el vínculo comercial-terratendiente con el campesinado o tender a su dislocamiento. Para la mayoría de los países agroexportadores, su inserción en un sistema mundial durante un gran tiempo no supuso un conflicto inmediato con las clases terratenientes, sino por el contrario, la afirmación de una alianza comercial-terratendiente que reforzó, no sólo la existencia de las clases campesinas, sino que intensificó los procesos de explotación en que descansaba este tipo de inserción al mercado mundial. Sólo tardíamente el surgimiento de ciertos grupos de manufactureros urbanos (muchos de ellos nacidos del seno mismo de los grupos comerciales) obligó a los mismos comerciantes al enfrentamiento con los grupos terratenientes.

Finalmente, es obvio que todos estos procesos dependen mucho del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas en que se verifica el proceso de transición. En Europa Occidental al fortalecimiento del capitalismo industrial precedió una sustancial elevación de la productividad agropecuaria, aunque esto no fue un requisito imprescindible para la transición (el caso de Europa Oriental lo demuestra). Sin embargo, esto sí facilitó la modernización económica, en el sentido capitalista, de las viejas clases terratenientes, facilitando a su vez la penetración del capitalismo en el agro y el crecimiento del mercado interior.

Por el contrario, en los países agroexportadores, el proceso de transición se ha caracterizado por el mantenimiento de una baja productividad agropecuaria, aun en la etapa del surgimiento de los primeros brotes de industrialización, lo que ha tendido a reforzar el mantenimiento de las capas terratenientes rurales, así como también ha supuesto la hipertrofia de un sector comercial en estrecha alianza con la burguesía monopólica extranjera y con los terratenientes, situación a la que más tarde que temprano se avinieron los escasos grupos industriales. Así, en muchos casos, se ha forzado "desde arriba" la preservación del atraso, muchas veces como requisito mismo del incipiente proceso industrializador.

En la generalidad de los casos, el capital comercial acumulado de este modo, lejos de dirigirse hacia las inversiones industriales productivas, se encaminó a la ampliación de los mecanismos de endeudamiento usurario de los grupos campesinos, al acrecenta-

miento mismo del gran comercio y del consumo improductivo, como a la adquisición de bienes inmobiliarios terratenientes, todo lo cual tendía a reforzar el vínculo burgués-terrateniente.

Caso de proletarización parcial sin mercado interno

Aquí podemos reconocer varias situaciones. En primer lugar, es claro que esto se vincula a la naturaleza misma del grupo que acumula y concentra el excedente. Podemos reconocer en este caso por lo menos tres grandes situaciones: a) es posible que la expansión terrateniente que puede acompañar a la acumulación del capital comercial dé pie a un proceso de descampesinización sin proletarización; b) puede que la naturaleza del sistema productivo y el vínculo de explotación en que se funda sólo requiera de una semi-proletarización estacional de la mano de obra y/o esté ligada a determinado ámbito regional, sin afectar al conjunto de la formación social, tal es el caso de los sistemas capitalistas agroexportadores y de las economías de plantación; y c) finalmente, puede que el vínculo del grupo que acumula capital con el Estado genere formas indirectas de acumulación "originaria" de capitales, por la vía del endeudamiento y los impuestos, sin pasar por la necesidad de una gran expropiación, sino más bien manteniendo o preservando la pequeña producción como fuente de refugio del semi-proletariado agrícola para su reproducción, y como fuente de generación de excedentes para los sectores capitalistas dinámicos en el sistema.

En segundo lugar, puede que el vínculo con el mercado mundial oriente los excedentes hacia el exterior, y en tal sentido propicie un lento crecimiento del mercado interior.

En el caso de una fuerte descampesinización sin proletarización, el recurso a la emigración se constituiría en uno de los mecanismos básicos equilibradores del sistema.

Finalmente, es necesario considerar que es posible que, a través del mercado mundial, la gran burguesía monopólica imperialista proporcione los capitales necesarios para la constitución de los polos de crecimiento económico capitalistas que orientan el proceso de proletarización (sin mercado interior), a la vez que proporciona el mercado comercial. Es el caso de los enclaves azucareros,

en los cuales la afirmación de los circuitos comerciales en la formación social determinados por éste, sobre todo a partir de la circulación dineraria que los salarios activan, sólo se verifica fundamentalmente en las áreas en torno al enclave, o en el ámbito urbano, sin dar pie a un acelerado crecimiento del mercado comercial, en la formación social en su conjunto, que robustezca al mercado interior, integrando las clases campesinas a la dinámica del consumo capitalista.

Igualmente, los procesos de proletarización, que de este modo se estimulan, lo son sólo en los puntos ligados a dichos polos capitalistas, para los cuales el recurso a la inmigración de mano de obra puede resolver la escasez de la oferta local de fuerza de trabajo, ante la debilidad del proceso de descomposición campesino, y la relativa fuerza del precapitalismo.

En todo caso, estos polos capitalistas no estimulan un proceso de expropiación capitalista de la tierra con proletarización que afecte al conjunto de la formación social, ni tampoco estimula la incorporación a la dinámica del mercado al conjunto de las poblaciones campesinas. A todo esto se pueden unir otros factores, tales como la escasez de población, la existencia de amplios espacios vacíos, la debilidad misma del Estado-Nación y la dependencia del grupo que acumula capitales de sectores de la clase dominante ligados al precapitalismo como los terratenientes.

Caso de creación de mercado interior con proletarización

En este caso es un requisito de la constitución del mercado interior la proletarización, pues en la base del proceso se encuentra: a) el dominio de la relación salarial en los procesos productivos y b) la desvinculación del productor directo de sus medios de subsistencia o su no control. De todos modos, la forma en que se organiza el sistema productivo condiciona la especificidad del proceso de proletarización:

- a) Puede que el proceso de acumulación, en base a un tipo de capitalismo agroexportador, afiance formas intermedias de proletarización. En tal caso, el proceso de industrialización

sería muy lento, y, consecuentemente, la creación de un proletariado industrial se dificultaría.

- b) En estos casos, el mismo proletariado industrial, además de ser exiguo, se encuentra estrechamente vinculado, en su reproducción, a la economía campesina, participando débilmente del mercado de consumo capitalista.
- c) Esto puede dar pie a un singular proceso de ampliación del mercado de consumo, en base al papel de las capas improductivas que en este tipo de capitalismo medran en torno al capital comercial (esto último, claro está, no es un atributo exclusivo del capitalismo periférico, pero en éste asume rasgos específicos).
- d) Estas circunstancias, además de asignarle un papel muy importante al momento de la circulación en el proceso de creación del mercado interior, le asigna una especial característica al proceso de su constitución, puesto que en tales condiciones hasta cierto punto puede verificarse dicho crecimiento excluyendo del mismo a las capas productivas, fundamentalmente al proletariado y a los campesinos.

Todos estos procesos otorgan al Estado un importante papel en la regulación de la racionalidad económica que este tipo de capitalismo exige. Por ejemplo, el Estado se constituye en una pieza clave como fuente de empleo de las capas improductivas, contribuyendo así a ensanchar el mercado de consumo para la burguesía comercial e industrial, a la vez que contribuye a resolver la cuestión de la realización y redistribución de la plusvalía social. Sólo entendiendo la importante función del Estado en estos capitalismos podemos comprender la dinámica de crecimiento del capitalismo en base al incremento de un mercado comercial, parcialmente excluyente del mismo del proletariado y de los campesinos, procesos estos últimos que obviamente dificultan la plena constitución de un proletariado nacional en dichas formaciones sociales.

SEGUNDA PARTE

LA FORMACION DEL PROLETARIADO AGRICOLA EN LA REPUBLICA DOMINICANA; 1870-1960

Discutiremos en esta Segunda Parte algunas hipótesis relativas a las características particulares asumidas por el proceso de formación del proletariado en República Dominicana, sobre todo en su expresión rural. El análisis abarca el largo período que va de 1870 a 1960, período que cubre casi un siglo en el que se delineó el carácter agroexportador y subdesarrollado del capitalismo dominicano.

Dos ejes fundamentales organizan el contenido del análisis. En primer lugar, la convicción de que bajo el dominio extranjero del eje económico más dinámico de la economía dominicana, el azúcar, el proceso de constitución de un proletariado nacional no sólo fue bloqueado, sino que las posibilidades de un desarrollo capitalista que generase un proceso de división social del trabajo conducente al desarrollo de la industrialización para el mercado interior era, si no imposible, en la práctica muy difícil. En tales circunstancias, el enclave azucarero, al robustecer el carácter mercantil de la burguesía local, sujetaba en la práctica al campesinado a la tierra, bloqueándose así los términos de su propia oferta de trabajo.

Fue necesario que en el interior del Estado (robustecido por este mismo enclave extranjero) se generase la suficiente coherencia y poder político internos concentrados en el grupo trujillista, una favorable coyuntura internacional, así como la emergencia de una significativa demanda urbana, para que los procesos de penetración del capitalismo en la agricultura para el mercado interno tuvieran un significativo peso económico, y con ello se plantearan las bases para el surgimiento de un proletariado agrícola nacional y de masas. Esto pone sobre el tapete una problemática teórica (no desarrollada en el texto) ya sugerida por Baran (1968), por Gunder Frank (1978) para América Latina, y puesta al día por Wallerstein (1979): la de que el problema del mercado constituye la cuestión fundamental para el desarrollo del capitalismo, de que desde sus

inicios tal sistema ha operado como un sistema mundial, que la clave del subdesarrollo hay que ir a buscarla en esa historia y la de que sólo en el momento en que los lazos de dependencia centro-periferia entran en crisis se plantean las posibilidades de desarrollo para la última.

I. DE LA ECONOMIA CAMPESINA A LA IMPORTACION DE BRACEROS: LA OFERTA DE TRABAJO PARA EL CAPITALISMO AZUCARERO

El desarrollo del modo de producción capitalista en República Dominicana históricamente se definió en función de las vinculaciones de su economía al mercado mundial. Fue en el sector exportador donde se dieron los primeros brotes de relaciones de producción propiamente capitalista a mediados del siglo XIX. En este sentido, ya se reconocían formas de trabajo asalariado en los cortes de maderas preciosas en el este del país desde finales del siglo XVIII. Sin embargo, el trabajo asalariado de estos trabajadores no representaba el elemento fundamental de su reproducción, la cual, básicamente se decidía en la empresa campesina, de la que provenían. Sólo de modo ocasional y temporero dichos trabajadores funjían como verdaderos asalariados del capital.¹⁷

-
17. Algunos autores dominicanos hacen de la categoría *salario* un indicador absoluto del dominio del modo de producción capitalista en una formación social. De hecho, la categoría salario constituye una expresión determinante del dominio capitalista en una determinada formación social sólo en la medida en que éste se inserta en un circuito productivo cuyo objetivo es la valorización del valor, la producción de plusvalía, y para que esto último ocurra es preciso que el capitalismo como modo de producción domine la reproducción global de la estructura económica. Marx es muy claro en los Grundrisse a este respecto. Afirma: "De modo que lo que constituye el capital y, en consecuencia el trabajo asalariado, no es el simple intercambio de *trabajo objetivado por trabajo vivo* (...) sino el intercambio de trabajo objetivado como *valor*, como valor que se conserva en sí mismo, por trabajo vivo como valor de uso del *primero*; como valor de uso no para un uso o consumo particulares, determinados, sino como valor de uso para el *valor*". Por ello, arguye Marx, propiamente no puede calificarse como asalariados a "los jornaleros libres a quienes se encuentran esporádicamente en el período de disolución de las condiciones preburguesas. Por cierto que sus prestaciones de servicios se compraban no con vistas al consumismo, con vistas a la *producción*; pero, *primero*, aunque en una escala mayor, sólo para la producción de valores de uso *directos*, no de *valores*; y segundo, si por ejemplo el noble emplea un trabajador libre junto a sus siervos, vende incluso parte de su producto y el trabajador libre de esta forma le proporciona valor, este intercambio tendrá lugar únicamente con vistas al excedente, ocurrirá sólo en aras de lo superfluo, del *consumo de lujo*". En el fondo, tratase tan sólo de una compra encubierta de trabajo ajeno para el consumo directo o como valor de uso..." (citado por Roldosky, 1978: p. 309). Estas apreciaciones son contundentes y vienen como anillo al dedo a propósito del empleo de campesinos como jornaleros en los cortes de madera a mediados del siglo XIX en Sto. Dgo. Autores como Serrullé y Boin (1977) cometen ingenuamente el error al que se refiere Marx. Para un análisis interesante y lúcido del problema véase Báez Evertsz, Franc (1981).

Ya en el siglo XIX, el renglón productivo más dinámico de la economía exportadora se organizó en la zona Central Norte del país, en la región del Cibao y en torno a la producción del tabaco, la cual era sostenida por campesinos pequeños propietarios. La sujeción de la producción campesina al capital descansaba en los lazos mercantiles que vinculaban a productores campesinos con intermediarios, prestamistas, exportadores, definiéndose todo un sistema económico que, tras el dominio de la burguesía exportadora localizada en las principales ciudades de la región, ponía a depender la lógica de la economía campesina, en la medida de sus ataduras a las relaciones mercantiles, de las fluctuaciones del mercado mundial.

Fue en torno al tabaco (y en menor medida a la producción de cacao, café y madera) donde la economía agroexportadora comenzó a expandirse y dinamizarse en el siglo XIX. Dicha economía tabaquera, bajo el dominio del capital comercial, descansaba de hecho en la existencia de toda una red de pequeños productores campesinos. La ya clásica descripción de Bonó resume con parca elocuencia el complicado tramado económico de la red campesinos tabaqueros-intermediarios-exportadores:

“Habido el avance en Santhomas, Inglaterra, Alemania u otra parte, cada comerciante al pormenor, por sí o por corredores y sucursales se establece cerca de los agricultores a hacer un servicio parecido al que refiere Courcelle Seneuil de los Bancos escoceses. Da dinero, lencería, quincallería u otros valores al labrador, mediante un agio consentido y éste aplica este dinero y demás objetos a sus necesidades personales y a las de sus cultivos con más o menos juicio, más o menos fortuna. Es difícil enumerar las ventajas de estos avances, la soltura que dan a los trabajos de todo género y el desahogo en que mantienen a la población en general. Como tiene por base la libertad del cambio apareja todos sus provechos y sus desastres. Todo prestamista personal y semanalmente ve la garantía de su deudor y extiende el préstamo hasta el último término del valor de la cosa. Es lástima, empero, que la forma no tenga la regularidad esencial a esta operación y que los hábitos sean tan deplorables sobre las precauciones más elementales en los contratos de cré-

dito. Ninguno de los contratantes toma seguridades para evitar o castigar la mala fe recíproca, no hay títulos hipotecarios ni quirografarios, todo se reduce a cuentas corrientes al descubierto, muy mal llevadas por el comerciante que ni siquiera doble ni copia da al agricultor. Esta falta de seguridades mutuas pone la operación a avance al tabaco en la categoría de los préstamos a la gruesa, hace por lo común muy subido el interés de los valores avanzados, hace muy temerario al agricultor y lo inclina a gastos locos que al fin son su ruina y la del pequeño comercio. Las dictaduras militares que con raras intermitencias han sido las dueñas del país, han introducido un remedio digno de su sistema y es: que sobre el simple dicho del comerciante, el labrador es reconocido deudor de cualquier suma y si no lo paga va a la cárcel sin otra averiguación. A mi parecer puesto que las leyes civiles y comerciales tan excelentes como las que poseemos no han podido entonar la operación avances sobre tabaco, quédale al Gobierno el remedio empírico de Estampillas, y al comercio el más racional de un Banco de préstamos.

A pesar de sus muchos defectos el avance da un empuje extraordinario al cultivo del tabaco y a las demás industrias que concurren a su extracción; él es el gran motor que pone en movimiento a la pequeña agricultura, y él es quien ha interesado a la clase más ilustrada que hoy, preside a su apartado, selección y enfardalaje” (Bonó, P.F. “Apuntes para la historia de las clases trabajadoras dominicanas”, en Demorizi, Emilio, 1965, pp. 196-197).

Así, en la sociedad dominicana de la época, eminentemente rural y campesina, con el tiempo el capital comercial se constituyó en el agente económico dominante de la formación social, modificando incluso el viejo equilibrio de poder político y social, de ascendente hatero, heredado del reciente pasado colonial.¹⁸ El gran poder económico y social del comerciante descansaba en su

18. Para un estudio de los orígenes del campesinado dominicano véase Sánchez Valverde, A. (1974), Hazard (1974), y modernamente Silié, Rubén (1976). Sobre la producción pequeño-mercantil simple en los siglos XVIII y XIX, lo mejor sigue siendo el trabajo de Cassá, Roberto (1975).

capacidad de control de la producción y mercadeo de aquellos géneros producidos por el sector más dinámico de la economía campesina: el vinculado a la producción para el mercado exterior, básicamente la producción de tabaco y en menor medida de cacao y café. Como lo demuestra Bonó, el poder del capital mercantil sobre el campesinado descansaba, en última instancia, en mecanismos de endeudamiento usurario.

En torno a la relación comerciante-campesino se estructuraba toda una red de conexiones económicas que ligaba a los productores directos, a través de los intermediarios locales, a las casas exportadoras e importadoras de las ciudades y con ellas, al mercado mundial. Este sistema se organizaba en una escala de relativa jerarquía en la que el productor directo dependía del pequeño comerciante, y éste, del gran comerciante exportador-importador, localizado en las ciudades y tradicionalmente vinculado a casas comerciales extranjeras (Hoetink, H., 1971).

Los mecanismos de endeudamiento usurario, a través de los cuales el campesino comprometía su cosecha con el intermediario local, tenían un correlato natural en los adelantos dinerarios y en géneros que los comerciantes locales proporcionaban a los campesinos, comprometiéndoles la venta de sus cosechas, con la consiguiente depresión de los precios. Esta situación tendió a modificarse en la medida en que las relaciones capitalistas fueron profundizándose en la formación social, a través, sobre todo, de la expansión de la economía azucarera, a partir de 1870 (Hoetink, H. 1971).

Con el desarrollo de la economía azucarera, importantes sectores del alto comercio invirtieron capitales en actividades productivas tales como el azúcar, o en préstamos especulativos al Estado, ejemplos típicos de tales comportamientos son los casos de las familias Baas y Vicini. Este último, además de convertirse en uno de los principales productores azucareros, se constituyó en uno de los principales acreedores del Estado bajo la dictadura de Ulises Heureaux. En todo caso, históricamente, del seno de esta clase mercantil no surgió, en definitiva, un sector modernizante, capaz de estimular un desarrollo capitalístico industrial-manufacturero para el mercado interior (Lozano, W. 1976 y Báez Evertsz, F. 1978).

Fue con el desarrollo de la moderna producción azucarera alrededor del año 1870 cuando la República Dominicana se insertó, de manera significativa, en un sistema de división internacional del trabajo, como suplidora de materia prima para los países capitalistas industriales. Con la moderna producción azucarera, el viejo trapiche, de tracción animal y humana es desplazado por el moderno ingenio, movido por la máquina de vapor. Asimismo, la empresa azucarera en su desarrollo produjo una significativa transformación del espacio económico en las regiones donde se expandió, cuyo indicador más evidente fue el proceso de expansión terrateniente, y la consecuente expropiación campesina de la tierra a que dio lugar. En pocos años, en la región este del país, el latifundio azucarero se expandió vertiginosamente; si hasta 1882 éste no representaba más de 70 mil tareas de tierra, en 1908 siete ingenios concentraban 187,888 tareas.

El desarrollo de la industria azucarera transformó incluso el panorama político, reordenando los mapas sociales tradicionales y rearticulando las relaciones de fuerzas en el Estado. De todas estas transformaciones, la que debe ocupar nuestra atención es la relativa al reordenamiento en el uso de la fuerza de trabajo que el capitalismo azucarero implicó en la sociedad dominicana. Así, con el desarrollo de la industria azucarera se verifican los primeros brotes de un proletariado local, más allá de las ocasionales relaciones salariales en que los productores campesinos se veían envueltos en el corte de madera, u otro tipo de trabajos ocasionales, como la construcción de caminos. Sin embargo, el enorme peso de la producción pequeño mercantil en la economía dominicana en su conjunto, así como el dominio del capital comercial, incidió de manera determinante para que el tipo de proceso de proletarianización que en la época se verificó, en torno a los ingenios azucareros, acusara lineamientos muy alejados de los modelos clásicos europeos.¹⁹

19. Al respecto las tesis en debate se encuentran en Lozano, W. (1975); Báez Evertsz, F. (1978); Del Castillo, J. (1978); Duarte, I. (1980). Recientemente Brea, R. (1983) aporta una interesante crítica a estas propuestas en la perspectiva de lo político, crítica que debería ser tomada muy en consideración. Sin embargo, pese a los señalamientos muy justos de la crítica de Brea, ésta no resuelve el problema fundamental que, a nuestro modo de ver, no es tanto el de la constitución del Estado como articulación fundamental para el establecimiento de la relación capital-trabajo (vía la constitución de la forma salario), sino el de los procesos de constitución de clase necesarios para que dicha relación se establezca. Sin esto

Propiamente, los primeros contingentes de la población obrera ocupada en los ingenios alrededor de los años 70 del siglo XIX estuvieron constituidos por verdaderos semiproletarios en estrecha vinculación y dependencia con la economía campesina de la que provenían.²⁰ Las informaciones históricas indican que estos primeros brotes de una mano de obra asalariada en las plantaciones azucareras de la Región Este del país, provenían de las economías campesinas circundantes, definiendo significativos procesos migratorios de la Región Sur hacia Santo Domingo y desde El Seybo hacia San Pedro de Macorís (José del Castillo, 1978). En el año 1885, refiriéndose a las transformaciones que la economía azucarera había provocado en la economía dominicana en su conjunto, Hostos señalaba:

“Los hatos se han casi extinguido en demasiadas avarientas exportaciones en masas: los trapiches que hormigueaban en los campos del Sur, han ido desapareciendo rápidamente y el trabajador de todas estas comarcas ha ido abandonando su producción en corta escala por convertirse en agente de producción en gran escala...” (citado por Del Castillo, 1978, p. 24).

De esta manera, con la llegada de los ingenios modernos,

“...vino con ellos la oferta de trabajo y demanda de bracero el antiguo cultivador de breves precios, se abandonó el conuco, se descuidó la crianza de aves de corral, las pequeñas industrias agrícolas, la economía rural (...) tanto hizo plaza el afán de ganar en pocos días el salario que sólo en semanas... y aún meses se ganaba antes, y por paradójico que parezca, el país

último, las características específicas del proceso de constitución del Estado moderno no pueden ser discutidas en su expresión histórica concreta. Un texto interesante que proporciona una perspectiva comparativa con Latinoamérica respecto a los procesos de proletarización en el campo es el de Kemp, T. (1975). El caso polaco queda muy bien ilustrado con el análisis de Rosa de Luxemburgo sobre la industrialización polaca. El caso ruso con el texto de Lenin sobre *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. La bibliografía latinoamericana, con todo, no es muy abundante: véase al respecto Frank, A.G. (1979).

20. En Del Castillo (1878) se proporciona abundante información al respecto.

era más pobre cuanto más rico se hacía el Estado” (citado por Báez Evertsz, F. 1978, p. 23).

Esta situación contenida en los análisis de Hostos, definió un significativo reordenamiento de la estructura de la fuerza de trabajo en la formación social dominicana. En las zonas propiamente azucareras, como relata Del Castillo (1978), se dio un proceso de reconcentración poblacional en torno a los ingenios y plantaciones azucareras. El caso más significativo fue el de San Pedro de Macorís que, en pocos años, a partir del boom azucarero de los años 70 del siglo pasado, de ser una simple comarca en estrecha vinculación con los latifundios ganaderos de la región, se constituyó en una ciudad moderna a finales del siglo XIX y principios del XX (Hoetink, H., 1971).

Según Hostos, en 1885 la industria azucarera empleaba ya alrededor de 5,000 trabajadores, de los cuales 500 eran extranjeros. Lo significativo de estas cifras es el hecho del enorme peso que en ella tenía la fuerza de trabajo nacional, apenas el 8 por ciento de la mano de obra empleada en la empresa azucarera era de procedencia extranjera. En segundo lugar, en términos de la economía de la Región Este del país, si tomamos en cuenta su baja densidad demográfica en relación con la región del Cibao, las cifras anteriores revelan un hecho de importancia: el relativo dinamismo del proceso de asalarización de importantes núcleos de las economías campesinas de las zonas, aun cuando dicho proceso se definiera como de semiproletarización, en sentido estricto.

La crisis azucarera del año 1881 sacudió la relativa estabilidad económica de muchos de los ingenios establecidos. De esta manera muchos de los ingenios pequeños quedaron arruinados, muchos colonos ya no pudieron continuar con las siembras de caña, e incluso la mano de obra local se encareció. Esas circunstancias determinaron una reconcentración de capital que favoreció a los grandes productores azucareros, a la vez que forzaba a la elevación de la producción. En tales condiciones el capital azucarero, pese a ser de origen extranjero, al integrarse a los circuitos económicos locales no sólo contribuía a la expansión de la empresa azucarera como tal, sino de la economía local en su conjunto. Como refiere Hoetink, ya para 1884 el azúcar le dejaba al Estado

2.5 veces más ingresos que el resto de los productos tradicionales de exportación en su conjunto (Lozano, W. 1975).

A partir de la crisis azucarera de 1880, la realidad anteriormente descrita en lo referente a la fuerza de trabajo para la economía azucarera se modificó sustancialmente.

Ante los embates de la crisis, con la caída de los precios, las empresas azucareras ya no podían pagar los atractivos salarios de los años 70 y principios de los 80 que permitieron integrar al ingenio como semiproletarios agrícolas a importantes núcleos campesinos dominicanos. El descenso de los salarios fue tan brutal que en el año 1925 el salario promedio de un jornalero agrícola en la industria azucarera representaba menos de la mitad del jornal ganado en el año 1893, en ese lapso el salario había descendido de 2 pesos diarios en 1893, a alrededor de 0.80 en 1925 (Báez Evertsz, F. 1978).

Esta situación determinó, a su vez, una brusca contracción de la oferta de trabajo campesino al ingenio, reorientando a los trabajadores locales hacia las economías de subsistencia campesinas. En estas condiciones, al ingenio se le planteó un agudo problema de escasez de mano de obra, que en definitiva fue solucionado con la importación de braceros. A partir de la crisis de los años ochenta del siglo XIX, hasta sus finales, e incluso principios del presente, esta situación no se modificó en lo sustancial, en lo que respecta a la oferta de mano de obra y a los niveles salariales. A partir de este momento el proceso de creciente proletarianización de importantes núcleos de la población campesina dominicana quedó prácticamente bloqueado.

La situación de relativa depresión de la oferta de mano de obra nacional para la industria azucarera y de sistemática importación de braceros extranjeros se prolongó en sus lineamientos esenciales, hasta los años treinta del presente siglo. En el entendimiento de esta problemática radica gran parte de la comprensión de las particularidades características del proceso de formación histórica del proletariado dominicano, específicamente en su expresión rural.

CUADRO 1

INMIGRACION DE BRACEROS PARA LA INDUSTRIA AZUCARERA 1912-1928*

Años	Número de bracero
1912-1913	6,000
1913-1914	5,300
1914-1915	4,600
1915-1916	3,715
1916-1917	6,325
1917-1918	4,200
1918-1919	3,775
1919-1920	5,175
1920-1921	6,500
1921-1922	—
1922-1923	1,609
1923-1924	4,100
1924-1925	3,710
1925-1926	7,210
1926-1927	8,266
1927-1928	10,882

Fuente: Del Castillo, José: *La Inmigración de Braceros Azucareros en la República Dominicana, 1900-1930*, CENDIA. Santo Domingo: Universidad Autónoma de Santo Domingo. 1978.

*) Sólo incluye braceros autorizados y/o efectivamente ingresados al país por cuenta de las empresas azucareras.

Hasta los años ochenta del siglo pasado la expansión de la industria azucarera, en ese momento en manos de empresarios capitalistas individuales vinculados a la economía local, robustecía un relativo proceso de semi-proletarización agrícola de parte del campesinado dominicano, como lo afirman varios autores de la época (Hazard, 1974; Hostos). Pero, en la medida en que nos adentramos en la época moderna, con el paso a manos extranjeras de la empresa azucarera y su relativa modernización (el tránsito del inge-

nio tradicional al moderno central azucarero), esta tendencia se revierte, y la mano de obra local es sistemáticamente desplazada por fuerza de trabajo extranjera.

En otra parte hemos sostenido que esta situación obedecía a tres elementos básicos:

“por un lado, la real limitación de la población dominicana de la época. Asimismo, la estructura de la industria azucarera obligaba al ingenio, para mantener una baja tasa de crecimiento de la composición orgánica del capital, y consecuentemente sostener una tasa de sistemático crecimiento de los beneficios, que asegurara una rápida reposición del capital constante, dada la alta tasa de capitalización que este tipo de inversión supone, a mantener en el más bajo nivel posible el capital variable; esta era la posibilidad inmediata que aseguraba un relativo equilibrio en la composición orgánica que permitiera un razonable margen de beneficio. El tercer factor del problema viene dado por el modelo precapitalista en que se movía el campesino dominicano...” (Lozano, W. 1975).²¹

Hoy pensamos que la explicación de este fenómeno es un poco más compleja. Estimamos que la explicación debe de integrar varios niveles macro y micro históricos, tanto a nivel nacional como regional-caribeño (Williams, Eric. 1971).

Como se sabe, el enclave azucarero se afianza en la formación social dominicana en los primeros veinte años del presente siglo (Lozano, W. 1975). A partir de ese momento, la empresa azucarera, como eje económico dinámico de la formación social, favoreció

21. Respecto a la lógica de funcionamiento del ciclo azucarero Knight (1980) refiere: “...El ciclo a grandes trazos es como sigue: Cuando los precios son buenos, los beneficios son grandes y se siembra más caña. Esto entusiasma peligrosamente a los pequeños productores, a aquellos que poseen poco capital de reserva, que se lanzan a la eventualidad, terminando por rendirse a sus acreedores, pasando sus bienes a manos de empresas más poderosas. Esto último podría ocurrir en algún período de bajos precios, y la ocasión puede presentarse cuando las cosechas sean mejores en las áreas de caña y remolacha sembradas en el mundo. Muchas condiciones que no pueden preverse, pueden quitarle un centavo por libra al precio del azúcar, y medio centavos menos podría bastar para hacer fracasar a muchas de estas empresas. En lugar de disminuir la producción, descongestionando el mercado sobrecargado es probable que ocurra lo contrario”. Una crítica a este análisis, que contiene un interesante planteo marxista respecto al ciclo azucarero se encuentra en Cassá, R. (1982).

y robusteció la presencia de una burguesía comercial, fundamentalmente importadora, subordinada a los grandes intereses bancarios y azucareros extranjeros. Asimismo, subordinó y debilitó a los grupos exportadores locales, los que terminaron dependiendo a su vez del capital financiero extranjero (Lozano, W. 1975). Bajo el dominio del enclave cobraría fuerza un proceso de urbanización relativamente importante, aunque el campo mantuvo su predominio sobre la ciudad en materia económica y poblacional. Este proceso de relativa urbanización se definió fundamentalmente en torno al incremento de las actividades comerciales y de servicios ligadas a los intereses de la burguesía importadora, de los grupos burocráticos, como de las necesidades propias de la expansión misma de la economía azucarera.²² Es en este marco que puede comprenderse cómo, pese a los procesos económicos aludidos, en el período 1880-1930, el surgimiento del proletariado azucarero no se inscribiera en un proceso más general de formación de un mercado de trabajo, en la formación social en su conjunto, en función de un proceso capitalista afianzador del mercado interior.²³

Ciertamente, en el momento de afirmación plena del enclave azucarero, en los años 1916-1924, pese a que en torno a la economía azucarera se produjo un importante proceso de expropiación terrateniente, ampliándose el latifundio azucarero,²⁴ el proceso de diferenciación y descomposición del campesinado no adquirió la fuerza suficiente, capaz de producir una acelerada descampesinización y proletarianización agrícola. Es necesario considerar varios elementos en la explicación de este problema.

En primer lugar es preciso ponderar en su justa medida la cuestión demográfica. En tal virtud, pese a que, como lo informan varias fuentes (Abad, J.R., 1975), en el último cuarto del siglo XIX se produjo un relativo incremento poblacional, sobre todo debido a la intensificación de la inmigración extranjera (Hoetink,

22. El censo poblacional de 1920 realizado por los norteamericanos contiene valiosas informaciones al respecto, así como el famoso *Libro Azul* publicado en el mismo año.

23. Báez Evertsz, Franc (1978) tiene importantes ideas al respecto que deben ser tomadas en consideración.

24. En Lozano, W. (1976) se encuentran referencias precisas al respecto. También en Knight, Melvin (1980).

H., 1971), los volúmenes de población en el conjunto de la sociedad dominicana continuaron siendo muy bajos. A esto se añade el hecho de que hasta el período 1920-35 las tasas de crecimiento demográfico en el período 1884-1920 se mantuvieron bajas y sumamente estables como lo demuestran los análisis de los historiadores Moya Pons (1974) y Marte (1984). Asimismo, por la composición de las poblaciones inmigrantes, amplios núcleos de las mismas se asentaron en los escasos centros urbanos de la época: Santo Domingo, Puerto Plata, Santiago y San Pedro de Macorís. En todo caso, sus actividades giraban en torno al comercio, al artesanado y la producción agrícola, actividades todas muy alejadas de las labores propias del corte de la caña. Sólo la inmigración temporal de braceros de las Antillas Inglesas, a partir sobre todo de la década del ochenta en el siglo pasado, se dirigió a las actividades propias del corte de la caña (Del Castillo, José 1978).

CUADRO 2

EVOLUCION DE LA POBLACION DOMINICANA EN EL PERIODO 1844-1960

Año	Población	Período	Tasas
1844	126,000	1844-1863	2.6
1863	207,700	1863-1887	—
1887	382,212	1887-1908	—
1908	638,000	1908-1920	2.9
1920	894,665	1920-1935	3.4
1935	1,479,417	1935-1950	2.5
1950	2,135,872	1950-1960	3.6
1960	3,047,070		

Fuente: Frank Moya Pons: "Nuevas Consideraciones Sobre la Historia de la Población Dominicana", *EME EME*, 3 (15):21, 1974.

En segundo lugar, es preciso tener en consideración que en el período se reconoce la existencia de una frontera agrícola no agotada. Amplias extensiones de tierras aptas para el cultivo no habían sido colonizadas, las cuales, además, eran de fácil acceso al campesino para su posesión. En el año 1920 la superficie cultivada en el país ascendía a 8.6 millones de tareas. En el año 1935 la misma había ascendido a 15.0 millones de tareas, lo que significaba un incremento de un 54.2 por ciento. En 1940 la superficie cultivada apenas había aumentado en 5 millones de tareas, estabilizándose su crecimiento a un ritmo promedio decenal de 2.3 millones de tareas, hasta 1960. Por otro lado hemos de referir que el proceso de consolidación del latifundio azucarero moderno culmina alrededor de los años 1919-1924 durante la primera ocupación norteamericana. El proceso de consolidación del moderno latifundio ganadero y los procesos de expropiación terrateniente que le fueron propios se acentúan en la década del cuarenta del presente siglo, teniendo como principal protagonista al grupo trujillista.

CUADRO 3

EXPANSION TERRITORIAL DE ALGUNOS INGENIOS (EN TAREAS): 1893-1925

Ingenios	1893	1911-1912	1915	1920
Romana Inc.	—	17,486	—	931,729
Consuelo	24,100	76,189	174,860	318,412
Santa Fe	15,000	—	202,438	393,548
Porvenir	13,125	35,000	57,397	70,174
Quisqueya	8,200	47,703	47,703	55,439
Angelina	7,675	52,000	52,000	74,000
Cristóbal Colón	11,000	46,000	46,000	143,064

Fuente: *Revista de Agricultura*, 1(1):401-402, 1915 y Knight, Melvin: *Los Americanos en Santo Domingo*, p. 147.

Tomado de Franc Báez Evertsz: *Azúcar y dependencia en República Dominicana*, p. 47.

Si para 1893 las tierras controladas por los ingenios azucareros Romana, Consuelo, Santa Fe, Porvenir, Quisqueya, Angelina y Cristóbal Colón ascendían a 79,000 tareas, en 1915 se habían elevado a 570,398 tareas, y ya en 1920 eran de 1.986.366 tareas. Para todos los ingenios establecidos en el país en 1920 la cantidad de tierras controladas por los mismos ascendía a 2,700,662 tareas, cinco años después, apenas había aumentado en unas 126,308 tareas. Como se aprecia, la consolidación del latifundio azucarero se verificó, pues, en el período 1916-1925; es decir, en el período de mayor auge económico y estabilidad política del gobierno de intervención militar norteamericano.

CUADRO 4

UTILIZACION DE LOS TERRENOS DE LOS INGENIOS AZUCAREROS 1920-1925

Categorías	Año 1920	%	Año 1925	%
Terrenos de cultivo	760,856	28.68	806,451	28.52
Terrenos de pasto	510,047	18.88	516,161	18.25
Terrenos sin sembrar	1,429,759	52.44	1,504,367	53.23
Totales	2,700,662	100.00	2,826,979	100.00

Fuente: *Memoria de Hacienda Pública del año 1924*. Melvin Knight: *Los Americanos en Santo Domingo*.

Fueron los campesinos de la Zona Este los principales afectados con este proceso de expansión latifundiaria, sobre todo a partir del año 1916. Estos campesinos no fueron asimilados por los modernos centrales azucareros como trabajadores asalariados;²⁵ sin embargo, la misma existencia de una frontera agrícola no agotada les permitió a amplios núcleos campesinos de esta región recampesinizarse, pasando a ocupar otras zonas agrícolas, sobre todo en la

25. Los legajos del Ministerio de Interior, del período 1919-24, depositados en el Archivo General de la Nación, contienen abundante información al respecto.

Región Nordeste del país. En el Cibao, donde se concentraban los principales núcleos de población campesina del país, estos no fueron afectados por este proceso.

Otra situación se verificó a partir de la década del cuarenta. La consolidación del latifundio ganadero, así como el surgimiento de modernas empresas capitalistas agrarias ligadas a la producción arroceras y al cultivo del café, afectó a un conjunto más amplio de poblaciones campesinas localizadas no sólo en la Región Este del país, sino, además, en la Región del Cibao y en la Región Sur. Es a partir de este momento cuando los procesos de expropiación terrateniente contribuyen a acelerar el proceso de pauperización campesina, produciendo incluso la imposibilidad de acceso a nuevas tierras a amplios núcleos campesinos ante el hecho de una frontera agrícola cada vez más restringida.²⁶

La progresiva ampliación de la frontera agrícola, que aún en la década de los cuarenta todavía se observa, favoreció sobre todo a las empresas capitalistas, y aunque la extensión total de las tierras controladas por los minifundios de subsistencia aumentaba, menor era la proporción relativa controlada por los minifundistas, y más precarias en consecuencia las condiciones de reproducción del campesinado. Proceso este último que tiene su punto crítico a finales de los años cincuenta e inicios de los sesenta con la precipitación de la crisis estructural del agro dominicano en su conjunto.

En tales condiciones, en la medida en que la frontera agrícola se agotaba se verificaba un significativo proceso de reconcentración terrateniente que afectó incluso a las zonas campesinas más ricas, como la del Cibao Central; proceso cuyos beneficiarios fueron sobre todo la burguesía burocrática y militar trujillista y la burguesía comercial rural.

Otro elemento importante a considerar en la discusión sobre la débil oferta del trabajo que en el período 1890-1930 se verifica, es el relativo al control externo que sobre el eje dinámico de la economía, el azúcar, ejercía el gran capital internacional. El enclave azucarero no robusteció un proceso de creciente división social del trabajo en el conjunto de la formación social y, en consecuencia, sólo se interesó en integrar a la economía campesina a la lógica

26. Para el siglo XIX véase Cassá, Roberto (1975), para el siglo XX Duarte, Isis (1980).

económica de la empresa azucarera en aquellas regiones donde operaba, no robusteciendo, en consecuencia, el desarrollo de un mercado interno.

Finalmente, es preciso reconocer que la propia estructura de la economía exportadora-importadora contribuyó a preservar la economía campesina, en tanto ésta era la suplidora de la producción tradicional para exportación.²⁷

Como se ha referido, en los años 1890-1930 la economía campesina se integró a los circuitos mercantiles dominados por el comercio exportador, sometiéndose a un mecanismo de doble exacción de excedentes: por la vía del endeudamiento usurario y a través del intercambio desigual con el capitalismo comercial-urbano (Cassá, Roberto, 1975). Sin embargo, hasta 1930 la frontera agrícola no agotada, la débil extensión de las relaciones capitalistas en el conjunto de la formación social y el bajo precio de la tierra, no afirmarían un proceso de descampesinización que generase una importante oferta de trabajo para la producción azucarera. En este contexto, la especialización de la producción campesina, en tanto se enroló a circuitos mercantiles, se organizó en función de la producción para exportación, de manera, si no única, casi exclusiva.

Estos elementos en sus relaciones explican que hasta comenzada la década de los treinta sólo se reconozca un débil mercado regional de trabajo, fundamentalmente el ligado a la producción azucarera y a algunos productos de exportación, tales como el café y el cacao. Así, pues, la baja oferta de trabajo nativo, para dichos mercados de trabajo, es explicable en la conjunción de diversos factores. En primer lugar, la ausencia de grupos capitalistas productores para el mercado interior, unido a la fuerza económica y social de la economía campesina misma, permitieron a esta última resistir el abatimiento de los salarios agrícolas en la industria azucarera en períodos de crisis —como fue el caso de la crisis azucarera de 1880— así como el descenso de los precios de los productos de exportación, refugiándose en el autoconsumo. A esto último contribuiría el que la burguesía comercial tampoco estuviera

27. Hay elementos en Hoetink, H. (1971) y en Mutto, Paul (1974). Véase también Bryan, Patrick (1979).

interesada en un proceso de modernización económica e integración al mercado de los productores rurales campesinos. En segundo lugar es preciso considerar la actividad misma del enclave azucarero, cuya lógica económica (sobre todo la exportación de excedentes) impidió el afianzamiento, o por lo menos lo dificultó, de un proceso capitalístico que robusteciera el mercado interior.

Es nuestra tesis que la fortaleza de la economía campesina, que le planteaba al ingenio un problema de debilidad de oferta de trabajo, era la condición misma de existencia de la burguesía comercial exportadora, encontrándose esta última interesada en la preservación de la producción pequeño-mercantil campesina. Pero esta característica de la burguesía comercial se encontraba en estrecho vínculo con el control externo que de la economía azucarera realizaba la burguesía monopólica extranjera.

Vista, entonces, en una perspectiva global, la débil oferta de trabajo para el capitalismo azucarero era un producto complejo, donde la lógica económica de la acumulación del capital en la empresa azucarera en manos extranjeras, al debilitar a los sectores dominantes locales, contribuía a la preservación de la empresa campesina y, en consecuencia, a la baja misma de su propia oferta de trabajo. Como ha referido Kula (1975), en un contexto teórico general, los bloqueos a la proletarización no son tanto ni tan sólo el resultado del atraso del desarrollo de las fuerzas productivas o del tamaño del mercado, sino más bien el resultado de la forma de este mercado, como de la naturaleza social y política de los grupos que acumulan y concentran el excedente, los cuales en el caso dominicano, por conductos diversos dirigieron el excedente hacia el consumo improductivo (terratenedores), al fortalecimiento del dominio del gran capital internacional (importadores), o sencillamente drenaban excedentes a la formación social (azucareros extranjeros).

En este contexto, el recurso, ante la débil oferta nativa, para el capitalismo azucarero, fue la inmigración de mano de obra. Inicialmente, hasta aproximadamente 1914, esta mano de obra procedía de las Antillas Inglesas; pero a partir de ese año comienza a cobrar importancia la inmigración temporal de braceros haitianos, los que para 1930, aproximadamente, habían logrado desplazar casi por completo la inmigración de las Antillas Inglesas. Sin

embargo, importantes núcleos de esta inmigración temprana de las Antillas Inglesas quedaron residiendo en el país, integrándose a la larga muchos de ellos como obreros fabriles al ingenio, lo que no sucedió con la fuerza de trabajo haitiana, aún en nuestros días. A partir de 1930, sin dejar de constituir la inmigración de braceros haitianos la cuota fundamental de mano de obra para el corte de la caña, comienza a incorporarse a las labores del corte y del ingenio, de modo sistemático y creciente, mano de obra local (Cassá, Roberto, 1982).

II. EL SURGIMIENTO DE UN PROLETARIADO AGRICOLA DE MASAS PARA EL MERCADO INTERNO

Un aspecto de estos procesos que se debe analizar con mayor detenimiento es la formación y rearticulación de clases a que condujeron las transformaciones estructurales que venimos estudiando.

Es preciso acostumbrarse al hecho de que el campesinado dominicano de principios de siglo XX, era un campesinado muy distinto al campesinado del siglo XIX. Indudablemente que esto era el resultado de un proceso histórico muy complejo. Pero lo que debemos destacar aquí es el hecho de que la estructura agraria y las clases sociales rurales en el siglo XX, se desenvolvían en un contexto social y económico muy alejado de lo que era el país en el siglo XIX. Esto afectaba la naturaleza global de la estructura de clases en el campo, modificando no sólo el tramado de relaciones sociales en las que dichos grupos "se apoyaban", sino también su personalidad histórica y su comportamiento político.

En otro trabajo (1975: p. 248 y ss) hemos analizado este proceso en las clases dominantes. En ese sentido creemos haber demostrado que uno de los resultados sociales y económicos más tangibles de la Primera Intervención Norteamericana en los años 1916-24, fue el de la transformación de la naturaleza social y económica de la burguesía comercial. El predominio del enclave azucarero en el país determinó un fuerte estímulo a la urbanización, lo que unido a las crecientes necesidades de servicios de la economía azucarera constituyó la base para que se desarrollara en las ciudades una clase media de creciente significación social y política, como también surgió una burguesía importadora, que ya no se apoyaba tanto en las capacidades del eje exportador tradicional, sino en el capital bancario extranjero, aliado en ese momento del gran capital azucarero. Entre el capital azucarero, la banca y el comercio importador se planteó así una gran alianza que sostuvo las bases de la dominación social en el período. Entre otros efectos, esto determinó una rearticulación y redefinición del capital exportador en la economía, que condujo a su subordinación económica y política al eje importador-bancario-azucarero. En este escenario, la estructura de clases

sufrió una notable transformación. Podrían reconocerse dos ejes articuladores en la estructura de clases: Uno dominado por el capital azucarero financiero e importador cuyo espacio social de desarrollo se articulaba en torno a las grandes plantaciones azucareras y las ciudades de la costa sur. Tras estos sectores dominantes en torno a las plantaciones se desarrollaba un proletariado azucarero, cuyas características particulares apuntábamos arriba, y en las ciudades se desarrollaba una clase media en torno a la expansión del eje burocrático estatal. Hasta los años treinta el proceso de desarrollo del capitalismo en el país estuvo pautado por este eje clasista.

El otro eje articulador de clases estaba constituido por la burguesía exportadora tradicional²⁸ y las clases campesinas ligadas a dicho comercio. Este eje desplazó su esfera de desarrollo hacia las unidades de pequeña producción campesinas de la Región Norte y a las ciudades intermediarias del gran comercio exportador, tales como Santiago y Puerto Plata. A partir del predominio en la banda sur del país de los intereses azucareros extranjeros (sobre todo en los años veinte) este eje clasista, y la esfera de producción económica en torno a la que giraba, perdió influencia social y política. Y una vez los intereses azucareros se hicieron predominantes y se desarrolló una fuerte burguesía importadora en la banda sur, este eje exportador-campesino quedó subordinado a los intereses del gran capital azucarero y bancario-comercial.

La crisis de los años 20-21 profundizó esta tendencia, y la conmoción económica que provocó en el país el Crac del 29, le dio su sello definitivo.

Estos procesos ayudan a aclarar ciertas tesis que hemos venido argumentando en este trabajo, respecto a los cambios ocurridos en la estructura de clases en el campo dominicano en los años 1870-1930.

En primer lugar, mientras el eje comercial exportador, localizado en la banda norte, se mantuvo como el sector dinámico y dominante en la formación social dominicana, la vinculación del campesinado a las esferas del mercado, lo especializaba como productor de bienes de exportación y de autoconsumo. Esto ocurría en un contexto en el que los intereses ganaderos de la banda sur habían perdi-

28. Es necesario reconocer, como hemos discutido en otro texto (1975) que un importante sector de la burguesía exportadora logró integrarse al eje importador-azucarero, compartiendo los "beneficios" del modelo de enclave con la burguesía imperialista y los grandes comerciantes importadores.

do significado social y económico y en las ciudades de la costa sur no se había desarrollado una burguesía importadora de significación. Hoetink ha analizado con brillantez las transformaciones estructurales a que condujo en la segunda mitad del siglo XIX el desarrollo de la economía azucarera, a cuyo texto remitimos (1971).

Ahora bien, sólo hasta que en la segunda década del siglo XX, los intereses azucareros adquirieron un predominio determinante en la economía de exportación dominicana (tendencia que quedó sellada con la ocupación norteamericana de 1916), la burguesía exportadora tradicional quedaría desplazada como clase hegemónica controladora del Estado. Este desplazamiento estuvo signado no sólo por la expansión económica de los intereses azucareros extranjeros, y su secuela de consecuencias sociales, como analizamos arriba a propósito de la burguesía importadora y el proceso de urbanización, sino también por determinantes políticas que tienen que ver con las transformaciones sufridas por la superestructura estatal.

Es en este contexto donde debemos recuperar el significado histórico de la dictadura de Trujillo para el desarrollo del capitalismo en el país, particularmente en lo que se refiere a la cuestión de las clases trabajadoras rurales.

A partir del ascenso de Trujillo al poder en 1930, una serie de fenómenos económicos, sociales y políticos intervendrán en la dinámica de la fuerza de trabajo que venimos analizando, los que condicionarán el porvenir mismo de los procesos de proletarianización en la sociedad dominicana.

El ascenso de Trujillo al poder afianzó una burguesía “burocrático-militar” en torno a la figura del dictador. Dicho grupo pasó a ejercer el control prácticamente absoluto del Estado, fundamentalmente de sus aparatos represivos. En función de dicho control el Estado se constituyó en el estimulante básico del proceso de acumulación del capital-dinero que permitiría el desencadenamiento de un proceso de acumulación originaria, base del tránsito hacia el control nacional de la economía azucarera por parte del emporio trujillista, y del débil proceso de industrialización que se inicia a finales de la década del cuarenta²⁹.

29. Para un análisis del proceso de industrialización inicial bajo la dictadura de Trujillo, véase Gómez, Luis (1976); Cassá, R. (1982); Báez Evertz, F. (1978). Nuestra posición teórica respecto a la llamada acumulación originaria puede verse en la primera parte de este libro.

La burguesía tradicional dominicana, en sus diversas expresiones: terrateniente, exportadora e importadora, se vio así forzada a subordinar el conjunto de sus intereses a los del grupo trujillista.

Empero, hasta finales de la década del cuarenta el enclave azucarero, bajo la dominación trujillista, se desarrolló y consolidó, no entrando el grupo trujillista en contradicciones con el capital extranjero, Báez Evertz reconoce una serie de limitantes estructurales y políticas del proyecto trujillista de desarrollo del capitalismo, los que lo obligaron a moverse en medio de una serie de contradicciones, tales como: 1) el carácter político del impulso a la centralización del capital; 2) la alta propensión a la acumulación por parte del grupo trujillista en un contexto de estrechez del mercado interior, lo que determinaba una tendencia a la centralización del capital nativo, que bloqueaba la posibilidad de expansión y desarrollo de las clases dominantes locales; 3) asimismo, eso implicaba una tendencia a la centralización del capital extranjero, lo que a largo plazo hacía colidir el proyecto trujillista con los intereses imperialistas, sobre todo con el capital azucarero extranjero. (Báez Evertsz, Franc, 1978).

Así, la dictadura trujillista rearticuló el equilibrio social y político de las clases dominantes. Sin colidir con los intereses azucareros, y mejor aún contribuyendo inicialmente a su expansión, el poder de la dictadura de hecho no sólo subordinaba y sometía a los grupos exportadores como socios menores de su empresa, sino también al capital importador. La crisis de los años treinta facilitaba esta tarea, pero no lo era menos el hecho de que la dictadura requería para su sostenimiento político de una rearticulación del bloque en el poder, sin la cual hubiera sido muy difícil reorientar, aun en el contexto de las crisis de los años treinta, la demanda efectiva urbana hacia el consumo de géneros manufacturados y agrícolas locales, lo que contribuyó a reafirmar de nuevo a los artesanos urbanos y en el campo a redefinir la especialización productiva del campesinado.

Es en este contexto donde cobra fuerza la hipótesis según la cual el estímulo al desarrollo del capitalismo en la agricultura dominicana para el mercado interior, a partir de los años treinta, dependió más del elemento político, en función del nuevo equilibrio de fuerzas articulado por la dictadura trujillista en el Estado, que de la "maduración" de las condiciones económicas de la estructura agraria dominicana para el desarrollo del capitalismo, en función

del proceso de diferenciación social y económica del campesinado. Ello no niega el peso de los procesos de diferenciación de clases en el campo, como tampoco deja de reconocer la importancia decisiva de la demanda efectiva urbana, como sostenedor de la oferta agropecuaria interna. Lo que establece la hipótesis es que el elemento político motorizó el proceso, permitiendo que tales condiciones "plasmaren" en un proyecto articulado y hasta cierto punto coherente, de desarrollo capitalista, pese a sus grandes limitantes y contradicciones (Báez Evertsz, Franc, 1978 y Cassá, R., 1982).

Ahora bien, durante la crisis que sacudió al mundo capitalista en los años treinta, la burguesía exportadora dominicana, ante el abrupto descenso de los precios de los productos tradicionales de exportación, quedó profundamente debilitada. El incremento de los precios que siguió a la crisis, sin embargo, en última instancia a quien favoreció fue al grupo trujillista, gracias al control que ejercía sobre el Estado. La burguesía importadora, a la larga, también perdió terreno social y económico, ante el descenso de la demanda urbana en el período de crisis, y su lenta recuperación en la etapa posterior. Ante esta situación, se gestó un proceso de incremento relativo del artesanado urbano-manufacturero, que se prolongó hasta la década de los cincuenta.

Ciertamente en el despegue de este último proceso se encuentra el estímulo que la expansión de las ciudades determinó sobre la demanda de consumo interno, ante el proceso de creciente urbanización provocado por la expansión del enclave azucarero y sus crecientes demandas de servicios, como de los procesos de mercantilización de la economía a la que su expansión contribuyó de modo no menos importante, pero también en él gravitaron elementos de orden político como argumentábamos arriba.

En este contexto de crisis, el dominio del capital comercial y usurario sobre la economía campesina se profundizó, elemento que constituyó una de las bases esenciales del posterior proceso de expropiación terrateniente al que asistiremos en la década de los cuarenta, el cual encontrará como su protagonista principal, no ya a la burguesía azucarera extranjera, como en el período 1916-24, sino a grupos locales de las clases dominantes, en sus fracciones agrarias, pero, sobre todo, en su expresión trujillista. Esta situación coincidió con un parcial agotamiento de las fronteras agrícolas, por lo menos

de las mejores tierras, lo que gradualmente fue forzando al campesinado a la ocupación de las tierras peores, con el consecuente descenso de la productividad y la pauperización de los minifundios de subsistencia, aun cuando el nivel alimenticio de la población en su conjunto no sufrió por ello un brusco descenso, pese a la pauperización relativa a las clases trabajadoras en conjunto.

Si hasta 1930 la especialización productiva de las unidades económicas campesinas, en tanto se ligaban a la economía de mercado, se hacía en función directa de los requerimientos de la economía de importación, ahora, ante el crecimiento relativo de la demanda urbana en expansión y la crisis del Sector Externo, especialmente de la economía importadora, se iniciaría un proceso de redefinición de la especialización productiva campesina.

En tales circunstancias, para la burguesía en conjunto, y en especial para el grupo trujillista que controlaba el Estado, se abría un nuevo dominio de mercado a ser conquistado, dominio que estimularía un doble proceso de especialización productiva del campesinado: en función del mercado mundial (como tradicionalmente lo venía realizando) y en función de la demanda urbana. Es claro que dicha especialización productiva quedó sellada por la crisis del capitalismo internacional, la que a su vez afirmó una tendencia a la concentración terrateniente, a la descomposición del campesinado y a la penetración del capitalismo en la agricultura para el mercado interior (Cassá, Roberto, 1982).

CUADRO 5

POBLACION DE LAS PRINCIPALES CIUDADES EN LA REPUBLICA DOMINICANA: 1920-60

(En miles)

Ciudades	1920	1935	1950	1960	Incremento Porcentual		
					1920-35	35-50	50-60
C. Trujillo	30.9	71.0	181.5	369.9	78.7	87.5	68.3
Santiago	17.1	34.1	56.5	85.6	66.4	49.4	40.9
P. Plata	7.7	11.7	10.2	18.5	41.2	-13.7	58.0
S.F. Macorís	5.1	10.1	16.0	27.0	65.7	45.3	51.1
S.P. Macorís	13.8	18.6	19.9	21.8	29.6	6.7	9.1

Fuente: Censos Nacionales de Población, 1920, 1935, 1950, 1960.

Posiblemente fueron los campesinos tabaqueros y cacaotaleros quienes sufrieron más directamente los efectos de la crisis de los años treinta, pues dichos productos de exportación fueron los que sufrieron una más brusca y sistemática caída de los precios. Hubo años en que los precios descendieron por debajo de los costos de producción y en tales circunstancias dejaba de justificarse la vinculación del campesinado a estas esferas del mercado. En el caso del tabaco, las mejoras momentáneas de los precios permitía a los campesinos productores mayores posibilidades de mantenimiento en el mercado, pero en el caso del cacao la magnitud de la crisis determinó una reacción campesina a la tala de los cacaotales y a su sustitución por otros cultivos, preferiblemente de autoconsumo. Sin embargo, aun en estas circunstancias, era tal la dependencia del campesino cacaotalero que le fue imposible abandonar definitiva y radicalmente la producción de cacao, ante sus necesidades de géneros manufactureros y de otros tipos y su dependencia del capital comercial y usuario. Ello implicó que el descenso de los precios del cacao, aun bajo la reacción campesina a sustituir su producción, determinara un brusco descenso del nivel de vida y, en los hechos, una mayor dependencia campesina del mercado.

Si en el siglo XIX, y quizás hasta las dos primeras décadas del siglo XX, el campesino productor se encontraba vinculado a la dinámica mercantil, principalmente a través de la economía de exportación, a partir de la crisis de los años treinta, en el presente siglo, esta situación cambia radicalmente. Aproximadamente hasta la crisis del año 1920–21, en función del predominio en la formación social dominicana de la producción pequeño mercantil simple, a la caída de los precios de los productos de exportación en el mercado mundial, la producción campesina reaccionaba movilizándolo su estructura productiva hacia otros productos igualmente vinculados a la economía exportadora, que no fueran víctimas de la caída de los precios, o se refugiaban en el autoconsumo, siendo esta última la tendencia generalizada. Esto era el resultado de una complejidad de factores que hemos analizado más arriba.

Sin embargo, a partir de la década de los años veinte en el presente siglo, comenzando por la crisis misma del año 1920–21, la respuesta de la economía campesina a la crisis de la economía exportadora no puede ser la misma que la planteada en el siglo

XIX, respuesta que ya no pasa por la reinserción en el autoconsumo y "la huída" de las relaciones de mercado. La respuesta campesina, a partir de este momento, obliga a la redefinición de su especialización productiva, en gran medida en función de la producción para el mercado interior, siempre que las coyunturas económicas así lo favorecieran; reordena sus vínculos con el mercado, no lo sustrae, más aún, le obliga a profundizar su inserción en el mismo.

A tenor de los factores políticos, a esta situación contribuía la creciente dependencia de la economía campesina del capital comercial para su reproducción; pero también actuaban otras circunstancias, no menos determinantes, como es el hecho del mayor nivel de desarrollo de las relaciones capitalistas en el campo, la extensión de las relaciones salariales, y el despunte de importantes procesos de expropiación terrateniente. De todos modos, el aspecto quizás más importante sea el crecimiento de la demanda de consumo de alimentos en las ciudades, así como de materia prima para las incipientes manufacturas urbanas, que tornaron atractivo para el capital urbano el estímulo para la producción agrícola destinada al mercado interno, ya directamente en manos de burgueses agrarios, como fue el caso del arroz a partir de la década del treinta en el presente siglo, o en manos de productores campesinos, como fue el caso de géneros alimenticios tales como el maíz, frijol, la yuca y el plátano y de cultivos para la incipiente industria urbana como el maní.

La década de los cuarenta encuentra al grupo trujillista en condiciones óptimas de aprovechamiento de la favorable coyuntura de precios de los productos de exportación que el estallido de la Segunda Guerra Mundial determinó para los países agroexportadores de América Latina.³⁰ Aproximadamente a mediados de la década de los cuarenta los precios del azúcar comenzaron a elevarse significativamente hasta principios de la década de los cincuenta. Una situación semejante, aunque menos significativa, se presentó para los precios de los productos tradicionales de exportación: café, cacao y tabaco. Esto permitió una notable mejoría de los tér-

30. Para América Latina véase Prebisch, R. (1971) y Ferrer, A. (1976). Para Santo Domingo puede consultarse Gómez, Luis (1976).

minos de intercambio, lo que unido a la creación de una moneda nacional,³¹ permitió movilizar amplios excedentes por parte del Estado para la creación de la infraestructura necesaria al desarrollo del mercado interno, sobre todo en su expresión rural, a través de la ampliación de la red de caminos y carreteras, la electrificación rural de amplias zonas del país, y la construcción de canales de riego que facilitaron la elevación de la productividad de los géneros agrícolas de mayor desarrollo capitalista, como el arroz y el maíz.³² Por parte del grupo trujillista, esta favorable coyuntura le permitió movilizar los excedentes necesarios con los cuales enfrentarían las tareas de la nacionalización de la economía azucarera, como de la industrialización sustitutiva para el mercado interior (Báez Evertsz, F. 1978; y Cassá, Roberto 1982).

En esta situación le tocaría al Estado el papel de principal agente directivo del proceso, en tanto la economía agraria constituyó la principal fuente de renta de donde extraer los excedentes necesarios para el impulso capitalista en la formación social dominicana en su conjunto. En tales condiciones, la economía campesina comenzaba a sufrir lo que denominamos “la doble especialización productiva en condiciones de acumulación dependiente”.³³ Por otro lado, dado el control extranjero sobre la principal fuente de renta, las aduanas, hasta avanzada la época de los cuarenta, el Estado inició una estrategia de activación y elevación de las rentas internas cuyos fondos permitieron activar, en una primera fase, las obras de infraestructura necesarias para la expansión del mercado interior, aun cuando sólo fue avanzada la década de los cuarenta tras la favorable coyuntura mundial, cuando este proceso adquirió un carácter sostenido.

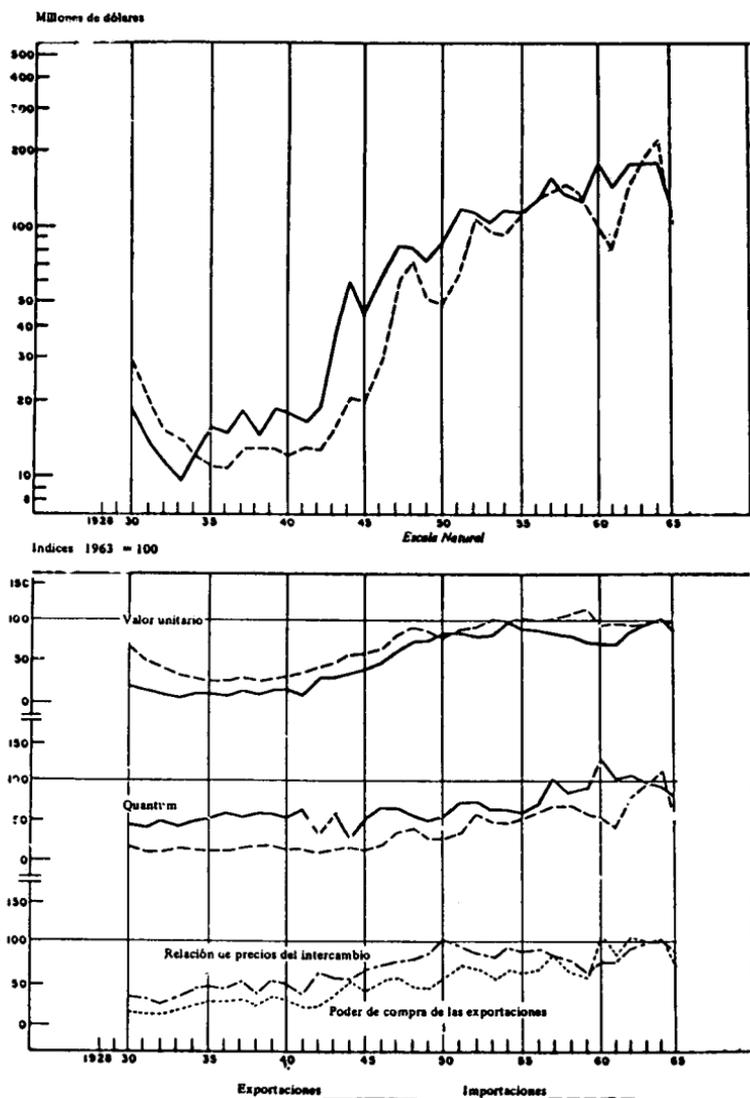
El cuadro 7 evidencia el crecimiento de las rentas internas en los ingresos totales del Estado, tendencia que se hace firme y sostenida a partir del quinquenio 1935—39.

31. Véase: Estrella, Julio C. (1971), que contiene abundante información respecto a la creación del Banco Central en 1947, así como a la articulación de una coherente política monetaria por parte del régimen trujillista.

32. Cassá, Roberto (1982) discute muy bien estas tendencias.

33. Respecto a la cuestión de la especialización productiva en el capitalismo dependiente debe consultarse Bran, P.M. (1968), Wallerstein, W. (1979) y Frank, A.G. (1979). Es imprescindible la lectura de Mandel, E. (1979), y sobre todo de Emmanuel, A. (1978).

CUADRO 6
EVOLUCION DE LOS TERMINOS DEL INTERCAMBIO
 1925-1965
 (Base 1963 = 100)



Fuente: CEPAL: América Latina: Relación de Precios de Intercambio, Santiago de Chile, 1976.

CUADRO 7

PROMEDIO QUINQUENALES DE INGRESOS DEL ESTADO
EN REPUBLICA DOMINICANA 1870-1959¹
(En miles RD\$, precios corrientes)

	Rentas Aduanales	Rentas Internas ²
1870-74	866.2	40.2
1875-79	922.6	63.8
1880-84	1,038.1	185.1
1885-1889	1,354.7	56.3
1890-1894	1,344.4	49.3
1895-1899	1,519.1	57.0
1900-1904	1,903.6	110.3
1905-1909	3,109.3	533.5
1910-1914	3,510.7	1,104.4
1915-1919	4,404.6	1,738.4
1920-1924	4,002.5	3,989.9
1925-1929	5,174.2	8,764.1
1930-1934	3,078.1	5,406.5
1935-1939	2,900.8	8,493.4
1940-1944	2,640.9	14,988.8
1945-1949 ³	18,230.7	44,915.6
1950-1954	45,335.0	68,537.8
1955-1959	66,732.0	79,802.6

- 1) A partir de año 1923 no incluye los empréstitos.
- 2) En el Quinquenio 1885-89 el promedio sólo incluye los años 1885, 1886, 1888 y 1889.
En el Quinquenio 1890-94 el promedio sólo incluye los años 1890, 1891, 1893, 1894.
En el Quinquenio 1895-1899 el promedio sólo incluye los años 1895, 1896, 1897.
- 3) Hasta el año 1947 las rentas aduanales incluían sólo los ingresos por aranceles; los ingresos por impuestos complementarios sobre documentos, derechos consulares, carga, muelle y almacenaje, puerto, etc., eran cobrados por las aduanas, pero incluidos en las rentas internas. A partir de 1947, mediante ley No. 1488 (19 de agosto de 1947), estos impuestos pasaron a ser rentas aduanales, de ahí el súbito incremento de las mismas.

Fuente: *Junta Nacional de Planificación y Coordinación Informaciones Estadísticas Dominicanas*, Sto. Dgo., 1963.

CUADRO 8

INDICE PONDERADO DE LOS PRECIOS DE EXPORTACION (Base: 1926-29 = 100)

Años	Azúcar	Café	Cacao	Tabaco
1940	66.0	20.1	32.1	37.9
1941	43.	27.3	53.3	37.0
1942	115.8	41.7	63.9	80.3
1943	121.2	52.5	66.1	136.3
1944	123.1	54.9	71.5	212.4
1945	142.3	59.5	74.9	327.8
1946	178.7	77.7	80.7	292.6
1947	230.1	99.7	197.4	286.8
1948	232.0	109.0	302.2	275.9
1949	186.4	143.8	171.2	262.5
1950	203.5	215.7	259.2	308.2
1951	267.6	237.5	320.4	336.9
1952	203.9	226.0	299.2	326.6
1953	166.2	251.5	284.9	388.8
1954	153.4	295.0	522.2	376.5
1955	152.1	260.5	340.1	352.5

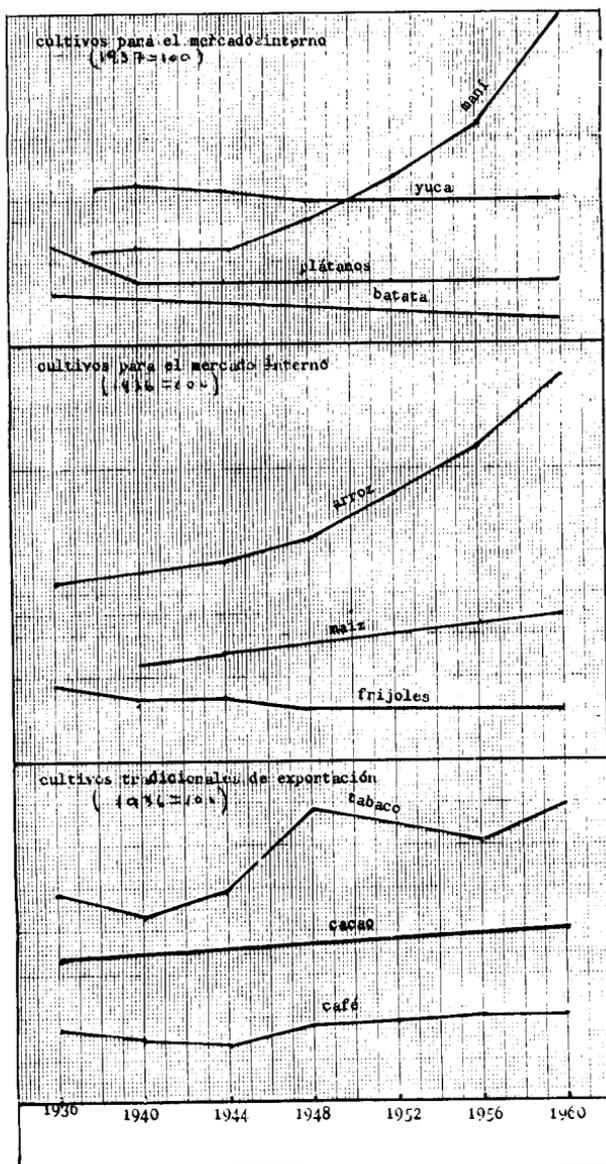
Fuente: Roberto Cassá: *Capitalismo y Dictadura*

En este contexto, sostenemos que fueron las clases campesinas la principal fuente de excedentes que permitió impulsar el proceso de inversión, base del desarrollo del capitalismo en la agricultura, no tanto la burguesía comercial (exportadora e importadora) o los grupos azucareros. Los mecanismos típicos de extracción de excedente a la clase campesina en el período, continuaron siendo la tradicional subordinación del campesinado al capital comercial, y su sujeción al capital usurario; pero ahora se añadirían nuevos elementos, tales como la parálisis de los precios de los productos agropecuarios, sobre todo los de procedencia campesina, y la sistemática elevación de los precios de los productos manufacturados procedentes de la economía urbana. Sobre esta base, el intercambio

desigual campo-ciudad se constituyó en uno de los ejes decisivos para que el capitalismo urbano lograra penetrar las estructuras agrarias, asentando las bases de un sostenido proceso de desarrollo del mercado interior.

CUADRO 9

TENDENCIAS A LARGO PLAZO DE LA PRODUCCION AGRICOLA: 1936-1960



Los índices de producción revelan un relativo dinamismo de la producción agropecuaria en aquellos renglones ligados directamente a la producción capitalista, tales como los cereales (arroz), las oleaginosas (maní) y la ganadería. Los productos más vinculados a la economía campesina, como el plátano, la yuca, la yautía, etc., mantuvieron incrementos leves, que, en las condiciones de un bajo índice de incremento demográfico³⁴ permitieron mantener una oferta agropecuaria a las ciudades relativamente adecuada, pese a los bajos índices de productividad del sector agropecuario en conjunto. En el caso de la producción campesina para el mercado interior, la misma estuvo acompañada por precios estancados, que, al especializar al productor campesino, lo hacía depender no sólo del capital comercial y usurario, sino incluso de los productores manufactureros urbanos. Los precios de estos últimos productos tendieron a elevarse de un modo más sistemático que los del sector agropecuario. De hecho, esto significaba un drenaje sistemático de excedentes del campo por la ciudad.

En tales condiciones se afianzó un significativo proceso de descomposición de la economía campesina, y de crecimiento de la producción capitalista para el mercado interior en áreas tales como el arroz, el maní, la ganadería; y para el mercado externo, en la producción de café y de cacao.

Esto dio paso al surgimiento de un semi-proletariado agrícola de masas de importancia nacional. En torno a la economía arrocerá, cafetalera y en menor medida cacaotera, se definieron importantes procesos migratorios por parte de dicha fuerza de trabajo semi-proletarizada, fortaleciéndose así mercados regionales de trabajo para el capitalismo agrario en su conjunto. Según el censo agropecuario de 1940, alrededor del 18 por ciento de los hijos varones mayores de edad habían emigrado a las ciudades. En el mismo censo se reconoce una imponente presencia de los jornaleros agrícolas en la estructura agraria dominicana, los cuales tenían un ingreso diario promedio de 0.25 pesos cuando se excluía la comida en el pago del jornal, y de 0.35 pesos cuando ésta se incluía.

34. Ver Moya Pons, Frank, (1974) y las informaciones demográficas de los *Anuarios Estadísticos de la República Dominicana* en el período 1936-54.

CUADRO 10

TRABAJADORES TEMPOREROS POR FINCA,
SEGUN EL TAMAÑO DE LOS CAFETALES: 1943

Extensión (en tareas)	Fincas que utilizan trabajadores temporeros (número)	Trabajadores temporeros utilizados	Promedio de trabajadores por finca
menos de 4	173	391	2.2
4 a menos de 16	3,731	13,452	3.5
de 16 a menos de 32	3,111	19,200	6.2
de 32 a menos de 80	2,777	23,424	8.4
de 80 a menos de 160	1,223	15,081	12.3
de 160 a menos de 320	314	6,780	21.6
de 320 a menos de 800	77	2,800	36.4
de 800 a menos de 1600	33	1,224	37.0
de 1600 a menos de 3200	14	1,556	111.1
de 3200 y más	2	160	80.0
Total	11,455	84,068	7.3

Fuente: Comisión de Defensa del Café y del Cacao, *Primer Censo Cafetalero Nacional: 1943*, Ciudad Trujillo, 1944.

El censo cafetalero de 1943 proporciona informaciones más exactas acerca de la importancia y situación de los jornaleros agrícolas en la estructura agraria dominicana. Según esta fuente, de una población ocupada en la economía cafetalera de 92,293 trabajadores, el 91 por ciento, es decir, 84,068 trabajadores, estaba constituida por fuerza de trabajo asalariada temporera. Las bases, pues, de la economía cafetalera en su sector rural, estaban constituidas por un verdadero semi-proletariado agrícola, cuya importancia nacional se reconoce al advertir su distribución geográfica: dicho semi-proletariado tendía a concentrarse en cuatro provincias principales, Azua (19 por ciento), Barahona (13 por ciento), Espailat (14 por ciento) y la provincia Trujillo (16 por ciento), concentrando estas cuatro provincias el 62 por ciento de los trabajadores agrícolas cafetaleros. Como se aprecia en el cuadro 11

la distribución geográfica de este semi-proletariado agrícola cafetalero se organizaba en torno a un mercado de trabajo de alcance nacional.

CUADRO 11

TRABAJADORES FIJOS Y TEMPOREROS UTILIZADOS EN LAS FINCAS CAFETALERAS: 1943

Provincia	No. de Fincas	Población Fija	TRABAJADORES	
			En tiempo Ordinario	En tiempo de Cosecha
D.N .	—	—	—	—
Azua	2,799	8,236	5,826	15,949
Bahoruco	520	1,435	1,168	1,212
Barahona	1,822	7,217	4,590	11,549
Benefactor	1,191	725	4,212	336
Duarte	4,495	30,186	11,765	4,109
Españat	4,416	30,144	11,346	12,217
La Vega	6,787	44,378	19,084	7,045
Libertador	238	375	287	282
M. Meriño	683	2,427	1,455	459
Montecristi	387	1,517	585	926
P. Plata	3,065	20,718	6,821	8,470
Samaná	533	962	1,423	109
S. P. Macorís	—	—	—	—
San Rafael	755	587	2,201	233
Santiago	3,623	23,055	8,811	6,315
El Seibo	1,367	6,022	3,722	1,304
Trujillo	3,535	15,222	8,994	13,553
Totales	32.216	193,206	92,293	84,068

Fuente: Comisión de Defensa del Café y del Cacao: *Primer Censo Cafetalero Nacional: 1943*, Ciudad Trujillo, 1944.

De un total de 36,216 fincas cafetaleras sólo el 35 por ciento, ciertamente, empleaba trabajo asalariado, el cual se concentraba sobre todo en las fincas menores de 800 tareas. De este modo, para las fincas que empleaban trabajo asalariado, el 67 por ciento de los jornaleros agrícolas se concentraba en las fincas menores de 80 tareas, con un promedio de ocupación de 5 trabajadores por finca. Las fincas que empleaban trabajo asalariado de 80 a menos de 800 tareas, concentraban alrededor del 29 por ciento de los jornaleros agrícolas, con un promedio de ocupación de 22.8 trabajadores por finca. Como se ve por lo referido, la producción cafetalera descansaba en la pequeña y mediana producción campesina. Para el caso de las fincas que utilizaban trabajo asalariado, es claro que las de menos de 80 tareas lo hacían básicamente para complementar la mano de obra familiar, mientras en las fincas de 80 a menos de 800 tareas la utilización de jornaleros agrícolas obedecía más a criterios de tipo empresarial. En todo caso, en lo que respecta al empleo de mano de obra asalariada, la gran propiedad latifundiaría casi no tenía presencia en la economía cafetalera.

Como se aprecia en torno a la economía cafetalera, pese a las dificultades de oferta de fuerza de trabajo,³⁵ ya para los años cuarenta se había organizado un dinámico mercado de trabajo rural. El caso del arroz sostiene una serie de características relativamente diferentes; ya en la década de los cuarenta, en las zonas arroceras de regadío tendió a organizarse un dinámico mercado de trabajo, compuesto, al igual que en el caso del café, por verdaderos semi-proletarios agrícolas. Las principales zonas donde se dinamizó dicho mercado laboral fueron los ejes Mao-Villa Vásquez y La Vega-San Francisco de Macorís-Cotuí. Las actividades de este proletariado arrocerero giraban sobre todo en torno a las labores de desyerbo y recolección para las cuales se ocupaban grandes masas de trabajadores.³⁶

35. Al respecto, Chardón refiere (1976) que para el año 1939, "En las regiones de San José de Ocoa y de Barahona, los cafetaleros se enfrentaban con el problema de la escasez de trabajadores para la recolección del fruto. En la primera hay que traerlos de San Cristóbal, San Juan y Monseñor Nouel (Mao). En la segunda, hay que utilizar braceros haitianos, con los cuales hay inconvenientes en cuanto a los pagos que éstos tienen que hacer por derecho de inmigración" (pp. 138-139).

36. En Chardón (1976) hay interesantes informaciones al respecto.

Así, pues, a partir de los años cuarenta, los mercados regionales de trabajo se robustecieron, no sólo en función de la economía azucarera sino del capitalismo agrario en conjunto. Desde finales de la década de los treinta se tendía ya a reconstruir un doble mercado de trabajo rural: el sostenido por la economía azucarera, nutrido fundamentalmente por fuerza de trabajo extranjera, y el sostenido por los restantes sectores capitalistas agrarios, nutrido fundamentalmente por el semi-proletariado rural, surgido a la luz de la precariedad estructural en que las economías de subsistencia campesinas se desenvolvían. Así, pues, puede sostenerse la hipótesis de que fue en la década de los cuarenta que se consolidó un proletariado y semi-proletariado agrícola de masas.³⁷

La estructura agraria sobre la que descansaba este mercado laboral se caracterizaba, ante todo, por el atraso de sus fuerzas productivas y por su heterogeneidad estructural. En tales condiciones el dominio del capitalismo sobre la reproducción global de la estructura agraria se verificaba sobre todo a través de los mecanismos de la circulación, tras los cuales (fijación de precios, relaciones de intercambio campo-ciudad y agricultura-industria, etc.) el capitalismo ejercía su dominación sobre las otras formas y modos de producción en la formación social.

Ya para los años cincuenta las bases de la estructura latifundio-minifundio, característica, incluso hoy, de nuestra realidad agraria, había sentado sus bases. En tal virtud, según el censo agropecuario de 1950, alrededor del 76% de los productores rurales, apenas controlaban el 14% de la superficie cultivable, mientras el 2% de los productores tenía un control del 53% de la tierra. Para 1960 esta situación se había extremado, adquiriendo caracteres alarmantes como lo revela el Cuadro 12. Fue sobre este binomio latifundio-minifundio que se articuló el dinamismo esencial del mercado de trabajo rural, como se verá en la página siguiente.

El otro elemento que deseamos destacar aquí, característico de la agricultura dominicana en el período 1940-60, es el atraso de sus fuerzas productivas. De esta manera, en 1960, según el cen-

37. Diversas fuentes avalan esta tesis: *Revista de Agricultura, Anuarios Estadísticos, El Censo Cafetalero de 1943*, etc. Para el concepto de "proletariado agrícola de masas", ver Sereni, E. (1978).

so agropecuario, la productividad promedio de las fincas arroceras era apenas 2.05 quintales por tarea; esta situación no variaba al aumentar el tamaño de las fincas.

CUADRO 12

NUMERO Y SUPERFICIE DE LAS EXPLOTACIONES AGROPECUARIAS DEL PAIS SEGUN TAMAÑO, 1950-1960

Tamaño de las Explotaciones (Tareas)*	1950		1960	
	Número	Superficie (Tareas)	Número	Superficie (Tareas)
1 al 79	209,407	5,061,612	395,772	8,402,076
(Porcentajes)	76,2	14,0	88,5	23,4
80 a 799	59,931	12,217,834	47,993	11,197,206
(Porcentajes)	21,8	33,0	10,8	31,2
800 y más	5,382	19,743,302	3,333	16,298,138
(Porcentajes)	2,0	53,0	0,7	45,4
Totales	274,720	37,022,748	447,098	35,847,430
(Porcentajes)	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Censos agropecuarios de 1960, 1950

*) Para 1960 las categorías correspondientes al tamaño de la explotación son: 1-74, 75-999 y 1,000 tareas ó más. Tomado de Duarte, Isis (1980).

Una situación semejante se expresaba en el café, cuya productividad promedio por finca era de 1.51 qq. por tarea, en el cacao donde la productividad era de 0.8 qq. y en el tabaco donde la productividad alcanzaba 5 qq. Estos cultivos, sobre todo el arroz, eran los de más alto nivel de desarrollo del capitalismo agrario, mientras que los restantes eran cultivos típicamente dominados por el capital comercial exportador. Era claro que las grandes fincas —incluso las más capitalistas como las arroceras— no tenían un nivel de productividad muy alejado de las medianas e incluso de los minifundios. A esto se añade el hecho de que en tales circunstancias, el grueso de la producción para estos cultivos típica-

mente capitalistas (caso del arroz), o claramente dominados por el capital comercial (casos del café, del cacao y del tabaco) era generado por las medianas y pequeñas propiedades, como lo revela el cuadro No. 6 del capítulo IV. El atraso de las fuerzas productivas se revela, además, a través de otros indicadores efectivos. En 1960, de una frontera agrícola de 20.5 millones de tareas,³⁸ apenas 141,165 tareas eran irrigadas con canales, rigolas o pozos. Asimismo, de la fuerza motriz mecánica de que contaba la economía agraria en 1960 el 58 por ciento se concentraba en las fincas de menos de 75 tareas, mientras las grandes fincas de más de 1,000 tareas apenas concentraban el 9 por ciento de la fuerza motriz mecánica.

De manera, pues, que la estructura latifundio-minifundio no sólo definía un patrón de profunda desigualdad en la distribución y apropiación de la superficie cultivable, por parte de los productores rurales, sino que se levantó sobre un nivel de desarrollo precario, caracterizado por su baja productividad y poca tecnificación, sentándose así las bases no sólo del bajo dinamismo global de la economía agraria, sino específicamente de la crisis de los campesinos.

En esas circunstancias, a partir de la década de los cuarenta, la fuerza de trabajo nativa para el capitalismo agrario pasó a depender cada vez más, para su reproducción, de sus vínculos con el mercado, no requiriéndose ya tanto de los procedimientos de compulsión extraeconómica para la producción de la oferta de trabajo necesaria al sector capitalista agrario; los mecanismos del mercado sostenían ya la suficiente fuerza para compulsar al campesino minifundista a la venta de su fuerza de trabajo, como parte necesaria al equilibrio de su economía de subsistencia. Asimismo, el capitalismo agrario tenía ya la suficiente fuerza para, por la vía del salario, mantener en el agro un importante núcleo de proletarios rurales permanentes.³⁹

Un indicador efectivo de la importancia y extensión del mercado de trabajo rural lo constituye, quizás, más que el volumen de

38. Incluye: Superficie con cultivos temporeros y permanentes, en descanso y pastos naturales y cultivados.

39. Ver Givanni, Arrighi (1975), donde se dilucida la problemática de los procesos de proletarianización a la luz de la dinámica formativa de los mercados de trabajo.

fuerza de trabajo asalariada permanente, la tasa de desempleo rural. Para 1950 observamos al respecto algunas cuestiones interesantes. En primer lugar, la tasa de desempleo rural era significativamente más elevada que la urbana (19 por ciento en el campo, contra 12.2 por ciento en las ciudades) . Asimismo se reconoce el hecho de que en general se define una distribución regional del desempleo rural que revela lo siguiente: En las provincias de la Región Central Norte, donde el capitalismo había logrado un nivel de desarrollo más amplio sobre la base de la coexistencia con la producción campesina, la tasa de desempleo era más alta; en la Zona Sur ésta descendía precisamente en aquellos lugares de menos desarrollo capitalista. Esto, a nuestra manera de ver revela dos cosas: en primer lugar, la poca incorporación de la fuerza de trabajo rural a las actividades del mercado en las zonas de menor desarrollo capitalista, y en segundo lugar que precisamente por la gran incorporación a las actividades de mercado por parte de la fuerza de trabajo rural en aquellas zonas de mayor desarrollo capitalista, ya para 1950 en el campo dominicano en tales zonas se revela la existencia de una verdadera sobrepoblación relativa, con funciones de reserva para el capitalismo agrario, por parte de los minifundios de subsistencia, los cuales tendían a concentrarse ciertamente en las zonas de mayor desarrollo capitalista. El caso de la Zona Este del país es relativamente diferente, pues el desarrollo del capitalismo se dio sobre la base de la economía de plantación azucarera y la extensión del gran latifundio ganadero.

La década de los cincuenta constituyó el período de plena constitución del proletariado nacional en su expresión tanto rural como urbana. En dicho período el proletariado urbano se consolidó en función del inicio de la industrialización sustitutiva de importaciones verificada en el período. Como se sabe, fue el emporio trujillista el principal agente impulsor del proceso de industrialización, una vez llegó a controlar el eje económico dinámico en la formación social dominicana: el azúcar, socavando así las bases mismas del enclave azucarero (Báez Evertsz, F. 1978). El control sobre la economía azucarera le permitió a Trujillo orientar grandes excedentes hacia la industrialización. Empero, sostenemos que la base del impulso inicial a la industrialización no lo fue tanto el control sobre la producción azucarera, sino el dominio que adquiri-

rió el capitalismo urbano sobre la producción agraria, específicamente sobre la economía campesina. La explotación del campesinado facilitó el incremento de la producción para la exportación. Así como el transferir al Estado gran parte de los excedentes acumulados en la favorable coyuntura de precios en el período 1943–1950. Asimismo, la producción campesina constituyó la base de la incipiente industrialización, mientras que el incremento de la oferta agropecuaria, producida sobre la base del descenso del nivel de vida del campesino, permitió mantener una oferta de bienes salarios y materia prima baratos para la industria manufacturera.⁴⁰

Ciertamente, fue la economía azucarera la principal fuente de excedentes para el Estado. Sin embargo, aun bajo el control nacional de la economía azucarera, el proceso de industrialización permaneció subordinado a la lógica de la acumulación comercial-agro exportadora, cuyo predominio, fue como se ha demostrado, realmente un obstáculo al desarrollo del mercado interior. Por esto, el proceso de industrialización se levantó sobre la base de relaciones de producción precapitalistas y capitalistas atrasadas, que afianzaban el vínculo del capitalismo agrario con los terratenientes y “preservaba” la economía campesina.⁴¹

De este modo, en la medida en que el modo de producción capitalista se afirmaba y expandía en la agricultura, no sólo se multiplicaba el número de minifundios, reduciéndose las dimensiones de las fincas minifundistas, sino que, incluso, aumentaba la superficie controlada por las fincas donde predominaban relaciones de producción de carácter semi-servil o capitalistas atrasadas, tal como la aparcería y el colonato. La hipótesis más consistente que hasta ahora conocemos respecto al entendimiento de esta situación (Cassá, R. 1982) establece que el mantenimiento de formas de producción de carácter semi-servil o capitalista atrasada, como la aparcería y el colonato, era el resultado del atraso mismo del desarrollo

40. Al respecto, véase Gómez, Luis (1976) y Cassá, Roberto (1982).

41. El término “preservación” debe de ser sometido a una severa crítica. A falta de uno más claro y preciso lo empleamos aquí, sin dejar de reconocer que en los años 1940–60, el carácter de la *preservación* de la economía campesina por parte del capitalismo agrario (comercial-exportador, o de mercado interno) asumía un significado muy distinto al del siglo XIX, a tenor de que en ambos casos se trata de dos campesinados distintos, en contextos capitalistas y productivos también disímiles. El estudio de las transformaciones históricas del “campesinado” dominicano queda por hacer.

de las fuerzas productivas, situación que hacía funcional la *preservación*, por parte del capitalismo agrario, de formas productivas como la aparcería, logrando éste sobreganancias que le permitieron una cierta expansión incorporando nuevas tierras a la producción sin grandes inversiones de capitales.

La hipótesis es consistente y atractiva, pero corre el riesgo de radicalizar el argumento de la “funcionalidad del atraso” como base de la expansión capitalista en la agricultura. En primer lugar, la coexistencia temporal y física de formas desiguales de organización de la producción, con niveles distintos de desarrollo no implica forzosamente un vínculo de dependencia de las formas atrasadas respecto de las modernas ni mucho menos su articulación funcional, bien puede ser lo contrario. En segundo lugar, la *funcionalidad* del atraso no puede ocultar que ello era una real limitante a la expansión misma del capitalismo, lo que establece que lo que en un momento es una necesidad en otro se convierte en obstáculo de un mismo proceso: esa contradicción debe de ser explicada. En tercer lugar, la “preservación del atraso rural”, como argumenta la hipótesis, ciertamente se encontraba en estrecho vínculo con el sistemático drenaje de excedente que el capitalismo urbano-industrial en expansión hacía al campo. Eso implicaba, entonces, que se apoyaba en un equilibrio de clases que colocaba a los productores rurales campesinos en el punto más débil de una cadena de contradicciones, que a su vez reconocía en su punto más sólido una alianza burgués-terrateniente que forzaba al mantenimiento del precapitalismo, dada la fuerza de su polo terrateniente, aun cuando a su polo burgués le resultara un real obstáculo. De este modo, el capitalismo agrario veíase así “forzado” a aprovechar la preservación del atraso, aun cuando eso fuera un obstáculo a la expansión del capitalismo en conjunto.

Así, pues, el desarrollo capitalista de la agricultura no supuso, entonces, un proceso de modernización del agro, como base para la ampliación del mercado interior, sino la exacción de grandes volúmenes de excedentes al sector agrario, principalmente a su sector campesino, sin estimular su inserción al mercado de consumo capitalista. Dicho proceso, pues, a la larga, limitaba el desarrollo del mercado interior procediendo a una estrategia de concentración de la renta urbana, a fin de agenciarse los términos de su propia demanda, aun

en la constricción de los ingresos de la clase obrera y del campesinado.

Esta situación aceleró la descomposición de la economía de subsistencia campesina y profundizó la polarización latifundio-minifundio. En el período 1950—60 se constituyeron más de 180 mil nuevos minifundios de subsistencia, reduciéndose su extensión promedio de 24.2 tareas en 1950 a 21.2 en 1960. En cambio las explotaciones mayores de 800 tareas sufrieron un proceso de reconcentración terrateniente, reduciéndose de 5,382 explotaciones en 1950 a 3,333 en 1960. Esto significó que dichas explotaciones aumentaron su extensión promedio de 366.8 tareas en 1950 a 489 en 1960, aun cuando la superficie total que este tipo de explotaciones controlaba se redujo de 19.7 millones de tareas en 1950 a 16.2 millones en 1960. Las explotaciones de 80 a 800 tareas, donde se concentraba el campesinado medio, mantuvieron una situación más estable en el período, apenas redujeron en un millón de tareas la superficie total que controlaban, reduciéndose el número de explotaciones de 59,931 en 1950 a 47,993 en 1960.

Esta situación polarizó radicalmente la estructura agraria en dos grandes grupos, lo que afectó la estructura misma de la fuerza de trabajo rural. Para 1960 la situación de los minifundios de subsistencia, fuente de reproducción del semi-proletariado agrícola, era de franca pauperización.

En tales condiciones, el proceso de constitución de un proletariado agrícola permanente tendió a detenerse, y el capitalismo agrario procedió a reclutar su mano de obra cada vez más de los minifundios de subsistencia en crisis. Se definió así una estructura muy compleja en la cual reconocemos diversas situaciones en el uso de la fuerza de trabajo:

Para 1960 la población asalariada en el campo dominicano tendía a la paralización; en comparación con 1950, aquélla había descendido de 153,824 a 139,850. Independientemente de que ello, posiblemente, esté planteando la posibilidad de un importante error en el censo de 1960, dada la tendencia al estancamiento de la productividad y a la polarización de la estructura agraria, tras el binomio latifundio-minifundio, cabe plantear la hipótesis de que, aun cuando la población asalariada en 1960 podía ser un poco más elevada que lo que apuntan las cifras, es posible que para la fecha en el capitalismo agrario dominicano se estuviera planteando

una situación de límite estructural en su capacidad de asimilación de mano de obra asalariada permanente, sin el consecuente proceso de modernización en la agricultura dominicana. En estas circunstancias, la mano de obra necesaria al capitalismo agrario podía ser suplida por los minifundios de subsistencia sin necesidad de un consiguiente aumento del proletariado agrícola permanente (Arrighi, G. 1975).

Para 1960 más de la mitad de la población ocupada en la agricultura se concentraba en la Zona Norte del país, sobre todo en la región del Cibao. Dicha zona concentraba, además, el 50 por ciento de la población asalariada. Sin embargo, el grueso de la población asalariada en el Cibao tendía a concentrarse en las fincas menores de 75 tareas y en la mediana propiedad. En cambio, en la Zona Este del país, base del latifundio azucarero y ganadero, el grueso de la población ocupada asalariada tendía a concentrarse en los latifundios mayores de 800 tareas. Los grandes latifundios concentraban en el este alrededor del 58 por ciento de la población asalariada. Es claro que en esto incidía el peso del latifundio ganadero que requería de muy poca mano de obra y del capitalismo azucarero que se suplía, sobre todo, de mano de obra extranjera. En la Zona Sur se reproducía la misma situación de la Zona Central Este.

Para la totalidad del país, las fincas de mediana propiedad concentraban el grueso de la población ocupada y, en segundo lugar, el gran latifundio. Por lo dicho, la naturaleza del trabajo asalariado en el campo dominicano para la época, le asignaba un peso significativo a la mediana propiedad, lo cual delata una cierta capacidad empresarial y gran estabilidad del campesino medio. El gran latifundio, ciertamente, tenía gran capacidad de absorción de mano de obra, pero de un modo significativamente menos dinámico.

Ahora bien, el trabajo asalariado posee significados distintos según la naturaleza de la explotación agraria en la que se ubica. Así, mientras para las fincas menores de 75 tareas el trabajo asalariado representaba un promedio de ocupación por finca de 0.11 trabajadores y en las medianas propiedades (75 a menos de 800 tareas) este promedio era de 0.68, en el gran latifundio el índice se elevaba a 11.36. Esto es indicativo de una situación que reconoce que mientras en el gran latifundio la ocupación remunerada obede-

cía a un criterio empresarial, en los minifundios de subsistencia la misma tiene un carácter sumamente marginal, en tanto en las medianas propiedades posee un carácter complementario al empleo de mano de obra familiar, aunque la tendencia al uso de mano de obra asalariada con fines de acumulación era en estas últimas un hecho sostenido.

Ante esta particular estructura, se aceleró el proceso de descomposición de la economía campesina, refuncionalizándola ante los nuevos requerimientos del proceso de acumulación en el campo, pasando dichas economías a desempeñar una función estructural como fuente de mano de obra proletarizable, en aquellos momentos de los ciclos productivos agrícolas en que el capital requería de una amplia oferta de trabajo, y también como lugar de reproducción del semi-proletario agrícola.

De esta manera la economía campesina de subsistencia pasaba a ejercer funciones de ejército de reserva para el capitalismo agrario.⁴² Emergía así el semi-proletario agrícola dominicano no sólo como una etapa transicional hacia la proletarización definitiva del campesinado, sino también, y quizás fundamentalmente, como la manera particular de organizarse la dinámica de mercado de trabajo rural en la formación social dominicana con predominio capitalista agroexportador, en función de las características y contradicciones del capitalismo dependiente dominicano.

42. Sobre esta problemática, véase la primera parte de este libro.

III. PROLETARIOS, MERCADOS Y CAPITALES

Como puede desprenderse de las consideraciones hasta aquí vertidas, el estímulo básico del proceso de desarrollo capitalista y de proletarización en la República Dominicana procedió de los polos ligados a la producción y comercio para exportación, sobre todo la producción azucarera. Sin embargo, dicho estímulo poseyó efectos diferenciales, según fuere el nivel de desarrollo alcanzado por las variables internas que afectaban el proceso de crecimiento de los mercados y por las coyunturas internacionales. Entre las primeras, es decisivo considerar el papel del Estado, la fuerza económica y el desarrollo de las ciudades, así como el surgimiento de un grupo capitalista-empresarial con la suficiente fuerza económica, coherencia social y poder político, como para interesarse por un cierto nivel de desarrollo del mercado interior. En lo externo, lo fundamental es la consideración de las crisis capitalistas internacionales, como las fluctuaciones propias de la dinámica y naturaleza del mercado mundial, sobre todo en su expresión en la periferia.

La actividad azucarera en la República Dominicana estimuló el crecimiento de las ciudades y el surgimiento y consolidación de una burguesía comercial, exportadora e importadora. En lo político, el enclave azucarero (en cuanto estructura no sólo económica sino de dominación) estimuló el afianzamiento de un Estado burocrático-militar no controlado por ninguna de las fracciones tradicionales de las clases dominantes locales, sino precisamente por la élite burocrático-militar trujillista. Fue en el seno de este grupo donde se verificó el impulso que estimuló el desarrollo de la economía urbana, en estrecha vinculación con las necesidades de servicios que la empresa azucarera sostenía para la economía en su conjunto, como también en correspondencia con la dinámica de los salarios a que el desarrollo de esta última conducía. El desarrollo de la circulación mercantil, forzosamente no se vio reflejado

(en el período en que la actividad azucarera estuvo controlada externamente) en un consecuente proceso de división social del trabajo en la formación social en su conjunto, que estimulara el crecimiento del mercado interior. Reflejo de esto último fue la escasa incorporación del campesinado al mercado de consumo capitalista, que ya se estimulada en las ciudades al principio del siglo, así como su práctica ausencia del mercado de trabajo para la industria azucarera.

En tales circunstancias, el crecimiento del mercado interior era muy lento. A finales del siglo XIX y los primeros 30 años del presente, bajo el dominio del enclave azucarero, la burguesía comercial se encontró ante el hecho de que la posibilidad misma de su sobrevivencia dependía de la preservación misma de la pequeña producción mercantil de base campesina. Y lo hizo. Dicha preservación deprimió el proceso de descomposición del campesinado, base de la liberación de fuerza de trabajo para los sectores productivos azucareros. En tal sentido, en una perspectiva global, la actividad del enclave azucarero generaba las condiciones necesarias de su debilidad local en materia de oferta de trabajo, independientemente de la incidencia en el período (1890–1930) de factores precipitantes como la existencia de una oferta exterior de mano de obra barata, o de factores condicionantes, como la escasez de población, la abundancia de tierras, etc.

En tal sentido, la presencia del enclave azucarero constituyó un elemento bloqueador, en un primer momento, del desarrollo del mercado interior, **especialmente de un mercado nacional de trabajo**. Esto no quiere significar que, bajo el dominio extranjero de la economía azucarera, no se gestase un cierto e importante crecimiento de la circulación mercantil, en base a los estímulos económicos de los polos capitalistas exportadores; lo que sí se sostiene es que este crecimiento mercantil no estimuló directamente la separación de los productores directos de sus medios de producción y de subsistencia. En consecuencia, dificultó, si no es que bloqueó, el surgimiento de un proletariado nacional, al igual que no estimuló el nacimiento de una clase nacional de productores capitalistas, sino más bien el surgimiento de una burguesía comercial, intermedia del mercado mundial, en modo alguno interesada en el crecimiento del mercado interior y de la producción manufacturera local base de su desarrollo.

Es cierto que de todas maneras la situación descrita, aun bajo el dominio extranjero de la producción azucarera, podía cambiar; pero para ello era preciso la conjugación de una serie de factores internos y externos que harían del proceso de desarrollo capitalista una experiencia tortuosa, sumamente difícil en su dinámica, preservadora del atraso en múltiples zonas de la estructura económica, precaria en su capacidad productiva y escasamente dotada de los recursos necesarios para un impulso sostenido al crecimiento interno.

En tales circunstancias, el crecimiento e importancia económica de las ciudades permitió, ante la existencia de un grupo social coherente, políticamente poderoso y económicamente dotado de los recursos necesarios, impulsar un crecimiento capitalístico en el campo, el cual estimularía un relativo crecimiento del mercado interior en su conjunto. Esto así, ante la imposibilidad del sector externo, en la coyuntura de crisis del mercado mundial en el período 1920—1945, de cubrir los niveles de demanda urbana, a través de las importaciones; pero también ante la fuerza socio-política que cobraba dicho grupo capitalista en esa coyuntura. Es en este momento cuando se produce lo que hemos denominado “la doble especialización productiva del campesinado en condiciones de acumulación dependiente”: externa, en función del mercado mundial, como antes venía haciéndolo; interna, en función de la demanda urbana a ser satisfecha. Este proceso, ciertamente fue bastante complejo, y no resiste una explicación fácil.

Con la doble especialización del productor rural y el desarrollo del intercambio mercantil, se producía una mayor departamentalización de la producción agrícola, y una consecuente mayor interrelación regional, ampliándose así las relaciones de cambio y el mercado interior. Una clara expresión de esta última circunstancia lo expresa la homogenización de los precios de la producción agrícola para el mercado que se observa en el período 1936—54, con sus diferencias regionales mínimas. Claro indicio de la existencia de un mercado interior —aun en su precariedad— ya constituido sobre una base nacional.

Ahora bien, ello no suponía un proceso tan radical que generase una dinámica de desarrollo de la división social del trabajo para la producción industrial, de modo ineluctable, ni tampoco eliminaba completamente la producción campesina de autoconsumo.

Que el campesino se viera ahora más envuelto en relaciones mercantiles, no quiere decir que su nivel de vida se elevara, o que su nivel de consumo aumentase. Bien podía ocurrir lo contrario y que esta mayor relación de dependencia mercantil deprimiera su nivel de vida, bajando su capacidad de consumo, sumergiéndolo en la crisis. Así, aun cuando en esta situación el campesino podía manejar más dinero, ello no significaba necesariamente elevación de su nivel de vida, aunque sí expresaba la acentuación de sus vínculos con el mercado, y esto último para el capitalismo era lo que importaba. La evidencia empírica permite sostener que en el período 1930—50, paralela a la profundización de las relaciones capitalistas en el campo, y a la elevación de la productividad en el sector capitalista, se observa una tendencia al estancamiento relativo de la misma en el sector campesino, al descenso general de los niveles de vida en el campo y a la precipitación de los factores de la crisis de los minifundios de subsistencia. Ello se revela al examinar los índices de producción para el período, el estancamiento de los niveles de precios, el proceso de concentración latifundista de la tierra, así como la proliferación de los minifundios de subsistencia paralelo a su menor control de la superficie agrícola y a la reducción del tamaño de sus parcelas. Todo ello a tenor del sistemático desplazamiento de la producción campesina hacia las peores tierras.

Los efectos del incremento del mercado interior bajo tales circunstancias implicaban para las zonas agrícolas una mayor diversificación y especialización productivas, el incremento de la participación campesina en el mercado de trabajo rural, como la profundización de la movilidad geográfica de la fuerza de trabajo. Este proceso tuvo expresiones distintas a nivel productivo y regional. Fue en los cultivos más capitalistas como el arroz, donde se concentraron los mejores y mayores recursos financieros (crédito agrícola por parte del sector bancario, una vez creado el Banco Agrícola), y tecnológicos (canales de riego). En general el sector campesino tuvo muy poco acceso a estos recursos. La Zona del Cibao, donde se concentraba el campesinado medio, permitió una mayor diversificación productiva al especializar al campesinado en la producción para el mercado. Los campesinos tabaqueros constituyen un buen ejemplo de lo dicho. Pero en las Regiones Sur y Este la especialización productiva era más unilateral en sus opcio-

nes de diversificación, y el campesino minifundista pasó a depender de modo más acentuado de sus vínculos con el mercado de trabajo rural. Por lo demás era en estas últimas zonas donde la polaridad típica latifundio-minifundio, que a partir de estos años se constituyó como el eje básico de la estructura agraria, cobraba su mayor expresión.

Fue en las ciudades donde el incremento del mercado de consumo o comercial realmente se verificó. En el campo, indudablemente que en tales circunstancias hubo un nivel de consumo mayor, pero éste se orientó sobre todo hacia las inversiones capitalistas productivas en materia de riego, carreteras y caminos, electrificación, fertilizantes, insumos agrícolas de todo género, maquinarias y tractores, etc. La participación del consumo campesino fue marginal en este proceso. Así, el incremento del mercado interno en el campo se caracterizó sobre todo por la profundización del proceso de diferenciación y desigualdad social.

En un primer momento, sobre todo en el período 1930—40, el incremento de la oferta agropecuaria para las ciudades no necesariamente se realizó sobre la base de la elevación de la oferta, sino recomponiendo la naturaleza de la demanda. Esto de varias maneras. En el período de crisis (1920—30), la sustitución de ciertos alimentos como el arroz, el maní, la mantequilla, etc. permitió dirigir los flujos dinerarios que antes se destinaban a dichas importaciones a la compra de la producción agropecuaria nativa, aun cuando el volumen de los ingresos por exportaciones descendiera, esto así en función directa de la baratura de los géneros agropecuarios locales. Al prolongarse el proceso en el período 1940—50, la demanda urbana, con géneros agropecuarios baratos, se incrementó diversificándose, al poder dedicar parte de los excedentes a la compra de bienes manufacturados, cuyos precios no resultaban tan elevados, dada la baratura de la oferta agropecuaria de materia prima y bienes salarios. Así, pues, para las ciudades el desarrollo de la producción capitalista en el agro permitió la recomposición de la demanda de consumo, como también contribuyó a la diversificación productiva impulsada por la industrialización.

En estas condiciones el desarrollo capitalista en el agro se sostuvo sobre un bajo nivel tecnológico y productivo preservando el atraso campesino y el subdesarrollo general de la producción agro-

pecuaria. Fue sobre esta base que el capitalismo industrial se aseguró insumos baratos y los excedentes necesarios para el impulso inicial de la industrialización. De esta manera, los grupos burgueses industriales terminaron coexistiendo con los intereses del gran latifundio terrateniente.

Se preservaba así, desde arriba, el atraso rural, como requisito mismo del desarrollo capitalista, aunque a la larga ello significara una limitante para el sistemático crecimiento del mercado interno.

En términos de los procesos de proletarización, estas circunstancias tuvieron efectos más o menos inmediatos. Los procesos de expropiación terrateniente en los años cuarenta no sólo destruyeron los minifundios campesinos, liberando mano de obra para el capital, sino, lo que es más importante, obligaron a la proliferación e incremento del número de minifundios, a la vez que reducía su extensión y capacidad productiva. Esta situación tendió a polarizar la estructura agraria en dos grandes sectores: el gran latifundio y las numerosas y precarias unidades de subsistencia campesina. En tales circunstancias, la crisis de la economía campesina contribuyó al surgimiento de un proletariado nacional, al proporcionarle la oferta de trabajo adecuada al capitalismo agrario, sin necesidad de generar un proceso modernizador en el campo, capaz de elevar el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas superando la estructura del atraso rural. No sólo se había estructurado un sólido bloque de dominación burgués-terrateniente, sino que el proletariado de base nacional había nacido.

IV. CUADROS ESTADÍSTICOS

En el presente anexo estadístico presentamos una serie de cuadros básicos con el fin de ilustrar al lector acerca de las características principales de la estructura agraria dominicana para la segunda mitad del presente siglo.

En lo fundamental las informaciones estadísticas aquí reunidas permiten al lector forjarse una idea general de los siguientes tópicos: 1) el proceso de formación de un mercado interno de productos agrícolas (cuadros 1, 2 y 11) y las tendencias generales de la economía exportadora (cuadro 14); 2) la estructura de la tenencia de la tierra y sus modalidades, así como sus transformaciones en el decenio 1950-60, período para el cual se cuenta con estadísticas sistemáticas al respecto (cuadros 4, 9 y 10); 3) los problemas de la producción por tipos de cultivos principales y, el desarrollo de las fuerzas productivas, deteniéndonos en la cuestión de la tecnología y la productividad (cuadros 5, 6, 7, 8 y 12); y 4) finalmente los problemas relativos a la ocupación y el trabajo asalariado en la agricultura (cuadros 3 y 13).

La fuente estadística fundamental para el estudio de la estructura agraria dominicana, particularmente desde la década del cuarenta en el presente siglo, está constituida indudablemente por los *ANUARIOS ESTADÍSTICOS*, sobre todo en materia de producción, precios y volúmenes de venta, publicación que se inició en el año 1936. Los *CENSOS AGROPECUARIOS* resumen las principales transformaciones de la estructura agraria sobre todo en materia de tenencia, tecnología y mano de obra. Al respecto los censos más completos son los de 1950 y 1960, pero los censos de 1935 (publicados parcialmente en los *ANUARIOS ESTADÍSTICOS*) y 1940 (inérito) contienen muy buena información. La *REVISTA DE AGRICULTURA*, que se publicó desde 1905 hasta los años cincuenta, es fundamental, sobre todo en materia tecnológica y de política agropecuaria. Con todo, la fuente fundamental en materia de historia agraria dominicana en el siglo XX es sin lugar a dudas la documentación contenida en los LEGAJOS de la Secretaría de Agricultura, depositados en el Archivo General de la Nación.

CUADRO 1

INDICE DE PRECIOS AL POR MENOR PARA ALGUNOS PRODUCTOS
EN LAS PRINCIPALES CIUDADES DOMINICANAS
(Base: 1936-37 = 100)

Años	Cereales y legumbres secas (1)	Frutas, hortalizas y legumbres frescas (2)	Carnes y pescados (3)	Leche y huevos (4)	Grasas y aceites (5)	Combustible (6)	Vestido (7)	Indice general (8)
CIUDAD TRUJILLO								
1940	102.6	118.2	90.1	113.1	91.1	102.9	78.0	100.1
1941	103.9	115.4	104.7	104.9	106.8	102.9	120.5	106.8
1942	132.7	136.0	115.6	118.2	116.3	146.7	165.9	125.8
1943	169.4	192.2	155.4	137.7	123.4	220.4	208.1	153.3
1944	236.2	229.9	182.4	170.4	155.3	209.2	219.1	180.7
1945	210.1	225.9	184.1	175.1	176.4	232.6	236.1	181.9
1946	240.2	235.3	218.6	202.5	205.1	298.1	286.9	216.6
1947	304.2	316.8	236.3	224.9	290.0	311.0	302.4	256.5
1948	292.8	288.3	234.8	252.4	247.4	286.3	350.2	262.1
1949	240.5	212.2	231.4	247.7	188.0	255.6	338.0	238.3
1950	256.4	214.5	226.7	219.3	202.2	283.4	271.0	232.4

BARAHONA

1940	87.5	124.6	90.1	93.3	90.2	118.0	97.2	98.3
1941	97.8	111.1	93.4	95.7	107.1	97.8	90.4	99.3
1942	122.4	120.4	130.5	113.1	111.1	143.7	142.7	122.2
1943	150.2	158.3	170.2	149.2	169.5	177.2	153.3	151.8
1944	205.2	219.6	193.5	175.1	236.3	212.7	180.0	184.5
1945	188.9	203.4	201.6	187.6	228.4	169.0	211.1	183.8
1946	218.8	225.0	261.9	230.7	254.9	211.5	266.7	222.5
1947	283.5	314.2	294.9	262.6	322.9	197.2	305.3	269.9
1948	277.9	287.8	274.1	278.8	240.2	212.5	295.7	255.3
1949	209.1	239.5	248.2	288.8	243.7	219.3	331.2	245.8
1950	226.7	217.5	261.0	304.5	242.8	229.7	344.7	251.8

LA VEGA

1940	98.7	119.3	95.0	86.6	88.5	108.1	90.6	96.8
1941	98.1	100.0	96.5	74.9	90.3	106.5	115.9	97.2
1942	121.6	100.4	134.7	109.7	114.1	111.4	146.2	117.3
1943	146.5	202.0	168.0	138.2	165.8	240.2	172.1	146.7
1944	211.2	162.2	193.2	148.1	221.3	250.9	207.7	177.1
1945	190.8	202.8	206.4	158.7	209.4	271.9	212.8	175.5
1946	219.7	254.1	253.4	195.1	267.1	290.5	249.8	210.4
1947	289.4	259.1	260.4	200.0	330.4	387.3	307.2	252.6
1948	283.3	164.7	280.5	248.6	347.5	515.1	306.9	173.4
1949	214.0	231.3	251.0	235.4	221.3	475.6	233.5	224.7
1950	254.1		250.5	233.9	264.9	364.3	238.4	242.0

PUERTO PLATA

1940	94.4	107.8	85.9	105.6	93.6	100.0	88.2	96.5
1941	96.8	95.9	87.0	102.3	112.8	106.6	101.2	99.7
1942	128.7	108.5	139.5	111.5	140.5	160.3	123.3	121.4
1943	149.3	136.9	164.9	136.7	192.3	184.6	151.4	146.0
1944	208.7	206.8	160.7	148.6	257.5	182.5	175.3	174.1
1945	192.0	195.9	170.4	172.0	246.9	188.0	188.3	177.1
1946	228.8	215.4	209.9	201.7	302.4	199.4	237.4	210.3
1947	277.8	306.0	234.1	245.9	323.2	218.0	337.2	256.6
1948	269.5	280.0	234.0	283.5	337.9	247.2	340.6	263.5
1949	218.6	175.7	244.9	240.3	229.0	210.2	318.0	222.4
1950	225.9	228.6	251.3	240.7	243.4	223.9	335.3	234.0

SANTIAGO

1940	108.5	98.0	109.1	102.2	97.8	92.5	88.7	100.2
1941	105.7	91.9	106.8	105.9	120.0	100.2	112.8	105.8
1942	124.7	104.3	146.3	123.5	148.8	129.7	160.5	129.0
1943	156.6	128.9	175.4	141.1	173.8	202.6	196.8	153.9
1944	205.0	260.0	219.5	173.6	242.4	273.4	237.0	193.6
1945	193.9	190.2	270.3	188.3	237.7	248.4	269.1	192.4
1946	233.6	241.0	287.2	258.0	311.8	273.0	316.2	235.2
1947	282.3	329.8	315.7	270.5	363.2	275.2	343.4	272.4
1948	286.3	340.0	318.6	275.5	362.3	247.4	356.7	275.4
1949	232.0	206.2	285.3	252.3	238.9	248.0	310.7	232.4
1950	252.4	239.3	293.0	247.6	271.8	276.7	291.3	248.3

(Continuación Cuadro No.1)

SAN PEDRO DE MACORIS

1940	102.5	92.3	93.6	99.4	93.6	107.2	89.2	98.3
1941	101.7	86.0	96.5	95.6	99.6	105.2	108.4	99.7
1942	129.0	130.5	129.7	105.7	129.8	149.4	168.1	127.5
1943	162.1	202.1	155.4	124.2	154.9	189.6	223.2	155.3
1944	221.4	275.5	162.7	153.6	182.1	193.8	254.1	182.5
1945	197.0	215.9	162.6	160.2	199.1	191.1	245.5	175.3
1946	231.4	236.3	197.7	164.4	225.1	233.9	254.8	198.1
1947	291.3	285.5	245.4	214.7	317.1	269.2	329.3	249.6
1948	265.5	234.7	241.8	230.7	300.3	255.7	324.0	241.3
1949	225.8	150.2	232.2	203.6	209.4	224.7	277.2	205.0
1950	244.9	170.0	215.6	200.5	236.4	217.7	217.7	205.1

Fuente: Anuario Estadístico de la República Dominicana, 1950.

CUADRO 2

EVOLUCION DE LA PRODUCCION AGRICOLA PARA EL CONSUMO INTERNO. 1936-1960
(En Miles)

Años	Arroz (1)	Batata (2)	Frijoles (3)	Maní (4)	Plátanos (5)	Yuca (6)	Maíz (7)	Cebolla (8)
1936	38.2	-	15.7	-	-	-	64.0	-
1937	39.0	124.8	21.7	2.0	673.0	189.0	51.0	869
1938	41.7	127.3	28.3	3.2	634.3	195.5	49.2	1,837
1939	45.8	86.6	20.6	3.0	481.0	135.0	75.7	884
1940	38.8	119.2	25.3	5.3	378.9	216.1	71.2	1,042
1941	45.0	104.3	20.3	5.0	468.4	227.0	73.6	867
1942	41.6	99.1	17.8	7.0	522.4	244.6	70.2	1,147
1943	42.2	87.5	18.5	7.1	410.9	209.3	61.4	944
1944	54.8	86.3	21.6	5.6	339.7	118.6	74.6	945
1945	59.2	99.7	22.0	9.1	347.1	153.0	82.2	1,280
1946	52.1	82.3	22.0	6.0	341.1	134.1	76.5	1,574
1947	48.9	88.0	24.4	7.1	343.4	139.1	76.7	1,376
1948	62.0	101.0	26.1	9.0	363.0	162.0	79.3	1,304
1949	59.3	80.0	19.0	16.4	401.3	164.2	69.3	1,304
1950	60.0	82.0	22.4	16.0	359.0	143.0	88.4	2,547
1951	70.0	80.0	22.0	17.0	453.0	130.0	98.1	2,414
1952	73.4	75.0	20.4	16.0	447.3	142.0	87.6	1,928
1953	73.8	72.0	26.4	20.0	451.0	135.0	82.4	2,653
1954	78.3	84.0	20.0	41.0	441.0	144.0	92.0	1,729
1955	74.0	78.0	23.0	53.0	-	131.1	89.5	-
1956	78.6	78.0	18.0	45.4	-	134.0	89.6	-
1957	99.4	79.2	18.0	45.0	-	138.0	93.6	-
1958	116.0	89.0	21.3	61.0	-	154.0	97.7	-
1959	113.0	73.0	27.0	65.3	-	159.0	98.8	-
1960	120.0	87.2	24.3	62.0	-	153.2	100.6	-

Fuente: Anuarios Estadísticos de la República Dominicana 1936- 1954.

1, 2, 3, 4, 6, 7, y 8, en Kilogramos. 5, en Número.

CUADRO 3

POBLACION OCUPADA EN LA AGRICULTURA
REMUNERADA O NO SEGUN ZONA Y TAMAÑO DE FINCAS¹
1960

Tamaño de finca	Zona Norte	Zona Sur	Zona Central Este	Todo el país
Menos de 5 tareas a menos de 75				
Total	454,790	198,040	179,609	832,439
No remunerada	425,690	181,720	172,101	779,511
Remunerada	29,100	16,320	7,880	53,300
De 75 tareas a menos de mil				
Total	134,629	42,280	51,606	228,515
No remunerada	108,326	33,077	45,560	186,963
Remunerada	26,303	9,203	6,046	41,552
Más de mil tareas				
Total	24,079	9,425	22,609	56,113
No remunerada	8,006	1,142	2,867	12,015
Remunerada	16,073	8,290	19,742	44,105
Todas las fincas				
Total	613,498	249,752	253,824	1,117,067
No remunerada	542,022	215,939	220,528	978,489
Remunerada	71,476	33,813	33,296	138,578

Fuente: V Censo Nacional Agropecuario, 1960.

1) La zonificación ha sido bastante arbitraria, para los fines descriptivos que persigue pensamos que es útil.

Zona Norte: Provincias: Duarte, Espaillat, María Trinidad Sánchez, Monte Cristi, Puerto Plata, Salcedo, Samaná, Sánchez Ramírez, Santiago, Santiago Rodríguez, Valverde, y La Vega.

Zona Sur: Provincias: Azua, Bahoruco, Barahona, Dajabón, Independencia, Pedernales, Peravia, San Juan, San Rafael.

Zona Central Este: Provincias: Distrito Nacional, La Altagracia, San Cristóbal, San Pedro de Macorís, El Seibo.

CUADRO 4

SUPERFICIE DE LAS FINCAS¹
Y NUMERO DE FINCAS POR TAMANO DE LAS FINCAS Y REGIONES:
1960

Tamaño de fincas (en tareas)	Zona Norte	Zona Sur	Zona Central Este	Total
Menos de 5 a menos de 75				
Superficie	3,391,623	1,927,119	1,540,919	6,858,761
Número de fincas	298,724	99,494	82,841	481,059
De 75 a menos de 1000				
Superficie	7,381,826	1,641,889	3,304,555	12,328,270
Número de fincas	35,113	11,987	27,131	74,231
Más de 1000				
Superficie	6,182,428	1,824,051	8,570,323	16,576,802
Número de fincas	2,228	331	1,061	3,620

Fuente: V Censo Nacional Agropecuario, 1960.

1) La Clasificación regional es la misma del cuadro anterior.

CUADRO 5

NUMERO DE PRODUCTORES POR SUPERFICIE CULTIVADA
DE LOS PRINCIPALES PRODUCTOS, SEGUN TAMANO DE LAS FINCAS: 1960
(En número y tareas)

Productos	De 0 a 75 tareas		De 75 a 1000 tareas		De 1000 y + tareas		Totales	
	Fincas	Superficie	Fincas	Superficie	Fincas	Superficie (cultivadas)	Fincas	Superficie
Arroz	62,190	566,230	16,180	445,388	780	277,312	79,150	1,288,930
Café	71,540	602,750	20,448	580,726	626	99,811	92,614	1,283,287
Cacao	38,590	427,700	11,183	498,215	420	69,659	50,193	995,574
Tabaco	13,470	70,040	3,787	44,165	145	3,228	17,402	117,433

Fuente: V Censo Nacional Agropecuario, 1960.

CUADRO 6

**CANTIDAD COSECHADA Y PRODUCTIVIDAD DE LOS PRINCIPALES CULTIVOS,
SEGUN TAMAÑO DE LAS FINCAS: 1960**

Productos	De 0 a 75		De 75 a - 1000		De 1000 y +		Total	
	Cantidad Cosechada**	Producti- vidad*	Cantidad Cosechada**	Producti- vidad*	Cantidad Cosechada**	Producti- vidad*	Cantidad Cosechada**	Producti- vidad*
Arroz	1,157,400 (43.9%)	2.04	910,403 (34.5%)	2.04	566,842 (21.5%)	2.04	2,634,645 (100%)	2.05
Café	911,640 (46.0%)	1.51	878,329 (45.2%)	1.51	159,961 (8.2%)	1.60	1,940,930 (100%)	1.51
Cacao	344,330 (42.9%)	0.80	401,099 (50.05%)	0.8	56,053 (6.99%)	0.8	801,482 (100%)	0.8
Tabaco	349,170 (59.5%)	4.90	220,157 (37.5%)	4.98	17,437 (2.9%)	5.40	586,764 (100%)	5.0

Fuente: V Censo Nacional Agropecuario, 1960.

*) Productividad: quintales por tarea.
**) En quintales.

CUADRO 7

FINCAS INFORMANTES, SUPERFICIE IRRIGADA Y TIPO DE FUENTES DE RIEGO,
SEGUN PROVINCIAS (1960)

Zonas	Fincas Informantes	Total	Canal	Pozo	Regola	Otros
Zona Norte						
Absoluto	6,736	809,468	654,779	12,860	108,919	32,905
%	20.5	46.4	55.04	53.42	22.5	72.8
Zona Sur						
Absoluto	25,115	756,327	380,231	6,500	366,882	2,714
%	76.7	43.4	31.9	27.0	75.9	6.0
Zona Central Este						
Absoluto	870	175,975	154,527	4,712	7,208	9,528
%	2.66	10.1	12.9	19.5	1.4	21.1
Todo el País						
Absoluto	32,721	1,741,765	1,189,537	24,072	483,009	45,147
%	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00

Fuente: V Censo Nacional Agropecuario, 1960.

Zona Norte: Duarte, Espaillat, María T. Sánchez, Monte Cristi, Puerto Plata, Salcedo, Samaná, Sánchez Ramírez, Santiago, Santiago Rodríguez, Valverde, La Vega.

Zona Sur: Azua, Bahoruco, Barahona, Dajabón, Independencia, Pedernales, Peravia, San Juan, San Rafael.

Zona Central: Distrito Nacional, La Altagracia, San Cristóbal, San Pedro de Macorís, El Seibo.

CUADRO 8

NUMERO DE FINCAS INFORMANTES POR TIPO DE FUERZA MOTRIZ
UTILIZADA SEGUN TAMAÑO (1960)

Tamaño de las Fincas	FUERZA MOTRIZ							
	Mecánica		Animal		Mecánica Animal		Humana	
	Absoluto	%	Absoluto	%	Absoluto	%	Absoluto	%
De 0 a menos de 75	2,950	57.88	49,340	80.27	41,620	83.58	201,700	87.96
De 75 a menos de 1000	1,708	33.51	11,407	18.56	7,686	15.43	26,495	11.55
De 1000 y más	439	8.61	717	1.17	491	0.99	1,110	0.48
Total	5,097	100.00	61,464	100.00	49,797	100.00	229,305	99.99

Fuente: V Censo Nacional Agropecuario, 1960.

CUADRO 9

NUMERO DE FINCAS Y SUPERFICIE, SEGUN REGIMEN DE EXPLOTACION
(1950 Y 1960)

Régimen de Explotación	Número de Fincas				Superficie (miles de tareas)			
	1950		1960		1950		1960	
	Absoluto	%	Absoluto	%	Absoluto	%	Absoluto	%
Propias	166,652	60.2	266,979	58.9	21,437.3	57.9	24,646.7	73.2
Arrendadas	4,594	1.7	16,474	3.8	353.7	0.9	1,471.5	4.5
Aparcería	12,460	4.5	30,782	6.9	540.6	1.4	1,376.3	4.1
Colonato	4,390	1.6	8,716	1.9	219.5	0.6	569.8	1.7
Beneficiario gratuito	36,122	13.0	81,893	18.4	1,555.0	4.2	3,375.4	10.3
Concesión	17,507	6.3	39,596	8.9	1,263.8	3.4	1,737.5	5.3
Otros	35,123	12.6	2,658	0.6	11,652.8	31.6	322.3	0.9
Total	276,848	100.00	447,098	100.00	37,022.7	100.00	32,899.5	100.00

Fuente: IV y V Censos Nacionales Agropecuarios, 1950 y 1960.

CUADRO 10

NUMERO DE FINCAS Y SUPERFICIE POR ZONAS,
SEGUN REGIMEN DE TENENCIA (1960)

Régimen de tenencia de la Finca	Zona Norte		Zona Sur		Zona Central Este		Total del País	
	F1	S2	F	S	F	S	F	S
	1. Propias	147,123	12,168,006	70,158	3,509,198	45,248	8,369,559	262,979
2. Arrendadas	8,936	678,217	2,585	391,082	4,953	402,233	16,474	1,471,532
3. Aparcería	24,006	1,077,167	4,102	143,775	2,674	155,376	30,782	1,376,318
4. Colonato	5,313	265,251	3,005	213,518	752	91,087	8,716	569,856
5. Beneficiarios Gratuitos	39,331	1,891,398	11,222	366,467	31,340	1,117,559	81,893	3,375,424
6. Concesión	10,965	537,712	15,830	500,649	12,801	699,202	39,596	1,737,563
7. Otros	920	80,564	4,910	173,703	828	67,854	6,652	322,121

Fuente: V Censo Nacional Agropecuario, 1960.

F1 Números fincas.

S2 Superficie en tareas.

Zona Norte: Provincias: Duarte, Espaillat, María Trinidad Sánchez, Montecristi, Puerto Plata, Salcedo, Samaná, Sánchez Ramírez, Santiago, Santiago Rodríguez, Valverde, La Vega.

Zona Sur: Provincias: Azua, Bahoruco, Barahona, Dajabón, Independencia, Pedernales, Peravia, San Juan, San Rafael.

Zona Central Este: Provincias: Distrito Nacional, La Altagracia, San Cristóbal, San Pedro de Macorís, El Seibo.

CUADRO 11

INDICE DE LA PRODUCCION AGRICOLA: 1936-1960

Años	Cultivos Tradicionales de Exportación (base 1936=100)			Cultivos para el Mercado Interno (base 1936=100)			Cultivos para el Mercado Interno (base 1937=100)				
	Café	Cacao	Tabaco	Arroz	Frijoles	Maíz	Batata	Maní	Cebolla	Plátanos	Yuca
1936	100	100	100	100	100	100	—	—	—	—	—
1937	63	98	101	102	134	80	100	100	100	100	100
1938	65	132	154	109	180	76	102	163	211	94	103
1939	73	139	118	119	131	118	69	146	101	71	71
1940	66	121	64	101	161	111	95	263	119	56	114
1941	74	91	66	117	128	114	84	252	99	69	120
1942	68	98	68	108	113	109	79	343	131	77	129
1943	60	115	128	110	117	95	70	356	108	60	111
1944	63	114	56	143	137	116	69	281	108	50	62
1945	67	110	178	154	136	128	79	450	147	51	80
1946	58	120	346	136	139	119	66	298	181	50	71
1947	73	152	228	127	155	119	70	354	158	50	73
1948	75	138	217	162	165	123	80	445	150	53	85
1949	95	119	283	155	119	108	63	815	150	59	87
1950	85	150	239	156	142	130	65	773	293	53	75
1951	106	142	195	182	138	153	63	828	277	67	68
1952	117	145	189	191	130	136	59	778	221	66	75
1953	114	140	183	167	167	128	57	988	305	66	71
1954	111	138	206	204	125	143	66	2,014	198	65	76
1955	111	134	195	192	143	139	63	2,611	—	—	69
1956	109	110	210	206	113	140	70	2,251	—	—	71
1957	123	163	226	260	114	146	63	2,233	—	—	73
1958	111	157	232	303	135	153	71	3,021	—	—	81
1959	119	148	199	295	167	154	59	3,232	—	—	84
1960	121	158	245	312	154	157	70	3,057	—	—	81

Fuente: Anuarios Estadísticos de la República Dominicana, 1936-1954.

Junta Nacional de Planificación y Coordinación: Informaciones Estadísticas Dominicanas, Santo Domingo, 1963.

CUADRO 12

CUADRO COMPARATIVO DE PRODUCTIVIDAD DE ALGUNOS CULTIVOS

Cultivos	Unidad	1950			1960		
		Tarcas	Cantidad Cosechada	Producción por Tarea	Tarcas	Cantidad Cosechada	Producción por Tarea
Arroz en cáscara	Quintal	635,299	1,387,119	2.18	1,288,930	2,634,645	2.04
Maíz en mazorca	Quintal	824,567	2,108,139	2.64	1,251,299	2,912,452	2.33
Habichuelas coloradas	Quintal	194,246	392,883	2.00	243,995	561,334	2.30
Otras clases de frijoles	Quintal	11,807	11,505	1.03	16,095	35,149	2.18
Habas	Quintal	28,819	32,541	1.13	25,526	75,001	2.94
Guandules	Quintal	120,812	331,926	2.75	202,951	443,908	2.19
Papas	Quintal	9,331	45,563	4.90	12,870	137,430	10.65
Batatas	Quintal	216,123	1,654,725	7.66	317,778	1,906,668	6.00
Yuca	Quintal	417,396	3,420,295	8.19	925,446	3,985,536	4.30
Name	Quintal	39,473	232,193	5.88	41,876	494,082	11.79
Yautía	Quintal	55,294	577,493	10.40	89,527	580,681	6.49
Jengibre	Quintal	1,531	3,813	2.49	555	4,105	7.39
Cebollín	Quintal	4,635	33,920	7.31	8,796	206,386	23.46
Cebolla	Quintal	2,094	12,128	5.79	950	21,231	22.24
Ajo	Quintal	6,979	29,087	4.16	2,528	15,178	6.00
Maní	Quintal	124,324	345,596	2.78	590,850	1,398,728	2.37
Algodón en rama	Quintal	8,351	4,558	0.54	65,441	136,911	2.09
Cabuya o sisal	Kilogramos	1,869	5,561	2.97	25,599	2,644,284	103.29
Cacao en grano	Quintal	1,088,235	659,081	0.60	995,582	801,519	0.80
Café en cerezos	Quintal	1,021,248	615,175	0.60	1,283,287	1,940,930	1.51
Caña de azúcar	Tonelada Métrica	1,531,295	3,832,844	2.50	2,997,843	11,747,287	3.92
Guineo	Racimo	322,791	16,857,243	52.20	491,450	17,838,212	36.30
Plátano	Millar	666,907	601,415	0.90	1,010,684	1,307,467	1.29
Rulo	Millar	92,735	4,639,088	50.04	121,094	586,764	4.98
Tabaco en rama	Quintal	163,062	345,790	2.12	117,703	586,764	4.98
Ñiña	Unidad	12,200	2,405,304	197.15	11,691	2,580,450	220.50

Fuente: IV y V Censos Nacionales Agropecuarios, 1950 y 1960.

CUADRO 13

CENSO AGROPECUARIO 1940
PERSONAL DE LAS FINCAS, SEGUN SEXO POR PROVINCIAS

Provincias	Personas que Trabajan en los Predios				Familiares del Dueño				Total	Hijos mayores en la Agricultura	Hijos menores que se han ido a la ciudad
	Mayores		Menores		Mayores		Menores				
	Varones	Hembras	Varones	Hembras	Varones	Hembras	Varones y Hembras	Total			
D. Santo Domingo	4,056	1,487	1,302	278	7,123	1,102	968	1,450	3,518	1,108	491
Azuá	13,766	6,941	9,064	1,021	30,792	7,004	5,393	10,019	22,416	4,745	813
Barahona	21,243	7,363	11,525	2,313	42,444	8,372	5,886	11,807	23,065	5,949	1,800
Benefactor	23,719	12,012	16,699	2,996	55,026	8,841	8,660	14,386	21,887	7,196	1,194
Duarte	29,061	19,682	23,067	3,828	77,638	14,805	14,955	23,523	53,283	10,796	1,434
Españat	19,542	12,510	17,364	2,537	51,953	10,384	9,944	17,822	37,552	6,748	1,280
La Vega	50,421	25,930	27,135	10,067	113,553	21,590	19,568	31,297	72,455	22,269	2,310
Libertador	3,216	2,039	1,967	157	7,379	827	812	1,387	3,026	815	290
Monseñor Meriño	15,632	9,964	7,671	1,676	35,141	5,507	5,756	6,873	18,224	4,717	874
Monte Cristi	11,923	2,470	4,891	387	19,061	4,118	1,581	3,954	9,653	4,223	861
Puerto Plata	24,611	13,253	16,996	1,712	56,574	11,798	8,561	15,573	36,352	7,631	1,527
Samaná	4,964	2,315	2,941	673	10,893	1,834	1,352	2,749	5,935	1,786	469
San Pedro de Macorís	14,480	2,662	2,180	162	19,484	1,916	1,590	2,129	5,635	1,489	397
Santiago	37,722	17,478	24,605	3,041	846	17,963	12,992	23,855	54,830	13,584	2,587
Seibo	37,594	16,565	21,040	3,215	78,414	11,620	10,868	20,542	43,030	8,777	2,194
Trujillo	28,870	12,722	15,181	5,784	62,557	8,839	7,446	13,353	29,638	10,593	2,622
Total	341,000	165,393	205,020	39,445	750,856	136,630	116,146	200,719	453,495	112,448	21,093

Fuente: III Censo Nacional Agropecuario, 1940.

CUADRO 14

REPUBLICA DOMINICANA
VALORES E INDICES DEL COMERCIO EXTERIOR
(Valores en millones de dólares; índices a base de 1963 = 100)

Año	Exportaciones				Importaciones				Relación de precios del intercambio	Poder de compra de las exportaciones
	Valores		Índices		Valores		Índices			
	Corrientes	A precios de 1963	Valor unitario	Quántum	Corrientes	A precios de 1963	Valor unitario	Quántum		
1930	18.6	84.9	22	49	29.0	40.5	72	22	31	15
1931	13.1	77.9	17	45	19.0	33.1	57	18	30	14
1932	11.0	90.1	12	52	15.0	31.3	48	17	25	13
1933	9.4	79.7	12	46	14.0	36.8	38	20	32	15
1934	12.6	88.3	14	51	12.0	35.0	34	19	41	21
1935	15.2	102.2	15	59	11.0	35.0	31	19	48	28
1936	14.8	107.4	14	62	11.0	35.0	31	19	45	28
1937	17.9	100.5	18	58	13.0	36.8	35	20	51	30
1938	14.7	110.8	13	64	13.0	38.6	34	21	38	24
1939	18.4	110.8	17	64	13.0	42.3	31	23	55	35
1940	18.0	102.2	18	59	12.0	33.1	36	18	50	30
1941	16.6	116.0	14	67	13.0	33.1	39	18	36	24
1942	19.8	64.1	31	37	13.0	27.6	47	15	66	24
1943	36.2	107.4	34	62	16.0	29.4	54	16	63	39
1944	60.2	162.8	37	94	21.0	33.1	63	18	59	55
1945	43.5	102.2	43	59	20.0	31.3	64	17	67	40
1946	64.8	126.4	51	73	31.0	44.2	70	24	73	53
1947	83.2	123.0	68	71	60.0	68.1	88	37	77	55

(Continuación Cuadro No. 14)

Año	Exportaciones				Importaciones				Relación de precios del intercambio	Poder de compra de las exportaciones
	Valores		Indices		Valores		Indices			
	Corrientes	A precios de 1963	Valor unitario	Quántum	Corrientes	A precios de 1963	Valor unitario	Quántum		
1948	81.8	106.2	77	61	74.3	76.6	97	42	79	48
1949	73.0	90.1	81	52	51.0	55.4	92	30	88	46
1950	86.5	98.3	88	57	49.6	57.7	86	31	102	58
1951	118.2	129.9	91	75	66.6	70.1	95	38	96	72
1952	115.0	132.2	87	76	110.9	112.0	99	61	88	67
1953	104.2	117.1	89	68	98.5	92.9	106	51	84	57
1954	118.8	117.6	101	68	94.0	91.3	103	50	98	67
1955	114.3	116.6	98	67	113.2	104.8	108	57	91	61
1956	123.2	127.0	97	73	125.7	119.7	105	65	92	67
1957	159.7	177.4	90	102	136.0	128.3	106	70	85	87
1958	134.5	154.6	87	89	148.7	131.6	113	72	77	69
1959	128.1	164.2	78	95	135.0	111.6	121	61	64	61
1960	179.7	233.4	77	135	100.0	104.2	96	57	80	108
1961	142.1	184.5	77	107	80.0	80.0	100	44	77	82
1962	172.4	191.6	90	111	148.0	150.7	98	82	92	102
1963	173.2	173.2	100	100	184.0	184.0	100	100	100	100
1964	179.4	169.2	106	98	221.0	216.6	102	118	104	102
1965	125.5	137.9	91	80	100.0	99.5	101	54	90	72

Fuente: CEPAL: *América Latina: Relación de Precios de Intercambio*, Santiago de Chile, 1976, p. 61.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- Abad, José Ramón. *La República Dominicana. Reseña General Geográfico-Estadística* (1888). Santo Domingo: Banco Central de la República Dominicana, 1975.
- Arrighi, Giovanni. *Colonos, campesinos y empresas multinacionales*. Madrid: Comunicación, 1975.
- Báez Evertsz, Francisco. *Azúcar y dependencia en la República Dominicana*. Santo Domingo: Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1978.
- Bairoch, Paul. *Revolución industrial y subdesarrollo*. México: Siglo XXI, 1974.
- Barán, Paul M. *La economía política del crecimiento*. México: Fondo de Cultura Económica, 1968.
- Bartra, Armando. "La renta capitalista de la tierra". *Cuadernos Agrarios* (2), 1976. México.
- . *La economía campesina (borrador)*. México, s/f.
- Bartra, Roger. *Estructura agraria y clases sociales en México*. México: Ediciones Era, 1978.
- Bono, Pedro Francisco. "Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas". En: Rodríguez Demorizi, Emilio, comp.: *Papeles de Pedro F. Bonó*. Santo Domingo: Editora del Caribe, 1964. (Academia Dominicana de la Historia, Vol. XVII).
- Brea, Ramonina. *Ensayo sobre la formación del Estado capitalista en la República Dominicana y Haití*. Santo Domingo: Editora Taller, 1983.
- Bryan Patrick. "La producción campesina en la República Dominicana a principios del Siglo XX". *EME-EME, Estudios Dominicanos*, VII (42), mayo-junio, 1979.
- Cassá, Roberto. "Acerca del surgimiento de relaciones capitalistas en la República Dominicana". *Realidad Contemporánea*, (1), 1975. Santo Domingo.
- . *Capitalismo y dictadura*. Santo Domingo: Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1982.

- Chardón, Carlos E. *Reconocimiento de los Recursos Naturales de la República Dominicana*. Santo Domingo: Editora de Santo Domingo, 1976.
- Chayanov, A.V. *La Organización de la Unidad Económica Campesina*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1974.
- Del Castillo, José "La inmigración de braceros azucareros en la República Dominicana". *Cuadernos del CENDIA*, CCLXII (7), 1978. Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo.
- Dobb, Maurice. *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. México: Siglo XXI, 1971.
- Duarte, Isis. *Capitalismo y sobrepoblación en Santo Domingo*. Santo Domingo, 1980.
- Emmanuel, Arghiri. *El intercambio desigual*. México: Siglo XXI, 1968.
- Esteva, Gustavo. "¿Y si los campesinos existen?". *Comercio Exterior*, 28 (6), junio, 1978, México.
- Estrella, Julio C. *La moneda, la banca y las finanzas en la República Dominicana*. Santiago: Universidad Católica Madre y Maestra, 1971.
- Faure, Claude. *Les Paysans Dans la Production Capitaliste* (2eme Edition). París VIII-Vincennes: Department d'economie Politique, 1976.
- Ferrer, Aldo. *Economía internacional de América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica, 1976.
- Frank, A.G. *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. Mexico: Siglo XXI, 1978.
- *Acumulación dependiente y subdesarrollo*. México: Ediciones Era, 1979.
- Gerschenkron, Alexander. *El atraso económico en su perspectiva histórica*. Barcelona: Ariel, 1968.
- Gómez, Luis. *Relaciones de producción dominantes en la República Dominicana, 1875-1975*. Santo Domingo: Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1976.
- Hazard, Samuel. *Santo Domingo, su pasado y su presente*. Santo Domingo: Editora de Santo Domingo, 1974.
- Hoetink, H. *El pueblo dominicano: 1850-1900*. Santiago: Universidad Católica Madre y Maestra, 1971.
- Kautsky, Karl. *La cuestión agraria*. México: Siglo XXI, 1974.
- Kemp, Tom. *La revolución industrial en la Europa del siglo XIX*. Madrid: Fontanella, 1975.
- Knight, Melvin. *Los americanos en Santo Domingo*. Santo Domingo: Editora de Santo Domingo, 1980.
- Kula, W. "Algunos aspectos de la colaboración entre historiadores y economistas". En: Cafagna, Luciano et al.: *Industrialización y desarrollo*. Madrid: Comunicación, 1974.
- Lautier, Bruno. "La subsunción formal del trabajo al capital". *Estudios Sociales Centro-americanos*, (13), 1976. Costa Rica.

- Lenin, V.I. *“El desarrollo del capitalismo en Rusia (1899)”*. Buenos Aires: Ediciones Estudios, 1973.
- . *El programa agrario de la socialdemocracia en la Primera Revolución Rusa de 1905-1907*. Moscú. s/f.
- . “Nuevos datos sobre el desarrollo del capitalismo en la agricultura”. *En: Obras Completas*, t. 23, 1979.
- Lozano, Wilfredo. *La dominación imperialista en la República Dominicana*. Santo Domingo: Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1975.
- Luxemburgo, Rosa. *La acumulación de capital*. México: Fondo de Cultura Económica, 1967.
- Mandel, Ernest. “Revolución agrícola y revolución industrial”. *Críticas de la Economía Política*, (5), 1977. México.
- . *El capitalismo tardío*. México: Ediciones Era, 1979.
- Marx, Karl. *El Capital* (1867). México: Siglo XXI, 1975.
- . *El Capital, Libro I, Capítulo VI (inédito)*. Buenos Aires: Ediciones Signos, 1971.
- Marini, Ruy Mauro. *Dialéctica de la Dependencia*. México: Ediciones Era, 1974.
- Meillassoux, Claude. *Mujeres, graneros y capitales*. México: Siglo XXI, 1977.
- Moya Pons, Frank. “Nuevas consideraciones sobre la historia de la población dominicana: Curvas, tasas y problemas”. *EME-EME, Estudios Dominicanos*, III (15), nov-dic. 1975.
- Mutto, Paul. “La economía de exportación de la República Dominicana: 1900-1930”. *EME-EME, Estudios Dominicanos*, II (15), nov-dic. 1974.
- Prebisch, Raul. *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*. México: Fondo de Cultura Económica, 1971.
- Pare, Luisa. *El proletariado agrícola mexicano*. México: Siglo XXI, 1977.
- Rodríguez Demorizi, Emilio. *Hostos en Santo Domingo*, Vol. I. Santo Domingo: Imp. García Sucesores, 1939.
- Roldosky, Román. *Génesis y estructura del capital de Marx*. México: Siglo XXI, 1978.
- Sánchez Valverde, Antonio. *Idea del valor de la isla Española*. Santo Domingo, 1974.
- Sereni, Emilio. *Capitalismo y mercado nacional*. Barcelona: Grijalbo, 1978.
- Serrullé, José y Boin, Jacqueline. *El proceso de desarrollo del capitalismo en República Dominicana*, T.I. Gramil, Santo Domingo, 1979.
- Silié, Rubén. *Economía, esclavitud y población*. Santo Domingo: Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1976.
- Sweezy, Paul M. et al. *La transición del feudalismo al capitalismo*. Buenos Aires: Ediciones THF, 1970.
- Villareal, René. *El capitalismo dependiente*. México: Siglo XXI, 1978.

Williams, Eric. *From Columbus to Castro: the History of the Caribbean, 1492-1963*. Londres: Andre Dutsche, 1971.

Zangheri, Renato. "Problemas de historiografía". En: Varios autores: *Agricultura y desrrollo del capitalismo*. Comunicación, 1974.



intec